

*Selecta*

*Dos vidas  
en un alma*



SECRETOS DEL ALMA V

VICTORIA MAGNO

Dos vidas en un alma

Saga Secretos del alma

*Victoria Magno*

*Selecta*

SÍGUENOS EN

**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

## Nota editorial

Selección BdB es un sello editorial que no tiene fronteras. Es por eso que en esta novela que está escrita por una autora latina, en este caso mexicana, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedas darle una oportunidad. Y ante la duda, el Diccionario de la Real Academia Española siempre está disponible para consultas.

*Para mis hijas, mis grandes amores. Ustedes son la luz y el motor de mi vida.*

*Para ti, papá. Siempre presente, siempre amado, siempre conmigo.*

*Para Roberto, mi querido hermano. Tú siempre me apoyaste y leíste los que fueron los inicios de este mundo que explotó de mi cabeza directo a mi corazón. Gracias por amarlo también.*

*El día irrumpió, tuvimos que separarnos,  
ahora ninguno de los dos era más fuerte,*

él luchó, yo también luché,  
¡pero no lo hicimos a pesar de todo!

Emily Dickinson.

Él era débil y yo era fuerte...

Fragmento del Poema.

Zarah salió de la ducha con cautela. Tenía la cabeza perdida, como si hubiera metido su cerebro en una licuadora durante la noche y al despertar tuviera un batido muy revuelto en su lugar.

Después de colocarse la ropa interior, se envolvió en una toalla y salió en dirección a su habitación, antes de comenzar a escuchar los habituales golpes matinales de Maricarmen exigiendo el uso del baño.

Con el frío que estaba haciendo le hubiera venido bien su bata, pero no tenía idea de dónde estaba, como tantas otras de sus cosas.

Esas últimas semanas habían sido una locura. Desde que había vuelto a casa se sentía como si se hubiera subido en una rueda de la fortuna, con momentos arriba y otros abajo. Aunque últimamente estaba más abajo que arriba...

Definitivamente la parte económica no mejoraba en su hogar y eso afectaba a su familia de muchos modos distintos. Ya casi no veía a sus padres; sus hermanos estaban distantes, Javier no dejaba de trabajar, Maricarmen de estudiar, Marijó se había vuelto más antipática que nunca y los pequeños sumamente rebeldes y tenían pataletas a cada oportunidad. Si a eso aumentaba la presión de la escuela, los exámenes y el entrenamiento (en el que todavía no mejoraba en absoluto), se sentía como si cargara el mundo entero sobre los hombros.

Ya ni mencionar el hecho de tener a toda su familia vigilándola de cerca, como si fuera una especie de bomba que estuviera a punto de hacer explosión

en cualquier momento.

Su abuelo había enviado al equipo completo de Allan a casa con ellos cuando regresó a su hogar, y tenía visitas frecuentes de Aidan y Alberto, como si debieran cerciorarse con sus propios ojos de que continuaba con vida.

Eso no ayudaba en nada a la relación con sus padres, quienes parecían más tensos que nunca, como si su privacidad fuera invadida a cada segundo. Sin mencionar que ahora ellos también estaban tras ella, en especial Miranda, a cada momento del día, preocupados de que no fuera a caer en «coma» una vez más.

Allan debió usar esa palabra para tranquilizarlos, lo cual sin duda era mucho mejor que decir «su hija ha estado muerta gracias a un hechizo sumamente potente y extraño que su madre natural hizo en ella cuando solo era una niña, para ocultar un secreto que nadie conoce, y puede que nadie llegue a conocer antes de que la mate de un momento a otro».

Sí, eso sería fabuloso para terminar de volver locos a sus padres...

Lo único bueno de todo esto, era que Javier había optado por dormir en la habitación de Manolo hasta que ella mejorara, y así le había dado la oportunidad de tener su propia habitación por más tiempo.

Unos días de paz, en medio de esa locura, le venían de maravilla, sin duda.

Intentando apartar todas esas ideas dramáticas de su cabeza, Zarah entró en su habitación, cuidando de cerrar con llave la puerta. Manolo tenía la mala costumbre de entrar sin tocar, y odiaba tener que gritarle a su hermanito por pillarla siempre en bragas y sostén. Definitivamente ese día no estaba de humor para soportar aquello, mucho menos cuando traía solo una toalla...

—Zarah —escuchó un susurro en su oído que la hizo pegar un grito. Allan se apuró a cubrirle la boca con la mano, aunque demasiado tarde.

En seguida escucharon un golpe en la puerta, acompañada por la voz de

Miranda.

—¿Zarah, estás bien?

Zarah inspiró hondo, intentando calmarse. No le convenía que su voz sonara alterada. No si quería convencer a su madre de que estaba bien y pasara desapercibido el novio en su habitación mientras ella estaba casi desnuda, por excepción de una simple toalla y su ropa interior.

—Sí, mamá... Vi una araña y me asusté —mintió, diciendo lo primero que se le ocurrió.

—Ay, hija, son solo criaturas inocentes, no las temas, sirven para matar otros insectos que de otro modo formarían plagas.

—Vale, mamá... gracias —masculló, intentando ignorar la sensación del cuerpo de Allan abrazado al suyo, su mano en derredor de sus hombros desnudos...—. Prometo no matarla si ella no se mete conmigo de nuevo.

Miranda rio.

—Me parece bien, Zarah. De lo contrario sácala al jardín, allí no molestará a nadie.

—Ok, mamá...

—Vale, te dejo vestirte en paz. Date prisa, se hace tarde para el colegio.

—Sí, mamá. —Exhaló una bocanada de aire cuando finalmente escuchó los pasos de su madre alejándose por el pasillo.

—¿Vas a sacarme al jardín o vas a terminar de darme con un zapato? — bromeó Allan en su oído, pero su aliento cálido contra su oreja no hizo más que aumentar su nerviosismo.

Lentamente se dio media vuelta, todavía perturbada por su tacto cálido, tan cercano a ella...

Y su intranquilidad creció al toparse de frente con Allan. Había algo en él,

algo extraño... Sus ojos... Eran sus mismos ojos, pero a la vez, lucían diferentes... Como si se hubieran oscurecido y al mismo tiempo brillaran intensamente.

Sin decir una palabra, él la besó, un beso profundo como nunca le había dado antes. Zarah se estremeció, no se esperaba ese beso, tampoco sus manos recorriendo su espalda hasta llegar a su cintura y alzarla en brazos, pegándola contra su cuerpo en un abrazo tan intenso como era ese beso.

Y sencillamente se dejó perder...

Le rodeó el cuello con los brazos, dejándose llevar por ese momento, buscando de algún modo sentirse más unida a él. Lo amaba, Dios, cómo lo amaba, y se sentía tan bien estar tan cerca de él... Se sentía... correcto.

Las manos de él vagaron por su espalda, desde sus hombros hasta su cintura. La toalla cayó al piso, dejándola expuesta únicamente con el sujetador y las bragas, pero a ella no le importó, solo le importaba estar unida a él, no romper ese momento mágico entre ellos.

Allan la cargó en brazos y ambos cayeron en la cama, todavía deshecha, un amasijo de brazos y piernas. De algún modo, Zarah había conseguido quitarle la camisa, y ahora se encontraban piel con piel, unidos en un beso apasionado y tan ardiente como ella no había conocido otro en su vida.

Las manos de él exploraban su cuerpo, acariciándola en lugares que nunca antes la había tocado otra persona. Zarah suspiró, invitándolo a continuar, a ahondar ese acercamiento como solo querría hacerlo con él...

Allan se apartó, solo un poco, buscando con sus ojos su mirada, contemplándola... Zarah se sintió estremecer, era como si pudiera leer su pensamiento, como si pudiera saber lo mucho que él la amaba, como si con solo los ojos pudiera expresarle una adoración silenciosa. Un amor que solo era para ella...

Y se sintió plena, dichosa, amada... completamente entregada a él.

Le rodeó el cuello con los brazos, acercándolo una vez más a ella para besarlo. Y entonces sucedió...

Una luz en su cuello se encendió y atrapó su mirada.

Zarah se vio inmersa en la oscuridad una vez más... La única luz existente provenía del pecho de Allan... ¡Allan!

Él la miró a los ojos, que ahora se habían vuelto tan luminosos como la piedra que colgaba de su cuello. La miraba fijamente, como si sintiera la necesidad de mantener la vista sobre ella sin detenerse ni siquiera para parpadear.

El mundo comenzó a cambiar a su alrededor. La oscuridad se volvió turbia, la luz se mezclaba con el humo y la niebla, la nada fue reemplazada por altos cerros verdes y fueron rodeados por vegetación selvática. El suelo a sus pies se volvió inestable...

—No... —musitó Zarah, reconociendo el lugar—. No otra vez...

Sintió la calidez conocida de la mano de Allan cerrándose sobre la suya.

Zarah alzó la vista y sus ojos se conectaron con los de él, no había palabras entre ellos, pero sabía que él estaba allí para ella, apoyándola... Él también sabía dónde se encontraban.

Y entonces la vio...

Por primera vez desde la perspectiva de un espectador.

Su madre corría con la versión infantil de ella en brazos. Elizabeth mantenía el rostro de su hija oculto sobre su hombro, intentando protegerla del horror que las rodeaba.

Y Zarah vio por primera vez aquello de lo que su madre la había protegido...

El terror había tomado forma en los miles de figuras oscuras que se

cernían sobre ellas. En sus recuerdos eran solo unos cuantos, no fue hasta ese momento que se dio cuenta del ataque masivo que habían sufrido con su madre.

*«Tu madre era poderosa»,* recordaba haber escuchado decir a su tío, *«debió ser un gran ataque para que ella sucumbiera...».*

Y tenían razón. De verdad que tenían razón...

Miles de seres de todo tipo se cernían sobre ellas, más de los que podía vislumbrar, como si de gotas de lluvia se trataran. Elizabeth hacía lo posible por defenderla, por huir... Pero no había escape posible. Estaban completamente rodeadas.

Zarah sintió la desesperación en carne viva, el dolor de su madre por saber que pronto se separaría de su hija para siempre, por aquello que pronto estaba por suceder...

Y sucedió...

Vio caer a su madre una vez más, solo que ahora tenía la visión completa al estar observando desde la distancia:

Su madre había puesto algo en su cuello, una luz que se encendió un momento antes de que Zarah desapareciera y su madre se lanzara al vacío, llevando con ella la capa de su hija. De lejos no se notó, lució natural, como si Elizabeth hubiera preferido lanzarse con su hija en brazos al vacío, una muerte mucho más noble que caer en las inciertas garras de sus enemigos.

Escuchó el grito furioso de sus atacantes, frustrados ante la pérdida de su presa. Ellos no habían visto la luz, no la habían visto desaparecer. Todos se arremolinaban en torno al puente roto, observando a la distancia el profundo cañado por el que su madre había caído...

—Zarah, no... —Sintió la mano de Allan apretar con más fuerza la suya, impidiéndole avanzar.

Ni siquiera había notado que lo hacía.

Él parecía sorprendido de poder hablar, caminó hasta que su cuerpo bloqueó el de ella, impidiéndole ver más.

—Será mejor que no veas eso...

—¿Por qué no? Es mi madre... —El gruñido de un conjunto de voces interrumpió sus palabras.

Vio pasar a Flagpaom a su lado, corriendo en dirección al puente acompañado por Flérída... La ira se encendió en su interior. Ellos habían sido los culpables de ese ataque, de la muerte de su madre...

—Zarah, tu luz... —escuchó a Allan antes de darse cuenta de que ella comenzaba a brillar, envuelta en una luz azul.

—¿Puedes verla? —La voz de Flérída llegó hasta ella, sobre los gruñidos bestiales de los raya, sus atacantes, reunidos en torno a la cañada, todos con sus fieros ojos fijos en el vacío.

—Se ha ido... —Escuchó una profunda voz a su espalda.

Zarah se giró, había un hombre oculto en la penumbra. No pudo ver de quién se trataba, su rostro estaba oculto tras una máscara y su cuerpo cubierto con una capa con capucha.

—Señor... No ha sido culpa mía... —La voz de Flagpaom se interrumpió repentinamente. Él se llevó ambas manos al cuello, jadeando estrepitosamente cuando una mano invisible se cernió sobre su cuello, ahogándolo.

—No me interesan tus excusas, Flagpaom —escuchó decir al hombre de la capucha—. Baja enseguida y sondea el río, no me importa si has de tener que drenar hasta la última gota, hazlo y encuéntrala...

—Pero señor...

—¡Encuéntrala! —repitió el hombre, y Flagpaom se retorció en su lugar,

como si hubiera sido electrocutado de repente.

El ataque cesó y Flagpaom cayó al piso, flácido y tirado sobre el suelo de tierra como una alfombra vieja...

Y Zarah sonrió de gusto de verlo de ese modo.

—Encuéntrala —repitió el hombre, retrayéndose más entre las sombras—. Ella es la única que sabe dónde encontrar la Mariantella...

Allan lanzó una exclamación ahogada y soltó su mano, dispuesto a salir en persecución de ese hombre.

Al instante el mundo a su alrededor se sumergió en un torbellino de luz y oscuridad. Allan volvió sobre sus pasos, abrazando a Zarah con la intención de protegerla, pero era tarde. Ella caía en el remolino.

—¡Zarah...! —gritó, alzando la mano hacia ella.

—¡Allan! —Zarah se estiró todo cuanto pudo. Los dedos de su mano rozaron los de Allan... Y entonces él se disolvió en la nada.

Al igual que todo a su alrededor.

El mundo se convirtió en un remolino de humo, luz y oscuridad, y pronto Zarah se encontró una vez más en su habitación, recostada con Allan sobre su cama.

Allan se apartó de ella bruscamente, sus ojos se agrandaron por la sorpresa de aquella visión que habían compartido juntos. Y lo hicieron aún más cuando la realidad del presente los golpeó de frente, y ambos se encontraron en la misma posición que habían dejado hacía un momento, ella en sujetador y bragas, casi completamente desnuda bajo sus brazos...

Zarah pegó un chillido, ocultándose bajo las mantas al tiempo que sentía que el rubor le cubría el rostro y el cuerpo entero.

—Zarah, no... Por favor... —tartamudeó él, volviéndose de espaldas a ella.

—¿Qué fue lo que dijo ese hombre que te impresionó tanto? —preguntó ella, sin conseguir pensar en otra cosa que en la visión.

—¿Qué...? —Allan se giró y sus ojos dieron directo hacia su escote, al tiempo que el rubor se subía en sus mejillas.

Zarah no pudo evitar sonreír. Un Allan sonrojándose no era algo que viera todos los días.

—Allan, concéntrate en mi pregunta —le pidió—. ¿Qué fue lo que ese hombre encapuchado dijo sobre encontrar la Mar...?

Allan volvió a darle la espalda, pegando los puños a los costados, como si luchara internamente por volver a concentrarse en el tema del que estaban hablando.

—La Mariantella —contestó Allan, antes de girarse y mirar a Zarah con una expresión de completo desconcierto y, a la vez, de entendimiento—. ¡Tu madre tenía la Mariantella!

—La Mariantella, sí, eso fue lo que él dijo —Zarah se enderezó, cubriéndose con la sábana—. ¿Qué es la Mariantella?

Allan se acercó a ella, sus ojos todavía oscurecidos... Y Zarah no pudo evitar sonreír al notar que se ruborizaba una vez más. Ese hombre podía tener mil años, pero aún le afectaba ver a una chica semidesnuda cubierta únicamente con una sábana.

O tal vez era que le afectaba verla a ella semidesnuda...

—¡Zarah, date prisa que se te hace tarde para ir a la escuela! —escuchó la voz de su madre desde la cocina.

—¡Mierda! —chilló ella, poniéndose de pie bruscamente al tiempo que Allan se agachaba a recoger su camisa. Ambos chocaron, convirtiéndose en un nudo de piernas, sábanas y ropa tirada.

Allan la miró a los ojos, encendidos de una forma muy similar a carbones ardientes.

—Debo irme —le dijo con la respiración entrecortada, posando una mano sobre su mejilla.

Zarah asintió, notando que todo su cuerpo vibraba bajo su tacto.

—Volveré, lo prometo.

—Eso espero —susurró cuando él la besó una vez más, provocando que su corazón se desbocara en su pecho.

—¿Zarah, me prestas tu pijama de *Sailor Moon*? —Escuchó la voz de Marijó al otro lado de la puerta—. Tengo que hacer la interpretación de una niña boba para la escuela, y no tengo nada que ponerme.

Zarah sintió que el color le invadía las mejillas.

—¿*Sailor Moon*? —repitió Allan, reprimiendo una risita.

—No te burles —Zarah frunció el ceño—. Era muy niña e ingenua para conocer lo que es realmente bueno.

—Espero que ahora lo sepas —sonrió él, besándola fugazmente antes de ponerse de pie, y ayudarla a ella a hacer lo mismo.

—Seguro que sí —contestó Zarah, preparándose para recibir un nuevo beso cuando la voz de Marijó los volvió a interrumpir.

—¿Zarah, no me ignores! ¡Sé que estás allí! Si no quieres prestarme el pijama, dame alguna otra cosa tuya. Cualquier cosa será buena para interpretar a una niña *geek* de preparatoria.

—¡Ya voy, Marijó! ¡Dame un minuto ¿quieres?! —gruñó Zarah.

—Será mejor que me vaya —Allan se encaramó al alféizar de la ventana y se volvió una vez más hacia ella para despedirse—. Nos vemos pronto.

Zarah lo vio desaparecer por la ventana con un gesto de tristeza. No tenía idea si fuera el anhelo de una vida pasada o es que sencillamente amaba demasiado a ese hombre, pero hubiera deseado con todo su corazón que se quedara con ella para no volver a marcharse jamás de su lado.

Un golpe en la puerta la devolvió a la realidad, acompañado por un grito enfurruñado de Marijó.

De un salto abrió su armario y se colocó la blusa del uniforme y la falda antes de correr a abrir la puerta.

—¿Zarah, sal de ahí de una vez, si no quieres que abra esta puerta en este

mismo instante!

—¿Qué es lo que quieres?! —gruñó Zarah, abriendo la puerta en el preciso instante en el que Marijó sacaba unas pinzas de su bolsillo—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—Eso mismo podría preguntarte yo —respondió Marijó dedicándole una mirada acusatoria.

Zarah sintió que las mejillas se le encendían, ¿es que habría escuchado algo? O peor, ¿qué tal si había usado esas pinzas y abierto la puerta sin que ella lo notara...?

*Oh, mi Dios.*

—¿Sabes la hora que es? —continuó Marijó, sin notar su mortificación—. Mamá está abajo, histérica, esperando que comas tu desayuno antes de llevarnos a la escuela. Porque claro, podremos llegar una hora tarde a clases, pero su hijita consentida no se puede saltar la comida más importante del día —replicó, imitando la voz de su madre en un tono bastante meloso.

—¿Qué pasa contigo, Marijó? —Zarah la encaró—. ¿Qué te he hecho para que estés tan molesta conmigo? ¿Y qué demonios ibas a hacer con eso? —Señaló la pinza que su hermana había guardado de vuelta en su bolsillo.

—Abrir la puerta, ¿qué más? —Se encogió de hombros—. Vaya pregunta tonta.

—¿Y por qué ibas a abrir mi puerta? Esta aún es mi habitación, si no te has dado cuenta.

—Te lo dije, necesito tu pijama para la escuela. Ahora dámelo. —Tendió la mano.

—Al menos podrías pedirlo de un modo amable.

—Tan dramática como siempre. —Rodó los ojos—. Hazte a un lado, lo

buscaré yo misma.

—¡Hey! —Zarah chilló cuando su hermana la hizo a un lado de un manotazo y entró en su habitación—. ¡Marijó, ¿qué bicho te picó?! —La detuvo por el brazo—. ¡No puedes solo entrar aquí y coger mis cosas!

—Claro que puedo. —La miró a los ojos, desafiante—. Lo he hecho miles de veces y ni cuenta te das.

—¿Has sido tú...? —Zarah abrió la boca al máximo—. ¿Tú has estado tomando mis cosas?

—No, han sido los duendes —le dijo de forma sarcástica y sonrió falsamente—. Los mismos que te roban los zapatos izquierdos y mandan uno de tus calcetines al centro de la tierra para que te quedes semanas preguntándote qué demonios pasó con el otro calcetín que metiste en la lavadora. Ellos han tomado tus cosas, *Zaritah*. —Le dio una palmadita en la mejilla.

Fue la gota que colmó el vaso para Zarah.

—Basta —siseó, cogiendo el brazo de su hermana en un gesto impulsivo—. Sal de mi habitación. Ahora.

—Con gusto. —Marijó retiró el brazo bruscamente—. En cuanto me lleve el pijama.

—¡No toques mis cosas!

—¿Y de dónde voy a conseguir el disfraz para representar a una *geek-friki* fracasada?

La mandíbula de Zarah cayó. No podía creer que su hermana le hubiera dicho algo como eso.

—Podrías probar con cualquiera de tus conjuntos —replicó, sintiendo la furia ardiendo en su interior—. Encajan a la perfección.

—¿Qué está pasando aquí? —Miranda se asomó por la puerta—. Sus gritos se escuchan hasta la calle. Han asustado a Dany.

Marijó y Zarah se miraron fijamente, ambas respirando de forma agitada, como si hubieran estado en una contienda a muerte.

Y en cierto modo, ese enfrentamiento fue mucho peor que cualquiera que Zarah hubiera tenido en los entrenamientos.

—Nada, mamá —Zarah fue la primera en hablar—. Siento haber asustado a Dany.

—Bajen a desayunar en este instante si no quieren que las castigue a las dos. —Los ojos de su madre eran dos rayos laser capaces de reducirlas a polvo con una sencilla mirada.

Zarah inspiró hondo. Era increíble que una mujer normal, sin ningún poder sobrenatural, fuera capaz de provocar tanto respeto... y miedo.

—Bien —gruñó Marijó, caminando al lado de Zarah y pasándola a llevar a propósito.

Zarah fijó la vista en las pantuflas de oso polar que su hermana usaba, ¡eran las suyas!

Reprimió el deseo de gritarle. Ya habían sido bastantes gritos por esa mañana.

Pero sin duda hablaría con Marijó después.

Esto no se podía quedar así.

Ya tenía bastante con averiguar qué demonios era la Mariantella, como para tener que aguantar a su hermana hurtando sus cosas y portándose como un demonio con ella.

Zarah observaba fijamente el reloj colgado en la pared sobre el pizarrón del salón de clases. Nuevamente la *Pera*, la profesora de Matemáticas, se estaba tomando tiempo extra tras su hora de clase. O, mejor dicho, tiempo extra para dejar tarea.

Con un suspiro, Zarah se llevó una mano al puente de la nariz. Comenzaban a arderle los ojos por mantener tanto tiempo fija la mirada. Esa profesora gustaba de anotar a toda velocidad números en la pizarra, para borrarlos tan rápido como terminaba de escribirlos.

Zarah habría apostado que gozaba con los suspiros de frustración de sus alumnos, tras no conseguir anotar todo lo necesario a su ritmo, y quejarse de sus muñecas adoloridas al terminar de escribir.

De pronto, una silueta oscura junto a la ventana llamó su atención y por poco Zarah pega un grito al ver a Allan asomado desde afuera.

—¿Zarah, quieres dejar de distraerte con los pajaritos del árbol y poner atención? —la reprendió la profesora.

—Eh, sí maestra. Perdona... —contestó, fijando la vista una vez más en la ventana para descubrir que Allan había desaparecido.

Rápidamente apuntó los últimos números antes de ponerse de pie.

—¿Maestra, puedo ir al baño?

La mujer, dedicada a los números en el pizarrón, murmuró un «sí» sin

voltear a verla. Ni siquiera para eso daría una tregua a sus alumnos, perdiendo el tiempo girándose para contestarlos.

Zarah prácticamente corrió hacia la puerta y salió por el pasillo rumbo a los jardines, buscando en todas direcciones a Allan.

—Hola, princesa —la saludó él, aterrizando justo delante de ella.

—¡Mierda!

—¿Tanto gusto te da verme? —preguntó él, sarcástico.

—Allan, me has dado un susto de muerte. —Zarah frunció el ceño, cuidando que nadie los viera—. ¿Qué haces aquí? ¿Pasa algo?

—Supuse que no podrías dejar de pensar en otra cosa que no fuera la Mariantella, así que vine a hablar contigo. Y creo que acerté, por la expresión que tenías en tu cara mientras tomabas apuntes, era claro que no podías concentrarte.

—No me culpes por ello, esa clase debió terminar hace veinte minutos —masculló, molesta de que él supusiera que era mala estudiante. Lo era, pero al menos intentaba no serlo. Por lo general...—. La *Pera* siempre se alarga en sus clases.

—¿Quién?

—La profesora de Matemáticas. ¿Y bien? ¿Qué es la Mariantella?

Allan miró en ambas direcciones, asegurándose de que nadie los escuchara.

—Ven conmigo —le dijo, tomando su mano.

—Espera, ¿qué hay de mis cosas? ¿Y mis hermanos? Debo llevarlos a casa.

—Raquel y Patrick pueden hacerse cargo de eso —dijo él, sin disminuir el paso, llevándola con él rumbo a las canchas de básquetbol.

Allan se detuvo ante ella y la envolvió en un apretado abrazo. Antes de que pudiera siquiera asimilar lo que hacía, él cambió de forma, su cuerpo se estiró y ensanchó, poderoso como el Kinam que era, al tiempo que un par de enormes alas se desplegaban tras su espalda.

Zarah tragó fuerte cuando ambos se elevaron en el aire. Odiaba las alturas, pero estando entre los brazos de Allan, cualquier cosa era buena.

Arriba les dio encuentro una enorme águila negra, sus alas tan extensas como las de un aeroplano. Era Spirit, la mascota de Allan. A diferencia de los demás Capadocia, quienes solían utilizar los jaguares negros alados, Allan poseía este majestuoso animal, similar a las criaturas mitológicas y mágicas que Zarah tanto había soñado poseer de niña. Y quizá por eso le encantaba. Aunque no por ello, la altura le ocasionaba menos temor.

Zarah se estremeció cuando ambos se posaron sobre el lomo del águila. Con fuerza se aferró a las suaves plumas de su cuello, rezando en silencio por que no fuera a darse la vuelta y dejarla caer al vacío.

—Tranquila, estás a salvo. Ella no dejaría que te pasara nada —le dijo Allan con una sonrisa, adivinando los pensamientos que cruzaban por su mente.

—Eso espero —musitó Zarah, sin soltarse del cuello del animal. Podría parecer una maldita garrapata, pero no le importaba, no iba a soltarse de ella.

Allan tomó asiento a su lado, guiando al águila por el aire en un vuelo pacífico. Incluso agradable, si no se tomaba en cuenta que se encontraban a tanta altura.

—Bien, creo que ahora podremos hablar —dijo él tras unos minutos, permitiendo que Spirit planeara libremente en el cielo.

—Sí, dudo que alguien pueda espiarnos aquí —Zarah sonrió, sarcástica.

Definitivamente la altura le estaba dañando el sentido del humor. O el

cerebro. Sabía que la falta de oxígeno se daba a mucha altura, quizá eso le estuviera afectando.

—Hablemos de la Mariantella. —Allan interrumpió sus pensamientos un tanto hipocondriacos—. Supongo que nunca has oído hablar de la Mariantella. Es decir, no que tú recuerdes, ¿o me equivoco? —preguntó, tomando nota de la parte de la vida de Zarah cuyo pasado aún no podía recordar.

—No, no sé nada. Esta mañana es la primera vez que escuché sobre ella —Zarah miró hacia abajo. El mundo parecía un mapa de múltiples cuadraditos de tonos verde y tierra. Mierda. Si se caía se haría papilla, sin duda.

—Supongo que querrás saber qué es —le dijo Allan, tomando su barbilla para obligarla a prestarle atención.

Zarah lo miró, agradecida de ser forzada a dejar de ver aquello que la aterrorizaba. Y paralizaba su cerebro, sin duda.

Una vez que tuvo los ojos sobre Allan, le fue más sencillo pensar y aclarar sus ideas lejos del terror que la altura le ocasionaba.

—Tienes razón —dijo al fin, tras una pausa que pareció eterna—. ¿Qué es la Mariantella?

—Una corona.

—¿Una corona? —repitió Zarah, y frunció el ceño. Se esperaba que fuera algo más espectacular, como un arma superpoderosa o el secreto para alcanzar la paz mundial. No una simple corona.

—Una corona perteneciente al reino de los Blancos —aclaró Allan.

—¿Y todo este revuelo ha sido provocado por una simple corona?! —Zarah estuvo a punto de ponerse de pie, indignada de que su madre hubiera organizado un estropicio en su mente a causa de una estúpida corona. Pero el sentir el viento contra su rostro le recordó dónde se encontraba y se aferró con más fuerza a las plumas del cuello del águila, que había soltado en su arrebató.

—¿Recuerdas que te comenté que cada reino poseía tesoros?

Zarah asintió, frunciendo el ceño. Comenzaba a desesperarse por tanta vuelta en el relato.

—Como el báculo que usas para abrir el portal —dijo con voz cortante.

—Exacto. Ese báculo pertenece al reino de los Blancos, es de la familia real, es decir de tu abuelo, y será tuyo algún día. Pues del mismo modo, la Mariantella pertenecía a los blancos.

—¿Pertenece?

—Hasta que desapareció, siglos atrás.

—¿Y cómo es que mi madre la tenía?

—No lo sé. —Allan negó con la cabeza—. Después de verte esta mañana me dirigí a Tierra de Libertad para hablar con tu abuelo. Él me contó que tu madre solía tener una gran pasión por los tesoros perdidos del mundo, en especial los del reino de los Blancos. No sería raro que se hubiera dedicado a buscarla y consiguiera encontrarla, conociendo el grado de inteligencia que poseía Elizabeth.

Zarah inspiró hondo, sintiendo que una ola de orgullo por su madre la inflaba por dentro.

—Sin embargo, tu abuelo no parecía saber nada sobre la Mariantella.

—¿Le contaste lo de la visión?

—No. —Allan se puso serio—. Hablaré con Ahren hasta que tengamos un poco más de información. Antes me gustaría consultar esto con Tanek. He intentado contactar con él y con Alberto, pero me ha sido imposible.

—Oh, qué mal. —Zarah se sintió decepcionada—. Si alguien seguro conoce los secretos de mi madre, ese es Tanek.

—Zarah, me gustaría pedirte un favor, si estás de acuerdo. —Zarah asintió

sin dudar, y Allan continuó—. No quiero que comentes nada de esto hasta que hayamos hablado con Tanek.

—¿Por qué no?

—Como te expliqué, la Mariantella es un tesoro muy valioso, no solo para los Blancos, sino para todos... Capadocia o Kinam, ¿me explico?

—Los Raya... —musitó Zarah, entendiendo a qué se refería.

Allan asintió.

—Es bastante obvio que si tu madre tenía la Mariantella, alguien debía saberlo e intentó robarla. Si se conoce cualquier referencia de su existencia y que tú estás ligada a ella, podrías correr un grave peligro, Zarah. El mismo peligro que corrió tu madre...

Zarah abrió grande los ojos, sintiendo que la rabia se apoderaba de ella.

—¿Crees que ese es el secreto que mi madre escondió en mi mente? ¿El sitio en el que está esa estúpida corona? —rugió, furiosa—. ¿Por qué es tan importante, en primer lugar? Sí, es un tesoro de los blancos, ¿pero era tan importante como para morir por ella? ¿O para poner a su hija en riesgo?

—Lo que te estoy diciendo es que debes estar precavida. Si tu madre escondió la Mariantella, pudo hacerlo en cualquier lugar del mundo —continuó Allan, sin permitirle seguir con esos pensamientos negativos—. Y si es ese el secreto que ella ha escondido en tu mente, el sitio donde la dejó, deberemos resolverlo cuanto antes, Zarah.

—No puedo creer que mi madre me hiciera esto... ¿Te das cuenta de que puedo morir en cualquier momento por una estúpida corona? —Se sintió como si la rabia la comiera por dentro, como si un fuego ardiera en su interior.

Allan la miró a los ojos, dedicándole una expresión extraña en la mirada.

—La Mariantella no es cualquier tesoro, Zarah. Es uno de los objetos más

poderosos del mundo. Tiene la capacidad de incrementar tres veces los poderes de su portador.

La boca de Zarah cayó abierta hasta su pecho.

—Increíble...

—Lo sé, pero real. Fue forjada hace milenios. En ella se encuentran tres piedras de sol azul, las más poderosas de todas. Su poder, se dice, es inalcanzable. Y puede ser utilizada por cualquiera que la porte, Kinam o Capadocia. Incluso humanos.

—Oh, por Dios... —musitó Zarah, abriendo los ojos al máximo.

—Es por eso que es tan peligrosa, Zarah, y el motivo por el que se dice que fue escondida tantos siglos atrás. —Allan inspiró hondo antes de pronunciar las siguientes palabras—: Se dice que cualquiera que sea el portador de la Mariantella, será el vencedor.

—¿Te refieres a la guerra entre los Kinam y Capadocia?

Allan la miró fijamente a los ojos.

—De cualquier guerra, Zarah.

—Mierda —musitó Zarah, llevándose una mano a los ojos, olvidándose momentáneamente de la altura. Eso era terrible. Su madre había ocultado información sumamente importante en su cabeza, ¿por qué demonios hizo eso? ¿No habría sido mejor hacer un mapa? Tal vez un tatuaje en su espalda, como la niña de esa película...

—Es fundamental conseguir la Mariantella lo antes posible, Zarah. —La voz de Allan interrumpió el hilo de sus pensamientos—. Antes que pueda caer en malas manos.

—Eso es obvio —dijo ella, molesta. Demonios, la altura debía estar afectando seriamente a su cerebro o de lo contrario no sería tan mala con Allan.

—Lo siento... Pretendía resaltar lo obvio, como has dicho —musitó él, dedicándole una mirada de extrañeza por su actitud hosca—. Lo mejor será que encontremos cuanto antes a Tanek y hablemos con él al respecto. Tu madre y él eran muy cercanos, lo más seguro es que él sepa algo sobre este asunto.

—¿Y qué hay si no? —preguntó Zarah, frunciendo el ceño. Estaba empezando a sentirse realmente furiosa—. Mi padre no tenía idea de que mi madre hubiera puesto un secreto oculto en mi memoria. Está bastante claro que se molestó bastante por ello. Tal vez no conocía a mi madre como nosotros asumimos. Si ella no le dijo nada de que iba a utilizar el cuerpo de su hija como caja fuerte para un tesoro mortal, seguramente no le dijo que había recuperado uno de los objetos más preciados del mundo...

—Zarah, no hables de ese modo. —La expresión confusa de Allan por su actitud era ahora bastante clara. Zarah apartó la mirada, incapaz de continuar observando esos ojos atormentados por más tiempo—. Tanek y Elizabeth se amaban, tenían una relación muy cercana. Si tu madre no dijo nada, debió ser porque así lo consideró oportuno en su momento.

—¿Oportuno ocultarle secretos al hombre en el que, se supone, confiaba?

—No juzgues sin conocer toda la historia, Zarah. Era tu madre después de todo.

Zarah apretó los dientes, tenía ganas de gritarle que una madre no utilizaría a su propia hija como receptáculo de secretos tan peligrosos, pero prefirió guardar sus palabras. De por sí, él ya parecía bastante alterado por su actitud.

—Bien, habla con Tanek. Pero te anticipo que será inútil. De haber sabido él que Elizabeth encontró la Mariantella y luego la dejó escondida en algún lugar del mundo, nos lo habría dicho.

—Eso no podemos darlo por hecho —aseguró Allan—. Y hasta no conocer la respuesta, es imprescindible dar con tu padre.

—Bien. Como quieras —masculló ella, sin verlo todavía.

—Tendré que ir a buscarlo, Zarah. Hasta que yo regrese, necesitaré que tengas cuidado. Dejaré a Patrick en mi lugar a cargo del equipo, pero tú debes mantenerte a salvo, ¿me has entendido?

—Sí, Allan —masculló cada vez más molesta. No entendía por qué se enojaba tanto, pero se sentía muy enfadada.

Él volvió a dedicarle una mirada confusa por su actitud.

—Mientras tanto, tú podrías aprovechar también el tiempo haciendo tu propia investigación.

—¿Qué tipo de investigación? —preguntó, arqueando una ceja, más

animada.

—Habla con Miranda.

—¿Con mamá? —Ahora fue Zarah la extrañada.

—Ahren me comentó que Elizabeth estudió varias culturas Homo, incluso tomó cursos en universidades humanas. Tal vez se basó en alguno de los mitos ocultos de las civilizaciones antiguas para dar con la Mariantella. Si es así, posiblemente Miranda conoce algo relacionado con la Mariantella.

—Mamá ha estudiado muchas culturas antiguas, pero dudo que sepa algo al respecto, Allan.

—No des las cosas por hecho. Si no averiguas, nunca lo sabrás. Quizá puedas obtener una pista de dónde pudo Elizabeth haber hallado la Mariantella. Cualquier cosa nos servirá.

—Bien, lo intentaré. Aunque sinceramente dudo que mi madre sepa algo al respecto.

—También debes averiguar más sobre tu pasado, ¿ya le preguntaste a Miranda sobre el sitio donde te hallaron?

—No. —Zarah tragó saliva, lo había olvidado por completo.

—Pues hazlo.

Zarah asintió, sintiendo un escalofrío cuando una húmeda ráfaga de viento le llegó por la espalda.

—Se aproxima una tormenta —musitó Allan, observando en derredor con el ceño fruncido—. Será mejor que regresemos. Tu familia debe estar esperando por ti, sin mencionar que se hace tarde para que llegues a tu entrenamiento.

—Fantástico —masculló Zarah, sarcástica, sintiendo por primera vez que hubiera sido mejor permanecer en el aire que volver al mundo real.

—Tranquila, princesa. —Allan estrechó su mano—. Verás que todo saldrá bien.

Zarah sonrió, aunque su sonrisa era completamente falsa.

No entendía cómo su madre pudo depositar en ella, una niña pequeña, el peso del resguardo de un secreto tan grande como ese.

Elizabeth tendría que saber que la vida de su hija correría peligro.

Debió suponer que gente malvada, gente con deseos de poder y grandeza, irían tras ella, ¿cómo fue posible que no lo pensara?

Pero su madre era inteligente. Pensaba en todo...

Entonces ella debió saberlo...

¿Cómo pudo ser capaz de someterla a tal peligro?

Mientras Zarah guardaba a toda velocidad el equipamiento necesario para su entrenamiento, escuchó los gritos de Marijó desde el piso inferior. Con un suspiro cansino, cerró su mochila y se dispuso a bajar las escaleras. Allan la aguardaba afuera, en el automóvil. Insistió en llevarla a su entrenamiento antes de partir a Tierra de Libertad, quería asegurarse de que se quedara bien antes de alejarse de ella.

Hubiera sido más rápido ir directo a la residencia que servía de base para el equipo, desde donde volverían a abrir el portal hacia la Antorcha, pero Zarah necesitaba llevar consigo algunas cosas que tenía en su casa. Entre ellas, la espada de su madre.

Recordaba muy bien que su siguiente entrenamiento sería con armas, y quería estar preparada.

Tal vez si usaba la espada de su madre tuviera más suerte.

Solo tal vez...

Al bajar el último tramo de escalera, los gritos de Marijó se escucharon con mayor intensidad.

—¿...crees que me asustas, pedazo de mierda? ¡Métete tus amenazas por donde mejor te quepan! —gruñó Marijó, colgando de golpe el teléfono.

—¿Otro cobrador? —preguntó Zarah, colgándose la mochila al hombro.

—Esos imbéciles no dejan de llamar... —El sonido del teléfono la

interrumpió—. ¿Lo ves? ¡Van a terminar por volverme loca!

Maricarmen apareció en ese momento desde la cocina, seguida de cerca por Manolo, quien llevaba una maqueta a medio terminar del sistema solar entre las manos.

Con un movimiento rápido, su hermana cogió el teléfono desde la base y descolgó el cable.

Se hizo silencio de inmediato.

—Listo —anunció Maricarmen, victoriosa—. Ahora no podrán molestarnos.

—¿Y qué hay si alguien importante llama? —preguntó Zarah, observando con una ceja arqueada cómo su hermana dejaba caer el cable de teléfono casi con repulsión.

—Si eso sucede, podrán localizarnos en nuestros celulares. Por suerte, todavía los tenemos —Maricarmen guardó el suyo en su bolsillo.

—¿Vas a salir? —le preguntó Zarah, observándola tomar su mochila.

—Sí, otra vez, aunque había prometido ayudarme con mi tarea —anunció Manolo, con el ceño fruncido—. ¡Ahora reprobaré Ciencias!

—Puede ayudarte Marijó —le dijo Maricarmen, colocándose el abrigo, sin hacerle mayor caso.

—¡Ahora seguro que sí reprobaré Ciencias! —gruñó Manolo.

—Di otra palabra y yo misma me aseguraré de que repruebes, mocososo —lo amenazó Marijó, cruzándose de brazos.

—¿A dónde vas? —quiso saber Zarah. Contaba con que Maricarmen se quedara en casa «aguantando el fuerte» mientras ella estaba fuera. Con Javier y sus padres en sus respectivos trabajos, alguien debía quedarse a cuidar de los pequeños.

—Debo asistir a un taller vivencial acerca de las leyes aplicadas en la política actual.

—¿*Vivencial* quiere decir que debes estar vivo para asistir? —preguntó Manolo.

—Sí, pero no necesariamente que saldrás vivo de allí —le dijo Marijó—. Seguro te mueres de aburrimiento.

—Solo si no te interesa. —Maricarmen frunció el ceño—. Y a mí me interesa bastante. Un taller como ese puede orientar seriamente mi convicción a convertirme en abogada.

—¿Abogada? —Zarah repitió, confundida—. ¿Y qué hay de veterinaria?

—Zarah, seamos realistas. Uno no se hace rico siendo veterinaria. — Maricarmen guardó un libro más en su mochila, ya bastante llena.

—¿Y vas solo a dejarlo así...? ¿A venderte?

—No es venderme, es ser realista. En este mundo solo sobreviven los mejores, es la ley de la naturaleza.

—Podrías ser la mejor veterinaria.

—Sí, pero eso no pagaré las cuentas —contestó, evitando su mirada a propósito—. Además, aún no he decidido dejarla por completo... El estudio de las leyes es importante para cualquier carrera y la vida diaria. Solo piénsalo, si llegan a demandar a papá o a intentar quitarle la casa o incluso meterlo en la cárcel, yo podría ayudarlo si fuera abogada. ¿Qué haré siendo veterinaria? ¿Curar al ratón que entrene mientras está recluido en su celda? Yo creo que no.

—¿Van a meter a papá a la cárcel? —Manolo dejó caer la maqueta, provocando un ruido sordo cuando las distintas piezas que la conformaban rodaron por todas partes.

—No, Manolito, papá va a estar bien, te lo aseguro. —Zarah corrió a abrazarlo, notando las lágrimas surcando por las mejillas de su hermanito.

—No quiero que papá se vaya a la cárcel —sollozó el pequeño, hundiendo su cabeza en el hombro de Zarah.

—*Tranqui*, peque. Antes mato al que intente llevarse a papá —le aseguró Marijó, recogiendo las piezas de la maqueta del piso con ayuda de Maricarmen.

—¡Entonces te llevarán a ti a la cárcel! —El pequeño lloró con más fuerza.

Marijó sonrió, luciendo conmovida.

—No te preocupes por mí, peque. Soy la mejor asesina, no dejaré rastro, te lo aseguro. —Le guiñó un ojo, volviendo a dejar las piezas de la maqueta sobre la tabla de madera.

—Deja de decir tonterías, Marijó. No eres asesina —bramó Maricarmen, colocando las últimas piezas de la maqueta sobre la tabla antes de levantarla del piso para dejarla sobre una mesa cercana—. Y papá no irá a la cárcel, Manolo. No lo permitiremos. Antes huimos o vendemos lo que tenemos o... Ya se nos ocurrirá algo. —Maricarmen se pasó una mano por el rostro, secando las lágrimas que se acumulaban en sus ojos.

—Mari, las cosas van a mejorar... —Zarah intentó consolarla ahora a ella, pero Maricarmen se apartó antes de que pudiera alcanzarla.

—Zarah, ya somos mayores, debemos madurar también. Ser veterinarias era un sueño infantil. Tú ya lo dejaste...

—¡Porque debo cumplir con mi obligación hacia mi familia...!

—Y yo con la mía.

Esa respuesta paralizó el corazón de Zarah. No se lo esperaba.

—Tú tienes tus razones, Zarah. Yo las mías —prosiguió Maricarmen, esta vez mirando a su hermana a los ojos.

—Entiendo. —Zarah tragó saliva, sin saber qué más decir.

—Me voy, es tarde. Marijó, te quedas a cargo. No olvides ayudar a Manolo con su tarea.

—Ya qué —gruñó Marijó.

—Y no olvides darle de cenar a Manolo y a Dany, Marijó —añadió Maricarmen desde la puerta—. Javier regresa a las siete, prometió ayudar con la comida, pero si no consigue llegar a tiempo otra vez, hay pizza congelada en el refrigerador.

—¡Yum! —bufó Marijó, sonriendo de forma falsa.

—Nunca pensé decirlo, pero comienzo a odiar la pizza —comentó Manolo en voz baja y desanimada.

—Tómalo por este lado, es mejor que comer garbanzos y frijoles, que es lo que terminaremos cenando todas las noches si nuestros padres pierden sus trabajos por venir a darte de cenar algo rico y calentito —Marijó le palmeó la espalda, llevándolo con ella rumbo a la cocina—. Así que deja de quejarte y mueve tu trasero de vuelta a la cocina. Terminemos con ese maldito sistema solar antes de que me vuelva loca.

—Ya es tarde para eso, eres una completa chiflada —gruñó Manolo, entrando cabizbajo en la cocina, todavía con su maqueta a medio terminar en las manos.

Zarah suspiró, tomando su mochila del piso.

—Nos vemos luego, chicos.

—Como sea. —Marijó le dedicó una mirada peculiar.

Algo había encerrado en esos ojos tristes y enojados que Zarah fue incapaz

de descifrar.

Salió de la casa cabizbaja, dirigiéndose al automóvil donde la esperaba Allan.

—¿Todo bien? —le preguntó él cuando Zarah se hubo acomodado en su asiento.

Ella lo miró de reojo, sintiendo una oleada de furia nacer en su interior.

—Estuviste escuchando con tu superoído Kinam ¿no es así?

Él se ruborizó ligeramente, pero no lo negó.

—Zarah, permíteme prestarte un poco de dinero... Tengo algunos ahorros, podría ayudar a tu familia.

—No es necesario que hagas eso. —Zarah sintió que el rostro se le encendía por la vergüenza—. Hablaré con mi abuelo... Él debería poder ayudar a mi familia...

—Zarah, yo soy tu familia. —Allan tomó sus manos, entrelazando sus dedos entre los suyos—, pídemelo lo que sea y te lo daré...

—Allan, de verdad te lo agradezco, pero no creo que sea necesario... —Se apartó de forma más brusca de lo que esperaba—. Mi abuelo puede ayudarme, y tú necesitas tu dinero para vivir.

—Zarah, he vivido mil años, he ahorrado suficiente como para permitirme ayudarte. Además, eres mi esposa...

—¿Soy tu qué...? —Se giró violentamente hacia él, el rojo de su rostro tornándose morado.

—Quiero decir, eras... Eres mi novia —se corrigió a toda velocidad, rascándose la coronilla, nervioso—. Puedo ayudar, Zarah. Solo permíteme.

—Allan, es tarde. No puedo llegar retrasada al entrenamiento si no quiero terminar molida a golpes. Será mejor que hablemos más tarde de esto —o

*mejor nunca*, pensó—. Vayámonos ya, ¿quieres?

—Sí... ¡Sí! De acuerdo... vamos —tartamudeó él, poniendo en marcha el automóvil.

Zarah resopló al detenerse, esquivando justo a tiempo el golpe de una chica que poseía una fuerza descomunal. Una Iris, no recordaba su nombre, de todas maneras nadie los usaba allí, tenían apodos, todos bastante llamativos, solo el suyo era humillante, pues el rumor se había extendido, seguramente gracias a su capitán, y ahora todos la llamaban Talchichi.

Nikolái no se había ocupado solo de esparcir su mote. Al llegar había descubierto que la esperaba un laberinto de entrenamiento plagado de atacantes Iris y Almas de Fuego, dispuestos a enseñarle al modo rudo a defenderse como una verdadera Capadocia.

—¡Zarah, cuidado! —le gritó Raquel justo a tiempo para que Zarah se apartara de la trayectoria de un chorro de ácido que le lanzaba una chica bajita con coletas. No debía tener más de once años y ya parecía dispuesta a matarla —. ¡Concéntrate, Talchichi, si quieres conservar tu linda cara como es ahora!

—¡Si quieres que me concentre, deja de insultarme! —espetó Zarah, pasando a duras penas entre una nube de humo tóxico que un chico pecoso de cabello rojo le lanzaba por las orejas y las fosas de la nariz y la boca, para detenerla.

—¡No respire!

—*Obviamente* —pensó Zarah, corriendo más deprisa, haciendo caso omiso de sus extremidades, que comenzaban a dormirse.

—Has tenido suerte hasta ahora. —Le salió al paso un chico de unos

dieciocho o diecinueve años de tez oscura y ojos claros. Enseguida, no hubo uno, sino diez chicos. Su talento era el multiplicarse, ahora lo veía Zarah—, pero no podrás salvarte de nosotros —dijeron todos los chicos a coro.

—*Mierda...* —musitó Zarah, dando un paso atrás para esquivar el primer golpe.

—¡Ataca, no te quedes como estatua! —le gritaba Raquel desde donde fuera que estuviese, lejos y a salvo del combate—. ¡Usa tu espada!

Zarah rodó, no sin recibir unos buenos golpes de parte de varios de esos chicos, y buscó a tientas el suelo. Percibió el sabor salado y cobrizo de la sangre en la boca, las manos apenas le respondían, seguramente tenía más de un hueso roto y ahora le costaba respirar...

Sin embargo, se puso en pie, alzando la espada de su madre, que emergió de su puño casi por arte de magia, como si hubiera sido activada por su propio deseo.

—Gracias, Aidan... —pensó en voz alta, defendiéndose con ella de uno de los chicos.

No sabía utilizarla tan bien como ellos, que a su vez habían sacado sus propias espadas, pero conseguía defenderse al menos con algo más que su propio cuerpo.

Otro chico apareció entonces y escupió algo desde su cuerpo, una especie de gelatina que la cubrió por completo, impidiéndole moverse.

—Una espada Capadocia solo debe ser utilizada por un guerrero de verdad—escuchó decir a una voz masculina que le puso los pelos de punta.

Los dos chicos que la atacaban (el primero había vuelto a ser uno ahora que ella estaba derrotada) se apartaron, como si ella no fuera digna ni siquiera para seguir contemplándola.

Enseguida Nikolái estuvo de pie ante ella, irguiendo su propia espada.

—Y la espada de Elizabeth no debería ser utilizada por nadie más que por ella... —Sus ojos se encendieron de un color anaranjado que a Zarah le erizó el vello de la nuca.

Ella había visto eso antes...

Enseguida, toda visión se nubló para ella. Ya no se encontraba en ese laberinto terrorífico, sino en una especie de cuarto oscuro... Escuchó pasos, cientos de pasos, miles de pasos... Y entonces la oscuridad cedió a una intensa luz, que solo dejó a la vista los miles de arañas gigantes y horrorosas que la rodeaban.

Zarah gritó, comenzando a correr para huir de ese feroz ataque. Siempre le había tenido terror a las arañas, una fobia que rayaba con la locura.

Las arañas la rodearon por todas partes, quedando ella en el centro de un círculo que cada vez se iba estrechando más en torno suyo.

Y entonces las arañas atacaron todas a la vez.

Zarah gritó cuando los cientos de patas comenzaron a subir por su cuerpo, cientos de pinzas herían su piel, inyectando su asqueroso veneno que comenzaba a deshacer su carne, pudriendo sus miembros en segundos, al tiempo que la tela de araña iba envolviéndola, convirtiéndola en un saco de jugo vivo...

—¡He dicho que basta...! —Escuchó a través de sus gritos la voz de Raquel.

Sintió algo frío y abrió los ojos, para darse cuenta de que se encontraba rodeada por una burbuja de agua que la mantenía elevada del piso.

Al bajar la vista, notó que Nikolái se levantaba del suelo. Un hueco contra un muro había quedado tras él. Y Zarah comprendió que aquello Raquel lo había provocado al lanzarle un chorro de agua hasta hacerlo estrellarse contra la pared.

—¿Osas desafiarme, Raquel? —bramó Nikolái, rechazando la ayuda de un par de chicos que se habían acercado a ayudarlo a levantarse.

Raquel, avanzando de forma muy segura hacia él, flotando sobre un chorro de agua que usaba como una especie de nube vaporosa, ni se inmutó.

—Vuelve a intentar hacer de nuevo un truco mental como ese con la princesa de los Blancos, y te juro que no volverás a despertar para deleitarte con sus lágrimas, Nikolái —le amenazó Raquel.

Y Zarah lo comprendió todo.

La habitación, las arañas... Todo había sido un truco de Nikolái.

Él era un Alma Naranja. Él había entrado en su mente y jugado con ella... con sus temores.

Y Raquel la había salvado...

—¡Esta es mi Antorcha! ¡Yo decido...!

—Yo decidiré cuándo detenerte si así lo considero necesario —Raquel lo interrumpió—. Si nos vamos a títulos de autoridad, soy una Ruffian, una miembro del Círculo de la Estrella, y tengo el derecho de intervenir si así me parece correcto. ¡Y tú, maldito loco, te estabas pasando de la raya!

—Vas a pagar por esto, Raquel...

—¿Lo crees...? —Una inmensa tormenta de agua comenzó a rodear a Raquel, envolviendo todo a su alrededor como un huracán a punto de destruirlo todo—. Tus jueguitos mentales no funcionan conmigo, Nikolái. No te servirá de nada intentar dominar mi mente —sonrió ante la sorpresa de él.

—¡Ya basta! —rugió Nikolái.

La lluvia cesó hasta convertirse en una ligera brisa mojada y desaparecer por completo.

Zarah bajó al suelo suavemente, como si invisibles manos la hubieran

depositado en el piso.

—Vamos, Zarah. El entrenamiento ha terminado por hoy —le dijo Raquel, tomándola por el hombro y ayudándola a caminar de vuelta a los vestidores.

—Raquel, gracias... por ayudarme —le dijo Zarah, cuando estuvieron a solas.

—No tienes que darlas. —Raquel la ayudó a tomar asiento en una camilla —. Allan no me habría perdonado si dejaba que ese loco te matara.

—Él parecía tan... furioso cuando me vio con la espada de mi madre... — comentó Zarah—. Dijo que era indigna de ella...

—No le hagas caso, él está loco, ya te lo dije, y tenía cierta adoración por Elizabeth. O es lo que dicen.

—¿En serio...?

—Tu madre era un Alma Naranja, como él. Mejor que él, de hecho. Ella era una Ámbar.

Zarah asintió, siguiendo el hilo de sus palabras.

—Seguramente Nikolái debió conocerla y admirarla, como le sucedía a toda la gente que conocía a tu madre... —Hizo un gesto con la mano para quitarle importancia—. Solo no le hagas caso, ¿de acuerdo? Tú te pareces mucho a Elizabeth, y seguramente tratará de vengarse contigo.

—¿Vengarse? Pero ¿por qué? Dijiste que la admiraba...

—Sí, y se rumorea que estuvo enamorado de ella. Se quiere vengar de ti porque tu madre nunca le hizo caso, y de tu padre por ser tu padre...

—No puede ser...

—Está loco, ya sé que no tiene sentido, solo no te dejes amedrentar por él.

—¿Y cómo es posible que mi padre me enviara a entrenar con él?

—Porque él es el único que no se dejaría llevar por el hecho de que eres una princesa y sería de todas maneras duro contigo. Tanek está seguro de que es lo que necesitas para sacar tu verdadero poder.

—Un verdadero poder de Alma Azul... —suspiró—. Me pregunto si mi vida hubiera sido más sencilla si solo hubiera sido una simple Iris.

—¿Simple Iris? —Raquel repitió, ofendida—. Perdóname, pero esta simple Iris es la Capadocia más genial que podrás conocer en tu vida.

—Lo siento, no quería ofenderte...

—Un Alma Malva, una Iris, puede ser tanto o más que cualquier Alma de Fuego. Eso me lo enseñó Allan. No importa en qué categoría te pongan los demás, solo la categoría en la que tú te pongas a ti mismo. —Raquel, se irguió, orgullosa—. Yo quiero ser la mejor guerrera, y ningún Alma de Fuego prepotente me va a venir a decir que soy menos que él. Y al que lo intente, le patearé el trasero, tal como hice ahora.

Zarah sonrió, orgullosa de ella.

—Espero algún día ser como tú.

—Ya quisieras —espetó, y entonces sonrió y Zarah comprendió que bromeaba—. Pero puede que llegues a acercarte. No te culpes, nadie es tan genial como yo.

Zarah rio.

—Vamos, princesita, ánimo. Ya mejorarás, es cuestión de práctica y tiempo.

—Raquel... —Zarah la miró, teniendo en la mente aquella pregunta que había deseado hacer desde que se encontraron a solas—. ¿Cómo fue que evitaste que Nikolái entrara en tu mente?

—Entrenamiento —Raquel sonrió—. Allan me enseñó eso también. Si

bloqueas tu mente, puedes evitar que un Alma Naranja entre en ella. Requiere de una gran fuerza de voluntad y varios años, cientos de años, de entrenamiento. Y claro, ser tan buena como yo —sonrió una vez más—. Quizá lo consigas algún día.

—Sí, eso espero —sonrió Zarah, haciendo una mueca de dolor.

—Anímate —le dijo Raquel, asumiendo que su dolencia era a causa de sus palabras—. Cuando Allan y yo teníamos diecisiete, éramos tan malos como tú...

—¿En serio?

—Bueno, en realidad no. Pero casi —añadió antes de que a Zarah se le bajara el ánimo de nuevo—. Mejorarás, tranquila. Todos mejoran. Mira a Rebecca, ella era tan mala como Mady... Es decir, tú. Y ahora es una excelente guerrera.

—Sí, pero debo ser buena ahora. Yo solo tengo diecisiete años, no mil, ¿recuerdas?

—Quizá en cuerpo, pero en mente eres tan antigua como nosotros, no lo olvides... —Raquel miró su reloj, frunciendo el ceño—. ¿Qué pasa con el Alma Amarilla que te curará? Iré a buscarlo y entonces te llevaré a casa. Necesitas un buen descanso para reponerte de este día...

Zarah ya no la escuchaba, su mente se fue oscureciendo hasta sumirla en la inconsciencia.

Escuchó a Raquel llamarla, pero su voz no conseguía atravesar las barreras tras las que ella se había sumergido...

—¿Cómo está ella?

—Se ve bien.

—Su mente... ¿crees que Nikolái removi6 algo al entrar en su mente?

—No lo sé... Hasta que despierte no podremos saberlo, supongo...—  
Zarah reconoci6 la voz de Allan y abri6 los ojos.

Al hacerlo, se encontr6 rodeada por Raquel, Allan y Tanek.

—¿Qué pas6? —pregunt6, sentándose abruptamente. Un mareo le envolvi6 la mente, el cuarto comenz6 a dar vueltas a su alrededor. Sintió unas manos obligándola a recostarse contra las almohadas una vez más.

Todo le daba vueltas, pero pudo reconocer que se encontraba en la estancia de la casa del equipo de Allan, la que estaban utilizando como base. Reconoci6 el mobiliario minimalista, ella se encontraba recostada en el sofá verde de moderno diseño. Aunque su hermoso color se había arruinado por culpa de la sangre que había goteado de sus heridas, todavía abiertas.

—Tranquila, amor. Ha sido un día duro de entrenamiento para ti. —A pesar de que Allan intentaba sonreír, la expresi6n dura en su rostro la desconcert6.

—Y me temo que el Alma Amarilla no termin6 de hacer correctamente su trabajo —coment6 Tanek, sonriendo abiertamente—. Lucas como si te hubiera atropellado un tren.

—Eso es culpa de Allan —masculló Raquel, cruzándose de brazos, molesta—. Él insistió en sacarla de allí en cuanto el Alma Amarilla hubo curado las heridas graves.

—No me fío de los integrantes de esa Antorcha. —Allan frunció el ceño, y Zarah comprendió entonces que él estaba conteniendo su furia—, mira cómo la han dejado...

—Es solo un entrenamiento, Allan. —Tanek posó una mano sobre su hombro—. No va a morir por pasar por un poco de dolor, como cualquier Capadocia.

—Ella es una *Iniciada*. —La voz de Allan rezumaba enojo—. Nikolái ha sido demasiado duro con ella. La clase de entrenamiento a la que ha sometido a Zarah es para niveles muy superiores...

—Allan, Zarah puede soportarlo.

—¡No la dejaré volver allí!

—Soy su padre, yo decido, no tú.

—Si tan solo me permitieras volver a entrenarla...

—No.

—¡Tanek, estás siendo irracional...!

—¿Quieren dejar de discutir como si yo no estuviera aquí presente? —bramó Zarah, sintiendo que la furia volvía a arder en su interior—. Es mi vida de la que hablan, después de todo. Me gustaría dar mi opinión.

—Lo siento, niña. Eso no es posible —masculló Raquel, mirándose las uñas—. Llevan en esto meses sin llegar a ponerse de acuerdo. Y me temo que tú no estás invitada a esta discusión.

—¡Pero si es mi vida!

—Zarah, cariño, ve con Raquel a la cocina. Debes comer algo para

reponer tus fuerzas —le pidió su padre, posando sus manos sobre sus hombros como si fuera ella una niña pequeña.

—No tengo hambre.

—Debes comer —repitió su padre, como si no la escuchara—. Y también debes hacer algo por tu aspecto. Raquel te dará unas vendas y pomadas que te ayudarán con esos moretones y entonces te llevaré a tu casa.

—¡Pero...!

—Sin peros. —La voz de Tanek era rotunda—. Obedece. Ahora.

—Ella tiene razón —Allan intervino en su favor—. Zarah tiene derecho a decidir.

—Solo lo dices porque sabes que ella te escogerá a ti. —Tanek prácticamente fulminó a Allan con la mirada—. De eso no hay discusión, Zarah no tomará el entrenamiento con su novio. Es definitivo.

—Yo puedo entrenarla mucho mejor que Nikolái...

—Allan, no te ofendas, pero contigo Zarah se distrae, y mucho —le dijo Raquel—. A esa edad las hormonas vuelven locas a las chicas, y todo cuanto pasa por su cabeza es lo bueno que te ves sin camiseta...

—¡Eso no es cierto! —Zarah sentía la cara roja.

—Por favor, no intentes negar lo obvio —continuó Raquel—. Y ese es el menor de los problemas. Estás tan preocupado en que no se vaya a lastimar tu noviecita, que no le impones ninguna exigencia sobre su nivel. No corre ningún riesgo.

—No tiene por qué correrlos...

—En la vida real hay riesgos, Allan —intervino Tanek—. Si Zarah no mejora, nunca aprenderá a cuidar de sí misma, a defender y proteger a su reino.

—Lo haré, a su debido tiempo.

—Zarah es un Alma Azul. Si no aprende a controlar sus poderes, puede convertirse en un peligro para sí misma... y para los demás. —Los ojos de su padre se iluminaron de un modo extraño cuando pronunció esas últimas palabras—. Tú sabes eso tan bien como yo.

Allan bajó la mirada, sus manos apretadas en puños a los costados.

—¿A qué te refieres, papá? —quiso saber Zarah, pasando la mirada de Allan a Tanek, buscando alguna respuesta en sus rostros, inescrutables.

—Zarah, te he dicho que te vayas con Raquel —espetó Tanek, como si apenas fuera consciente de su presencia.

—Vamos, Zarah. Jaqueline tiene una pomada excelente para las heridas, supongo que a tu madre no le hará gracia verte llegar con ese ojo morado.

Zarah siguió a Raquel hacia el cuarto de baño, echando una última mirada hacia dentro de la habitación. Allan y Tanek se miraban de forma fija, la tensión era tan clara que casi se podía palpar. Era casi como si estuvieran a punto de saltar a matarse como un par de perros rabiosos.

—Es su lado Kinam —le dijo Raquel al oído—. A veces los hace comportarse un poco bestias, no sé si me comprendes.

—Raquel, ¿qué quería decir mi padre? —le preguntó Zarah de lleno, cuando hubieron llegado ante la puerta del baño.

Raquel se detuvo en seco, su mano todavía alzada entre la mezcla de pócimas del estante superior en el que buscaba la correcta.

—Zarah, no creo que debas saberlo...

—¿No lo crees, o te han dicho que no me lo digas?

—Es lo mismo. —Raquel tomó un frasco blanco y bajó de la silla a la que había subido para cogerlo—. Soy una Capadocia, es mi deber estar de

acuerdo con las decisiones de mis superiores.

—Raquel, por favor... Estoy tan cansada de que todos me traten como si fuera una niña que no pudiera manejar ninguna información.

Raquel la miró fijamente por lo que pareció una eternidad, antes de lanzar un gruñido bajo.

—Oh, está bien... ¡pero deja de verme con esa cara de perrito perdido y siéntate allí!

Zarah sonrió, acomodándose en la silla, ahora vacía.

—Eres un Alma Azul, Zarah —le dijo Raquel, abriendo el frasco y tomando un poco de la pomada de su interior para comenzar a embarrarla en el rostro de Zarah, no con mucha delicadeza, para ser precisos—, un Alma sumamente poderosa y extraña, lo sabes.

—Sí, ¿pero eso qué tiene...?

—¿Me vas a permitir contarte lo que quieres saber antes de que me interrumpas, o tu idea es solo quejarte para molestarme?

Zarah cerró la boca de golpe.

—Bien, así está mejor. Como te iba diciendo, es un gran poder el que tienes, un muy, muy gran poder... —Raquel inspiró hondo, ocupándose ahora de su ojo magullado—. Un poder tan grande, que incluso La Capadocia le teme.

—¿La Capadocia le teme a las Almas Azules?

—¡¿Qué te dije?!

—Lo siento... —Zarah cerró la boca una vez más, soportando el dolor cuando Raquel le puso un poco de esa pasta en la nariz.

—Sí, le tienen miedo a las Almas Azules —le dijo, pasando los dedos con la pomada por una magulladura en su brazo—. Tienes que comprender que

tienen motivos para hacerlo. En el pasado, hace mucho, mucho tiempo, hubo Almas Azules que se rebelaron contra La Capadocia, sus almas se volvieron negras... y su poder era insuperable.

Zarah abrió los ojos al máximo.

—Es como lo que casi me sucede a mí, durante la última batalla...

—Exacto. —Raquel asintió, mirándola a los ojos con una expresión muy seria—. Por ello es tan importante que El círculo de la Estrella de los Cinco Picos nunca se entere de lo que tú hiciste. De hacerlo, tu vida correría peligro. Si no es que estarías condenada a muerte.

Zarah tragó saliva, comprendiendo a lo que se refería.

—Lo sé —asintió ante la sorpresa de Raquel—. Me lo dijeron tras la batalla.

—Bien, es bueno que lo sepas. Así actuarás con cautela. —Raquel sonrió ligeramente, y por primera vez Zarah notó cierta empatía en ella—. Debes comprender que si tu padre te trata como lo hace, es porque te ama. La Capadocia no será benevolente contigo, ni mostrará compasión por ti, solo por ser una princesa...

—Entiendo. —Zarah asintió, aunque le costaba hacerlo. No podía comprender cómo ella y su familia formaban parte de una sociedad tan dura, tan... despreciable.

Porque eso es lo que ella sentía en ese momento por La Capadocia: desprecio.

—Corren muchas leyendas respecto a las Almas Negras, pero la más famosa es la de tres Almas Negras que decidieron destruir a La Capadocia —continuó explicándole Raquel—. Emprendieron una guerra contra La Capadocia que duró cientos de años, y se llevó gran cantidad de vidas valiosas y provocó el terror en la tierra. Finalmente, La Capadocia venció,

pero esas Almas Negras, antes de morir, depositaron sus poderes en un receptor especialmente diseñado al que llamaron «el tridente», y lo entregaron a los Kinam con la intención de otorgarles a los mayores enemigos de La Capadocia, el poder para terminar con ellos.

—¿Y ese tridente, dónde está?

—Nadie lo sabe. —Raquel se encogió de hombros—. Es bastante conocido en la humanidad como el tridente de Neptuno. Su magia es sumamente poderosa, tanto es así que despertó la envidia entre el mundo Kinam. Es por ello que los tres reyes de los tres primeros reinos Kinam, quienes eran hermanos y deseaban mantener la paz entre sus océanos, dividieron el tridente en tres partes y lo repartieron equitativamente entre ellos. De ese modo los reinos Ammit-Massalia, los Ariki y los Ahau, tendrían el mismo poder para defenderse a sí mismos en caso de peligro, y para luchar contra La Capadocia. Sin embargo, por un motivo que nadie conoce, el reino Ahau fue destruido de la nada, todo en él desapareció de la noche a la mañana, incluida su parte del tridente. Los Ariki culparon a los Ammit-Massalia, y estos hicieron lo mismo con los Ariki. Fue el inicio de una cruenta guerra entre los Kinam que no ha terminado hasta hoy.

—¿Quieres decir que los Kinam están en guerra entre ellos?

—Solo entre el reino Ammit-Massalia y los Ariki.

—Pero tú dijiste que solo había tres reinos, y con el Ahau desaparecido...

—Dije tres primeros reinos. Transcurrieron años, milenios, antes de que el reino Ahau fuera destruido, en ese lapso de tiempo surgieron otros cuatro reinos: los Nevsky, los Shaanxi, el Bidgigaly y el Maupolikán. En total eran siete, pero con la destrucción de los Ahau, ahora existen solo seis reinos.

—¿Y ellos no están en guerra?

—No abiertamente, pero como en todo, apoyan a sus preferidos, los Ammit-Massalia o los Ariki. Excepto los Maupolikán, que son pacíficos.

—¿Lo hacen porque ellos tienen los tridentes restantes?

—Lo hacen porque son los dos reinos más antiguos y poderosos de los Kinam. En cuanto a los tridentes, nadie sabe dónde se encuentran actualmente.

—¿Es en serio...?

—Fueron robados, escondidos, nadie lo sabe. Es de los Kinam de quienes te hablo, tienen tantos secretos como La Capadocia, si no es que más. Si sé esto es porque Allan me ha contado algunas cosas, él es muy amigo del príncipe Ammit-Massalia, Caddaric.

Zarah recordó entonces a ese hombre de piel azulada que había llegado con su ejército a rescatarla cuando estuvo en problemas, ayudando a Allan y La Capadocia con su enfrentamiento contra los Raya, los enemigos tanto de La Capadocia como de los Kinam, conformada por rebeldes de ambos bandos.

—No es algo que todo Capadocia sepa, en realidad son muy pocos los que conocen esta historia completa. Pero es debido a ella, que La Capadocia le teme a las Almas Azules. La Capadocia no permitirá que nuevas Almas Azules se conviertan en Almas Negras y se vuelvan contra ella... Es por ello que rastrean a las Almas Azules y las apartan de sus familias, donde sea que nazcan, en la más cruda pobreza o en el palacio de un rey. —Zarah tragó saliva, pues sabía que se refería a ella—. En cuanto rastrean a una, van por ella y se la llevan a un sitio que es desconocido para todos, pero dicen que es peor que el infierno. Allí las entrenan bajo condiciones inhumanas que ellos imponen, asegurándose de convertir a esas Almas Azules, todavía jóvenes y vulnerables, en seres obedientes y sumisos en un futuro.

—Eso es horrible...

—Lo es. Y eso lo hacen con niños, Zarah. Tú, para La Capadocia ya eres una adulta... A ti, lo más probable, es que te mataran. —Zarah abrió la boca al máximo—. Al ser una adulta, es más complicado dominarte... moldearte a lo que ellos esperarían de ti. Lo más sencillo es acabar contigo. No son del tipo

de arriesgarse con tal de salvar una vida.

—No puedo creerlo... Esto es...

—Terrible, lo sé, pero real. Es ese el motivo por que el que todos están luchando para mantenerte segura, lejos del Círculo. Tu abuelo tiene influencia por ser el rey, pero el Círculo tiene autoridad incluso sobre los reyes, Zarah. Si ellos deciden llevarte... No habrá forma de impedirlo.

—Pero yo no quiero ir...

—Si ellos deciden que debes ir, tendrás que hacerlo, Zarah, porque si no lo haces, lo tomarán como un acto de rebeldía... Y La Capadocia, antes de tener a un Alma Azul rebelde, la destruirán. Y a todos aquellos que la apoyen.

—Me parece insoportable que Zarah continúe sufriendo los abusos de ese tipo. Sabes que a Nikolái le falta un tornillo, Tanek. Zarah no debe...

—Zarah continuará su entrenamiento donde está —dijo Tanek de forma tajante.

—Ese tipo por poco mata a tu hija y tú pareces determinado a darle las gracias...

—Nicolái solo sigue mis órdenes, Allan.

—Tanek, yo puedo entrenar a Zarah, te lo he dicho.

—No, no puedes. —Los ojos claros de Tanek brillaban con intensidad al fijarlos sobre los oscuros de Allan—. Eres blando con ella, no la impulsas a llegar al límite... Ella no es Madeleine, Allan. No la conociste como yo. Zarah era una niña genio... Mi hija era capaz de derrotar a un ejército entero cuando solo era una niña de cinco años. Es cuestión de tiempo que vuelva a desarrollar esas habilidades.

—Elizabeth bloqueó el cerebro de Zarah por un motivo, Tanek. Zarah tenía una tendencia violenta... Podía volverse peligrosa, ¿lo has olvidado?

—Eso nunca lo sabremos. Está en el pasado. Ahora es una buena chica, sus poderes están ocultos y es importante que los desarrolle y aprenda a controlarlos. Y me temo, mi estimado amigo, que tú no eres el hombre adecuado para esa tarea. Lo siento, tuviste tu oportunidad, ahora es el turno de otro.

Allan suspiró. Sabía que no podría convencer a Tanek. Al menos no por el momento...

—Se ha hecho tarde —masculló Allan, cansado de esa conversación. De pronto tenía una necesidad urgente de ver a Zarah, de estar con ella, de protegerla...—. Zarah ya debe estar lista para ir a casa...

—Preferiría que vieras menos a mi hija, Allan —le dijo Tanek de forma cortante.

Allan se giró hacia él, incapaz de ocultar la sorpresa en la expresión de su rostro.

—No me parece correcto que mi hija pase tanto tiempo con su novio —añadió Tanek—. Raquel tiene razón, es solo una chiquilla. Su mente está dispersa y necesita concentrarse.

—Y yo preferiría que no me llamaras *su novio*, Tanek. Sabes que soy mucho más que eso.

—Estuviste casado con Madeleine, no con mi hija. Así que no, no eres nada más que su novio.

—Sabes que Zarah y Mady son la misma persona.

—Zarah es mi hija. Es todo lo que sé, y la protegeré de cualquiera como un padre debe hacerlo. Incluido tú.

—¿Yo? —Los ojos de Allan se agrandaron por la sorpresa antes de convertirse en dos rendijas—. ¡Sabes que nunca le haría daño a Zarah!

—¿Ah, no? ¿Crees que le haces mucho bien actuando como un adolescente con las hormonas desbocadas con ella? ¿Qué es lo que pretendes, dejarla embarazada?

—¡Por supuesto que no! ¡Ni siquiera hemos llegado tan lejos...!

—Y más te vale que eso siga así, si no quieres perder unas partes de tu

cuerpo a las que, supongo, les tienes mucho aprecio.

Allan soltó una carcajada.

—Estoy hablando muy en serio.

—Yo también. —La voz de Allan se tornó grave—. Tanek, sabes que mis intenciones hacia tu hija son completamente serias y honorables. Voy a casarme con ella.

—¿Y cómo sabes eso? ¿Se lo has preguntado siquiera, o sencillamente lo das por hecho?

—No... Bueno, no todavía. Estoy esperando a que ella termine la escuela, madure...

—Exactamente, Allan. Madure. Porque es una niña. Una niña de diecisiete años contra los mil que tú tienes... Es repulsivo de solo pensarlo. Estoy seguro que tanta diferencia de edad es incluso ilegal en algunos sitios.

—Sí, estoy seguro de que los humanos tienen prohibido casarse con las momias.

—No estoy bromeando.

—Yo tampoco. No creo que haya ningún humano vivo de mi edad, Tanek. Por lo tanto, no, no debe haber ninguna ley que impida que Zarah y yo nos casemos. No hay nada malo en ello.

—Eres un hombre sabio, un anciano, un antiguo creador de mitos y leyendas de las culturas humanas... Mi hija de diecisiete años no comprende eso. ¿Qué crees que ella sentirá de saber que está besando a un hombre que bien pudo estudiar en su clase de Historia?

—Zarah entiende.

—Ella tiene diecisiete años.

—¿Y por ser joven asumes que es idiota?

—¡Por supuesto que no! Lo que intento decir es que ella es joven, ingenua, enamorada del amor... No tiene idea de lo que la vida puede ofrecerle. Tú solo apareciste ante ella, la enamoraste sin darle oportunidad de elegir a nadie más. Asumiste que estaba escrito que ella y tú debían estar juntos sin siquiera darle la oportunidad de decidir el destino de su propia vida.

—Eso no es cierto, ella me quiere...

—¿Es que le has dado otra opción? ¡Ella siempre ha sido una chica solitaria! Y es tan joven... ¿Qué otras oportunidades de amar ha tenido? ¿De encontrar el verdadero amor por elección propia y no por lo que otros decidan por ella? ¿Qué oportunidad de vida ha tenido? ¿Qué conoce del mundo? ¿Qué ha vivido? ¡Solo tiene diecisiete, Allan! ¿Qué experiencia puede adquirirse en diecisiete años?

Allan se quedó callado, sopesando sus palabras.

—¿Quieres saber si realmente te ama? ¡Déjala vivir! Permítele elegirte en realidad por sí misma, y no por los caminos que los demás han trazado a su alrededor, por el camino que tú has trazado de ella hacia ti, guiándola como si tú y solo tú fueras su única elección en el mundo.

—Volvió de la muerte por mí. Ella lo dijo.

—Sí, ella. Madeleine.

—Ella es Mady. Ella es mi esposa.

—Ella es Zarah. Mi hija. Y no es nada tuyo.

Allan sintió que la rabia emergía de su interior cuando notó el temblor en el labio de Tanek. Y lo supo. Conocía demasiado bien a su mejor amigo como para saber que había un trasfondo en esto...

—¿Tanek, qué está ocurriendo contigo...?

Tanek suspiró, llevándose una mano a las sienes. Tras un largo rato, dijo:

—El Círculo está enterado de la relación que tienes con ella... El antiguo lazo existente entre ustedes. Cualquier entrenamiento que tengas con ella, lo desecharán enseguida, asumiendo que has sido blando con ella.

—El Círculo me conoce. Soy un miembro honorario...

—El Círculo es el Círculo. Ha sido estricto con sus normas desde un inicio, y lo seguirá siendo. En especial con respecto a las Almas Azules... Sin importar si se trata de una princesa.

—Ellos te conocen bien, también a Ahren. No le harán nada a Zarah, Tanek...

—El Círculo ha convocado una junta extraordinaria, Allan. —La voz de Tanek sonó dura, y a la vez afligida—. Ahren se muestra optimista, pero la realidad es que no confío en ellos, Allan. No puedo correr riesgos, no cuando se trata de mi hija... Si ha de sufrir un poco ahora para conseguir controlar sus poderes, es preferible a que sufra las terribles imposiciones para las Almas Azules más tarde teniendo que someterse a las normas del Círculo.

—No lo permitiría, ni tú tampoco.

—Es el Círculo, Allan. ¿Qué harás para evitarlo? ¿Luchar contra toda La Capadocia tú solo?

—Tal vez...

—No seas ridículo. Ni siquiera tú tienes el poder para vencer a los miembros del Círculo. Después de todo, los dirigentes de la Estrella son también Almas Azules.

Allan bajó la vista, intentando dominar su rabia. Era cierto, las Almas Azules sometían a sus iguales de forma que en un futuro gobernarán a su lado y no fueran rivales a la altura de sus poderes.

El Círculo de la Estrella de Cinco Picos, de ahí provenía el símbolo:



Una estrella de cinco picos simboliza a los cinco reinos, conformados por las familias reales y varias familias aristócratas más antiguas, además de los miembros honoríficos, como él.

El círculo que rodea la Estrella está formado por las Almas Azules, aquellas que iniciaron La Capadocia y que la han dirigido desde sus comienzos y continúan gobernando hasta nuestros días.

Sus primeros miembros son más antiguos que cualquiera a quien Allan haya conocido, se dice que provienen de los primeros Elohim, seres sumamente poderosos que provienen de los ángeles enviados por el Creador para proteger el orden en todo lo existente, y a cuyo resguardo se encuentra el universo entero.

Fueron ellos quienes crearon los cimientos de lo que hoy es La Capadocia cuando Zoé, una Elohim guerrera, decidió desposarse con un humano. Por lo que los primeros conformantes de La Capadocia poseen un poder muy superior al de cualquier Capadocia común, un poder que radica en la sangre de los Elohim que corre por sus venas.

Su poder es tan grande que nadie jamás se ha atrevido a desafiarlos, por excepción de los Raya.

Aunque nunca lo han hecho directamente.

Se sabe que el inmenso poder de esas viejas Almas Azules es tan grande, como antigua es la tierra.

Las nuevas generaciones de Almas Azules se han acoplado a sus filas, sometidas a los dictámenes de sus predecesores, así como a su autoridad,

portándose sumisos y obedientes a sus órdenes, tal como sus dirigentes lo desean.

Y ahora Zarah, la pequeña princesa de los Blancos, venía a cambiar esas normas antiquísimas...

No, no lo iban a tomar bien si llegaban a enterarse de su existencia.

Allan lo sabía perfectamente.

Y si Zarah no hacía una buena demostración del dominio de sus poderes, estaba claro que ellos no la dejarían en paz hasta someterla bajo sus normas...

Zarah, sentada en los jardines del colegio, hojeaba las páginas del libro de Física. Tenía un examen importante la siguiente semana, sin embargo no podía concentrarse en nada. Las páginas pasaban y ella leía sin prestar atención a nada en absoluto.

Habían pasado dos semanas desde que Raquel le reveló el motivo por el que todos ponían tanto esfuerzo en su entrenamiento. A partir de entonces se había esforzado al máximo por mejorar, sin embargo no había habido ningún cambio importante. Nikolái continuaba pateándole el trasero en cada clase de entrenamiento después de la escuela, y ella debía soportar sus golpes y burlas sin poder hacer nada por contraatacar.

Para colmo sus calificaciones comenzaban a resentir su agotamiento, apenas había prestado atención en las clases, era como si todo su cuerpo se mantuviera en tensión al mismo tiempo que su mente se mantenía fija en el pensamiento de que pronto estaría en esa sala de entrenamiento, sometiéndose una vez más a una golpiza y al ridículo...

Por lo que, durante las clases, no hacía más que pensar en que pronto tendría que ir a entrenar. Miraba continuamente el reloj, contando las horas que faltaban para la llegada de la tortura, como llamaba en secreto a la sesión de entrenamiento, y cada minuto más cercano al momento de la llegada del mismo, sentía como su estómago comenzaba a revolverse, las manos le sudaban y las piernas le temblaban.

Finalmente llegaba la tortura, y después de ella, un maravilloso momento

de relajación que sumía a Zarah en un estado de cansancio repentino. Apenas conseguía llegar despierta a casa y caía rendida sobre su cama y dormía hasta el día siguiente, muchas veces sin cenar. Había perdido peso, y no lo lucía como lo habría hecho una supermodelo, sino como un espantapájaros al que le hubieran quitado todo el relleno y las prendas colgaran sin vida de los palos. Últimamente su ropa le quedaba tan suelta que había tenido que atarse un cinturón a la falda del uniforme para evitar que se le cayera. Además de ponerse capas sobre capas de maquillaje para ocultar las profundas ojeras bajo sus ojos. Gracias al cielo las marcas de los golpes se borraban con la pomada que Raquel le había dado, o su aspecto habría pasado de lamentable a una investigación formal de abuso contra menores.

—¿Ya nos vamos?

Zarah levantó la vista, haciéndose visera con la mano. Marijó, de pie ante ella, la miraba con gesto adusto.

Ese día su madre le había dejado la camioneta con la intención de que ella llevara a sus hermanos a casa (últimamente se la dejaba mucho, con tal de que no usara el flamante y llamativo automóvil que le había dado su abuelo. Y con razón, en un país como México, salir en un auto como ese, implicaba atraer hacia ti la atención de ladrones, secuestradores y, sí, también la muerte).

—Seguro, en cuanto llegue Maricarmen.

—Maricarmen está en el entrenamiento de basquetbol.

—¿Y tú por qué no estás también entrenando? —Zarah se puso de pie, de forma un tanto brusca. El repentino cambio de posición le provocó mareos.

—Dejé el equipo... ¿Qué te pasa?

—Nada... —Zarah se llevó una mano a las sienes y apretó. Últimamente le dolía la cabeza todo el tiempo—. Creo que me he levantado demasiado rápido y me he mareado.

—¿No estarás embarazada?

Zarah alzó la vista, abriendo la boca en una inmensa «o».

—¿Es que estás loca?! ¡Por supuesto que no!

—¿Loca yo? Eres tú la que recibe a su novio en su habitación todas las noches. Es lógico pensarlo ¿no crees?

—Yo... ¿cómo sabes eso?

—Te vi. —Se encogió de hombros—. Y bien, ¿estás embarazada?

—¡Que no lo estoy!

—¿Y cómo voy a saberlo yo con seguridad? ¿Se han protegido...?

—¡Marijó, ya basta! —Zarah sintió que el color le inundaba el rostro—. Allan y yo no hemos hecho... eso.

—¿No te has acostado con Allan? —Marijó frunció el ceño, incrédula—. Por favor, no soy idiota, Zarah. Si quieres negarlo...

—Allan y yo no hemos tenido sexo, ¿vale? Él está esperando a que yo esté lista...

—¿Lista para qué? Por Dios, Zarah, el hombre tiene mil años esperando por ti. Deben estar por explotarle los...

—¡Marijó, ya cállate! —Zarah bramó, sintiendo que la cara le ardía. Debía estar pasando del rojo al morado, seguramente—. Lo que pase entre Allan y yo, se queda solo entre Allan y yo...

—¿Allan? —la interrumpió una voz chillona.

Zarah se giró, medio sorprendida y bastante molesta. Las mismas dos chicas que habían sido su tortura el año anterior se encontraban de pie cerca de ellas, y por la expresión de sus rostros, era claro que habían escuchado su conversación.

O al menos, la última parte...

—¿Entonces es cierto el rumor? —preguntó Paola—. ¿Realmente estás saliendo con Allan Cortaza?

—No es posible... —contestó por ella Fernanda—. Allan nunca se fijaría en ella.

—Pues ella no está saliendo con él —les dijo Marijó, usando su mejor tono ofensivo—, es su novia. Sóbense, si les duele, par de zorras.

—¡Mentirosa! —chilló Fernanda, y Zarah debió reprimir el impulso de soltar una carcajada. ¿Cómo fue posible que alguna vez se hubiera sentido abrumada por esas dos? Esas chicas eran más ridículas de lo que recordaba. Es más, eran patéticas.

—¿Es totalmente imposible que tú salgas con Allan Cortaza? —explotó Paola, acercándose a ella con gesto adusto y altanero, mirando a Zarah de arriba abajo de forma despectiva.

Zarah le sostuvo la vista. Por primera vez, no se sentía amedrentada en absoluto ante el ataque de una persona. Mucho menos de esa arpía.

—Aunque no lo creas, pedazo de bruja envidiosa —sonrió Marijó de forma mordaz, deleitándose con hacer enojar a ese par de víboras.

—No te metas en esto, Drácula —espetó Fernanda, secundando a su amiga como un guardaespaldas—. No hablamos con basura desechada por una criada.

Esta vez Marijó pareció titubear. La tez de su rostro se volvió aún más pálida.

Zarah sintió que algo se encendió en su interior al verla de ese modo, vulnerable como nunca antes la había visto...

—Retrátate —sentenció, sintiendo que su cuerpo vibraba por algo mucho

mayor que un simple enojo.

—¿Por qué? Solo he dicho la verdad —Fernanda sonrió, mordaz, sabiendo que había dado en el clavo—, porque eso eres, ¿no es verdad, Marijó? Solo un pedazo de basura que su madre dejó tirada en su camino.

—¿Cómo sabes eso? —La voz de Marijó era baja, casi inaudible.

Zarah se tensó, nunca había visto a su hermana tan frágil como en ese momento. El fuego comenzó a arder con fuerza en su interior, al tiempo que el ya conocido temblor se apoderaba de su cuerpo. Zarah apretó las uñas a sus costados, intentando apaciguar su furia, pero fue en vano. Solo sentía el calor de ese fuego encenderse y crecer, como una inmensa llama alimentada por combustible...

Un combustible sumamente inflamable...

—Las noticias vuelan, los chismes corren —continuó hablando Fernanda, sin darse cuenta del cambio en el estado de Zarah.

—Así es, no es difícil enterarse de algo tan obvio. —Paola le echó una mirada de arriba abajo a su hermana, humillándola con ese solo gesto—. Era tan evidente que tenías que venir de abajo, de la prole más miserable, una hija de sirvienta tirada a la basura...

—¡Ya basta! —bramó Zarah, sintiendo que su cuerpo vibraba de un modo incontrolable.

El fuego en su interior ardía, prácticamente quemándole las entrañas.

—Basura eres tú, ¡pedazo de escoria de mente retorcida! ¿Es que no tienes corazón? ¿Qué ganas con hacerle daño...? —Apretó los dientes cuando sintió que el fuego se desparramaba por todo su cuerpo, invadiendo con su calor cada célula de su ser.

—Déjala, Zarah. —Marijó agachó la cara, ocultando con su lacio cabello las lágrimas que cubrían sus mejillas—. Vámonos de aquí, no valen la pena.

—Sí, Zarah, vete con tu hermanita adoptada del basurero, par de perras recogidas de la calle... —La chica no pudo continuar hablando cuando una fuerza invisible la lanzó por los aires, provocando que chocara directamente contra un muro.

Marijó alzó la vista entonces y su rostro adoptó una expresión de profunda sorpresa.

Zarah ahora lucía como un foco humano, una especie de halo azul la envolvía, iluminando cada parte de su cuerpo. Su cabello flotaba como una bandera alrededor de su rostro y de sus ojos se despedía una luz intensa.

—Oh por Dios... Recuérdame no hacerte enojar otra vez —bromeó Marijó.

—¿Qué... qué está pasando con ella? —preguntó Fernanda, retrocediendo un paso, temblorosa—. ¿Qué fue lo que le hiciste...?

Zarah se volvió hacia ella, sus ojos dos esferas de luz intensa.

—Dios mío... ¿qué eres...? —Fernanda tropezó al intentar dar otro paso atrás y fue a caer de nalgas en el piso.

Zarah sonrió de gusto, sintiéndose plena, dichosa incluso, más poderosa de lo que se había sentido en mucho tiempo... ¡Más poderosa de lo que se había sentido jamás!

Era como si el poder mismo del mundo ahora le perteneciera. La energía, ¡oh, la energía! Era maravillosa, podía palparla, sentirla en cada parte de su cuerpo, en cada minúscula parte de su ser. Manaba de ella como lo hacía de cada cosa que la rodeaba, de cada ser vivo, animal, vegetal, de cada piedra, del cielo mismo, del agua, incluso de la tierra... Era como si cada parte del mundo tuviera su propia combinación de poder, de fuerza, su propio canto de energía pura, un canto maravilloso colmado de color y fuerza, y lo compartiera con ella. Y era maravilloso... ¡Dios, sí que era maravilloso!

—Zarah —Escucharon una voz masculina—, es suficiente.

Zarah no lo creía así. Su cuerpo deseaba más... Deseaba dar una muestra real de su poder, deseaba hacer salir la energía que la envolvía, deseaba... hacerle pagar a esa chica por su descaros...

Un chillido ahogado emanó de la joven que yacía ante ella, retorciéndose de dolor.

—¡Zarah!

Zarah se obligó a escuchar esta vez a la voz de Allan, de algún modo retumbando en el interior de su cabeza. Y fue cuando lo vio, más allá de la luz, de la energía que ahora podía palpar como si fuera un objeto, algo que siempre estuvo allí, y que nunca antes fue capaz de notar...

—Zarah, concéntrate. —Sintió el familiar tacto de las manos de Allan sobre su rostro—, vuelve a mí... Mírame, Zarah...

Zarah parpadeó, y entonces pudo verlo a plenitud. La luz desapareció al instante, así como la energía que manaba desde su cuerpo.

Ahora se encontraban a solas... El mundo espectacular que había nacido en torno a ella había desaparecido, para dar sitio al sitio al lugar corriente y mundano que conocía.

—¿Qué está pasando? —Escucharon chillar a la chica en el piso, mirándolos a todos con ojos saltones y cubiertos de lágrimas—. ¿Son vampiros, no es verdad? ¡Son vampiros y van a matarme!

—Ya quisiera yo —bufó Marijó, cruzándose de brazos.

—¿Estás bien? —le preguntó Allan a Zarah, sus manos aún rodeando sus mejillas.

Zarah asintió, se sentía incapaz de hablar, como si un nudo enorme se hubiera formado en su garganta, enmudeciéndola.

Allan le dedicó una última mirada a Zarah, como si intentara leer en la expresión de su rostro si decía la verdad. Finalmente se decidió a separarse de ella y miró a Marijó.

—Ve con tu hermana a la puerta trasera del colegio. Patrick las espera en la camioneta. Yo debo hacerme cargo de esto.

—Pero... —Zarah intentó decir algo, pero él la hizo callar.

—Date prisa, Zarah. Raquel está interviniendo en la memoria de los que han presenciado esto desde lejos, asegurándose que no quede ningún recuerdo de este momento. Yo debo hacerme cargo de estas dos chicas... y ver que Paola no se haya lastimado severamente.

Zarah tragó saliva, levantando la mirada en dirección a la chica que había azotado contra el muro y ahora yacía en el piso, inconsciente. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza preocuparse por ella, ¿qué clase de mala persona era? Cualquiera hubiera sentido culpa inmediata por sus actos, pero ella ni siquiera se había acordado de lo que había hecho...

—Estás confundida, es normal por lo que estás pasando, hablaremos de esto —le dijo Allan, intentando calmarla, asumiendo correctamente lo que era que sucedía con ella—. Ahora váyanse, por favor.

Marijó echó una última mirada atrás, hacia las dos chicas y asintió, partiendo a paso vivo en dirección a la puerta.

Zarah, con los brazos cruzados contra su pecho, miró a Paola sintiendo que la culpa, ahora pesada y enorme, se apoderaba de ella.

—¿Puedo hacer algo para ayudarla?

—No te preocupes, ella estará bien. Anda, ve al auto. Yo me haré cargo. Nos iremos de aquí enseguida y estarás bien.

—¿Yo estaré bien? Eso no importa, Allan... No cuando he ocasionado esto...

—Zarah, escúchame —Allan la tomó por los hombros, obligándola a que se concentrara en él y no en las dos chicas, ahora ambas inconscientes. Allan había hecho algo para sumir a Fernanda en un sueño que debía ser bastante bueno, porque sonreía mientras se acurrucaba en posición fetal, chupándose el pulgar—. Ella está bien, solo se ha desmayado. Estabas en el estado de Alma Azul cuando llegué, por eso no lo recuerdas, pero fue a la primera que vi. Ahora ella sueña, olvidando lo sucedido. Cuando Fernanda y Paola despierten no recordarán nada de lo vivido. Les daré buenos recuerdos, lo prometo. Lo único que importa ahora es que te marches de aquí.

—Pero...

—¡Zarah, márchate!

Zarah entornó los ojos, sorprendida por su rudeza. Allan nunca le había hablado de ese modo.

—Bien —contestó, sintiéndose peor aún de lo que ya estaba. Por poco mata a una compañera de clases y había quedado como un monstruo ante otra, para que todavía su novio la tratara como si fuera una mocosa desobediente y mal portada.

Sí, había hecho mal, pero no a propósito.

Molesta, se marchó a paso rápido, forzándose por controlar la energía que sentía encenderse una vez más en su interior como si de una llama ardiente se tratase, buscando la manera de manar al exterior.

Subió al coche, donde las esperaba Patrick con el motor encendido. Nada más Marijó cerró la puerta tras ella, él aceleró y se alejaron a toda velocidad por el camino.

—¿Qué te pasa ahora? —le preguntó Marijó, sujetándose de la manija de la puerta cuando él viró bruscamente—. ¿No sabes que en el mundo humano existen los límites de velocidad?

—Lo siento. —Patrick viró de nuevo, sin disminuir ni un poco la velocidad.

—Si lo sientes, deberías dejar de hacerlo.

—Seguro, en cuanto llegemos —contestó Patrick, con el mismo sarcasmo.

Las ruedas chirriaron cuando el vehículo frenó de golpe ante la puerta de su casa, habían llegado en menos de dos minutos. Patrick detuvo la camioneta pero no apagó el motor.

—Lo siento, chicas, el resto del camino deberán hacerlo solas.

—Lástima, con lo que me gusta que me lleven cargando hasta la puerta de mi casa. —Marijó rodó los ojos, saliendo de la camioneta.

—¿Patrick, qué está pasando? —le preguntó Zarah, una vez que estuvieron a solas—. ¿Estará todo bien? Ya sabes, con el Círculo...

—Lo siento, linda, debo irme. Allan me ordenó regresar lo antes posible.

Zarah suspiró, asintiendo con la cabeza mientras bajaba de la camioneta.

—Ah, y Zarah... —Ella se volvió después de cerrar la puerta—. Allan ha llamado a los otros chicos, así que estate atenta por si recibes visita —Le guiñó un ojo antes de pisar el acelerador y alejarse a toda velocidad por la calle.

—¿Qué está pasando? —preguntó Javier, saliendo de la casa a media carrera—. ¿Por qué han llegado de ese modo?

—¿Cuál? —preguntó Marijó, pasando a su lado.

—Como si los acabaran de traer los tipos de *Rápido y furioso*.

—Eso sería genial, debo admitirlo, pero solo era Patrick. Creo que tenía diarrea y le urgía llegar rápido a un baño. —Marijó se desperezó, alzando los brazos como un gato—. Me iré a dormir un rato, muero de sueño.

—Marijó, espera. —Zarah la alcanzó cuando su hermana iba subiendo las escaleras.

Marijó le dedicó una mirada cansina, dejando en claro que no le agradaba que la entretuviera.

—Siento mucho lo que viste... Yo no quería hacer nada malo...

—¿Malo? —Marijó rio, irónica—. Eso es lo más genial que has hecho en años, hermana. Si no es que en toda tu vida. No deberías disculparte.

—Fue malo, Marijó... Esas chicas pudieron salir lastimadas...

—Tranquilízate, no fue para tanto. Y no debes sentirte mal, seguro que Allan pondrá en su memoria algo cursi y estúpido, como una cita falsa con Justin Bieber, que las dejará felices de un modo que no se merecen.

—Sí, pero... —Marijó comenzó a golpear el barandal de la escalera con sus uñas, pintadas de negro mate, dejando muy claro que la estaba

impacientando.

—Zarah, de verdad estoy muerta, si necesitas pedir disculpas, ve a un confesionario. Solo asegúrate que el sacerdote no te encierre en un manicomio cuando termines.

—Marijó, espera... —Zarah la detuvo por el brazo antes de que su hermana pudiera marcharse—. Sobre lo que esas chicas dijeron...

—Déjalo, Zarah... —Su mirada se endureció—. No tiene importancia.

—No, no puedo solo dejarlo... Sabes que no es cierto lo que ellas dijeron ¿no es verdad?

Marijó no contestó.

—Marijó...

—Zarah, no quiero hablar de eso. —La miró de arriba abajo—. Y menos contigo.

—¿Es que... estás molesta conmigo?

—Tú eres la última persona que podría entender por lo que yo estoy pasando, lo que yo siento...

—Marijó, sabes que puedes confiar en mí.

—¡Solo olvídale y déjame sola!

—¡Marijó, no digas eso, yo te entiendo, soy tu hermana!

—¡No, no lo eres! —Los ojos de Zarah se abrieron, dolidos. Marijó apartó la vista—. No eres mi hermana, Zarah. No realmente...

—Eso... eso no es justo, Marijó. —Zarah se tragó el nudo que se había formado en su garganta—. No importa que no tengamos la misma sangre, tú y yo hemos crecido como hermanas.

—Tú no sabes lo que se siente ser yo. —Marijó la miró de nuevo, y esta

vez sus ojos estaban oscurecidos por el rencor... y los celos.

Por primera vez Zarah pudo verlo con claridad: Marijó se sentía celosa de ella.

—Tú eres una princesa, eres una Capadocia, tienes esos grandes poderes y tu vida... tu vida es genial ¿de acuerdo? No tienes derecho a compararte conmigo.

—¿Mi madre murió, Marijó! ¿Crees que eso es divertido...?

—¿Tus padres no te abandonaron! No como a mí... —Tragó, ocultando el dolor que quebraba sus palabras—. Tu padre se quedó a tu lado en todo momento, cuidándote, y tienes a un abuelo y un hermano geniales... No te dejaron abandonada, como si fueras una bolsa de basura.

—No repitas eso nunca más...

—¿Por qué no? Es la verdad.

—Tú no eres una bolsa de basura, Marijó, eres una chica estupenda, mi hermana, una persona genial...

—¿Genial? ¡¿Qué puedo yo tener de genial?! —bufó, alzando la voz—. ¡Soy una chica común y corriente! ¡No tengo nada especial! ¡En cambio tú...! —Sus ojos estaban nublados por las lágrimas cuando la miró—. ¡Tú tienes todos esos poderes de Alma Azul y eres... eres tan inútil! —gritó en un tono mezcla de frustración y furia.

Zarah abrió la boca, incapaz de creer lo que acababa de escuchar.

—¡Es cierto! ¿Sabes la envidia que me das? ¡Tú y Aidan, y todos los que son como tú! —continuó diciéndole, al tiempo que las lágrimas brotaban de sus ojos.

—Marijó, no tienes idea de lo que estás diciendo...

—¡Claro que la tengo! —replicó Marijó, clavándole el índice en el

hombro, recriminándole algo que sentía como un terrible acto—. ¡Puedes partirle el trasero a quien quieras sin tener que sudar siquiera! ¡En cambio yo soy solo una estúpida chica normal que no puede atrapar ni una mosca! ¡De imaginar todo lo que podría hacer de estar en tu lugar...! ¡Aaaahhh! —rugió—. ¡Eres tan desesperante! —Se llevó las manos al pelo, jalándose los mechones como si realmente no soportara el tener que estar al lado de su hermana.

—No es como si yo hubiese querido nacer así, Marijó —le dijo Zarah con voz baja y seca, colmada de dolor.

—¡Pues lo hiciste! ¡Naciste fabulosa, acéptalo y sal adelante! ¡Aprovecha lo que tienes en lugar de desperdiciarlo en tus estúpidas quejas autocompasivas! ¡Tienes poderes geniales que jamás utilizas!

—Porque no puedo hacerlo... O no podía hacerlo hasta ahora. Y todo se salió de control, ¡tú lo viste!

—¡Pues aprende a utilizarlos! Si yo estuviera en tu lugar, no habría dejado de entrenar día y noche para sacar a relucir todos esos malditos superpoderes que todos dicen que tengo ¡y le partiría el trasero a Raquel y a todo el que se me pusiera enfrente!

—Marijó... —Zarah inspiró hondo, intentando hablar en un tono calmado y actuar como la hermana mayor que era, y no soltar la sarta de palabrotas que en ese momento luchaban en su cabeza por ver la luz—. No tienes ni idea de lo que es estar en mi lugar, ¡ni idea!

—Ojalá la tuviera, Zarah —masculló Marijó—. ¡Ojalá pudiera tener la maldita idea de lo que es ser una Capadocia! Y te aseguro que no sería una completa inútil como tú lo eres.

—¡Marijó, ya basta! —gritó Javier desde el pie de la escalera.

Zarah se volvió sorprendida, no había notado su presencia.

—Sí, sí, ya basta. —Marijó sorbió por la nariz—. Siempre ya basta para

Zarah. Todos cuiden a Zarah. La pobre Zarah... ¿es que nadie lo nota? ¡Es una maldita princesa! ¡No tiene que vivir en la pobreza como nosotros! Su habitación en su palacio es más grande que toda nuestra casa. Puede mudarse a su palacio cuando se le dé la gana, y vivir en la plenitud de la realeza por el resto de su vida, que ¡oh, sí, por supuesto, será mucho más larga que la nuestra! ¿Qué harás cuando no seamos más que polvo enterrado en viejas tumbas olvidadas, Zarah? ¿Te acordarás siquiera de que alguna vez tuviste una familia humana normal y corriente?

—¡Ya cállate! —gritó Zarah, sintiendo las lágrimas agolpadas en sus mejillas—. No sabes... No tienes ni idea de lo que hablas.

—No, hermanita, la tengo. Eres tú quien parece no comprender nada. —Marijó la miró de arriba abajo, dedicándole una mirada de desprecio que le dolió más a Zarah que cualquiera de los golpes que había recibido hasta entonces—. Eres una Capadocia, una princesa, y un Alma Azul. Tú asumes que la vida te dio limones, pero te dio la maldita cosa más dulce que pueda existir en este mundo. Tú no debes hacer limonada, tú puedes hacer helado de limón, mouse, pasteles, galletas... ¡todo lo que deseas! —Le clavó el índice en la frente—. Eres malditamente afortunada, y ni siquiera te das cuenta... —exhaló, dedicándole una mirada mezcla de tristeza y enojo—. Y no sabes cómo te odio por eso.

Zarah tragó saliva y la miró a los ojos, empañados a causa de las lágrimas. No tenía palabras para contestarle a su hermana. No había visto venir ese ataque... ¿Desde cuándo Marijó la odiaba tanto? ¿Desde cuándo se sentía de ese modo...?

—Marijó, ha sido suficiente —siseó Javier, su rostro grave en un rictus que lo hacía lucir mucho mayor de lo que realmente era.

Marijó no contestó. Se dio la media vuelta y se alejó a paso rápido, dejando a Zarah temblando en las escaleras.

—No le hagas caso, Zarah —le pidió Javier, llegando a su lado—. Pasa por un momento difícil, como todos nosotros.

—Lo sé. —Zarah alzó la cabeza, secándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Todos estamos pasando por esos momentos...

—Ella lo ha estado pasando mal... —suspiró—. No... No deberías tomar en serio sus palabras.

Zarah fijó la vista en la nada, la verdad era que deseaba no hacerlo, comprender, como hacía su hermano, que se trataban de las palabras de una persona dolida, y no el verdadero sentir de Marijó.

Pero no podía...

Y sencillamente, el dolor la invadía... y con él, la rabia.

Y la llama que ya se había encendido en su interior, comenzó a arder una vez más...

Y en esta ocasión, no hizo nada por apaciguarla.

Con los auriculares prácticamente reventándole los tímpanos, Zarah garabateaba números en su cuaderno de Física, intentando en vano resolver uno de los problemas.

—Esto es tan inútil... —masculló, apretando con fuerza el lápiz en su mano. De inmediato un fuego azul rodeó su puño, consumiendo el lápiz y conectando con su cuaderno—. ¡Mierda!, ¡mierda!, ¡mierda! —chilló, poniéndose de pie a toda velocidad. El cuaderno en llamas cayó al piso, llenando la habitación de humo.

Zarah tomó una manta y comenzó a golpear las llamas, como había visto hacer en una película, pero aquello solo sirvió para prenderle fuego a la manta. El fuego subió con rapidez y antes de que ella pudiera hacer algo, le había prendido la manga. Con un grito histérico intentó arrancarse la camiseta cuando se percató de que el fuego no la quemaba. En realidad, el fuego en su brazo era azul... Idéntico al que rodeaba todo su cuerpo.

Era como si su propio fuego azul la protegiera del fuego normal, de todo lo demás. No sentía calor ni dolor, no se estaba quemando. De hecho, se sentía sumamente bien...

—¿Pero qué demonios...? —Escuchó un gruñido desde la puerta un segundo antes de que una ráfaga de gélido hielo apagara las llamas.

—Gracias, Raquel —masculló sin volver la cabeza, dejando caer los restos de la manta carbonizada al piso.

—¿Qué pasa...? ¡Por Dios, Zarah! —Ahora fue la voz de su madre la que la hizo volver la cabeza—. ¿Estás bien, hija?

—Sí, perfectamente, por excepción del hecho de que casi quemó la casa... —contestó ella de forma sarcástica.

—Dios santo, hija, pudiste lastimarte... ¡Tu ropa! —Miranda señaló su manga, donde el fuego la había alcanzado.

—No se preocupe, estaba en estado de Alma Azul cuando sucedió. —Raquel intentó tranquilizarla, hablando en el tono monótono que utilizaban todos los Capadocia para explicar que aquello que sucedía no era nada grave, aunque la Luna se estuviera cayendo encima de la Tierra—. Su fuego azul la protegió.

—¿Su estado...? —Miranda repitió, volviéndose hacia Raquel con una mirada de extrañeza.

—Es así como se le llama a un Capadocia Alma de Fuego o Iris cuando está utilizando su talento... Luego le explico, debo volver a mi puesto de vigilancia. —Raquel rodó los ojos al notar que Miranda no hacía más que negar con la cabeza—. Supongo que querrán limpiar eso. Adiós.

Zarah le dedicó una mirada de pocos amigos a la chica al verla partir. Bien pudo quedarse y ayudar un poco a limpiar, después de todo ella podía controlar el agua. Además, el hielo comenzaba a derretirse, formando un charco negruzco bastante repugnante en el piso de su habitación.

—¿Zarah, seguro que no te has lastimado? —Miranda se aproximó a ella, dedicándole una mirada llena de preocupación.

—Mamá, estoy bien, de verdad. Mi habitación, por otro lado...

Miranda echó una mirada al piso que Zarah intentaba limpiar. Una mancha negra había quedado en el piso, en el sitio donde había caído el cuaderno.

—La buena noticia es que pronto no será tu habitación —sonrió Miranda,

tratando de buscar el lado bueno, como siempre.

Zarah no sonrió. Javier había sido más que amable con ella al permitirle quedarse todo ese tiempo en su habitación, ya era más que oportuno que él volviera a tener su propio espacio, dormir con Manolo y su colección de bichos raros no debía ser muy agradable. Pero le habría agradado devolverle el cuarto sin marcas de fuego en él.

Miranda, como si se diera cuenta de su malestar, posó una mano sobre su rostro, en una caricia maternal llena de amor.

—Cariño, todo está bien. No te angusties por esto, ¿quieres?

—Lo siento tanto, mamá... —Zarah sintió que se quebraba, no podía seguir aparentando ser fuerte cuando todo su mundo parecía derrumbarse a su alrededor—. No sé qué pasó...

—Mi niña, no tienes que llorar por esto. —Miranda la abrazó, permitiéndole desahogarse—. Fue un accidente, a cualquiera pudo pasarle.

—¡Mamá me encendí en llamas azules! ¿A qué persona normal pudo pasarle eso?

—Bueno... ¿A un lanzafuegos de circo? —Pensó en voz alta, provocando que Zarah soltara una risita—. Hija, debes dejar de presionarte tanto. No puedes convertirte en uno de *ellos* de la noche a la mañana. Eres una Capadocia, es cierto, pero también una chica normal.

—¿Cómo puedo ser una chica normal y una Capadocia al mismo tiempo?

—Lo eres, porque siempre lo has sido —contestó su madre—. Lo has sido desde que llegaste a este hogar, y esta parte de tu vida forma parte de ti tanto como la anterior, junto a los Capadocia. No por tratar de ser uno vas a dejar de ser el otro.

—¿De verdad lo crees, mamá?

—Por supuesto. Intentar apartar una parte de tu vida no te hará ningún bien, y eso es precisamente lo que has estado intentando hacer al luchar tan fuertemente por convertirte en una guerrera. No olvides quién eres. —Posó una mano sobre su hombro, enfatizando sus palabras—. Si no consigues nunca llegar a dominar tus poderes, ¡bien! Que se vayan al demonio los Capadocia con sus exigencias. No vale la pena. No si te pierdes a ti misma, y a tu esencia.

Zarah sintió las lágrimas escocer en sus ojos.

—Ojalá fuera tan sencillo como mandar todo al demonio.

—¿Y por qué no?

Zarah alzó la vista del piso y la clavó en la mirada de su madre, tan tierna y llena de cariño como siempre.

Si tan solo pudiera contarle... Pero no podía. Nadie debía saberlo. Allan se lo advirtió.

Ni siquiera les había contado a sus padres el último incidente en el que se había desmayado... o muerto. Dudaba que lo tomaran muy bien. Además, ya tenían demasiado encima para aumentar su nerviosismo haciéndoles saber algo como eso.

Sin embargo, podía intentar obtener la información que necesitaba. Por lo que decidió irse por otro camino.

—Mamá, dime... ¿Cómo fue cuándo me encontraron?

Miranda, sorprendida por el repentino cambio de tema, pareció un poco confundida.

—¿Cómo fue...?

—Sí, ¿cómo fue? —asintió Zarah—. Dijiste que tú y los demás iban de vacaciones y se detuvieron en la carretera de noche. ¿Cómo pudiste verme? ¿Cómo me encontraste?

—Bueno, es extraño en realidad... Ni siquiera sé cómo llegamos ahí, —  
rio, tomando asiento en la cama y palmeando el sitio a su lado, para que ella  
hiciera lo mismo.

Zarah así lo hizo, sin perder detalle de las palabras de su madre.

—¿A qué te refieres con que no supiste cómo llegaron allí? ¿Es que se  
perdieron en el camino?

—Sí... En realidad, no lo sé. —Se encogió de hombros—. Vas a creer que  
estoy loca, pero todo cuanto puedo recordar es que de pronto estábamos en ese  
sitio y yo me encontraba caminando en el pavimento directo hacia ti. Te vi, te  
tomé en brazos y partimos contigo en busca de ayuda. Decidimos llevarte a un  
hospital, estabas cubierta de sangre y muy sucia, supusimos que habías tenido  
un accidente y habías escapado de milagro, pero conseguir salir de ese sitio  
perdido en la nada fue sumamente difícil. Estábamos, literalmente, en medio  
de la nada —rio un poco—. Lo importante es que conseguimos llevarte a un  
sitio a salvo y ahora estás con nosotros.

—¿Pero a qué te refieres con eso de que no sabes cómo llegaron allí? Iban  
de camino a algún lugar, ¿no es así? ¿Se extraviaron?

—Sí... Bueno, no lo sé... —Miranda arrugó el ceño, parecía realmente  
confundida—. Tu padre y yo hablamos de ello en alguna ocasión después del  
incidente, pero nunca coincidimos en una respuesta.

Todo lo que sé es que estábamos llegando a Acapulco, incluso recuerdo  
estar leyendo el enorme letrero de bienvenida para los turistas, cuando de  
pronto ya no estábamos allí. Nos encontrábamos en otro lugar, en un sitio que  
nunca antes había visto, sin luces ni casas, nada de nada. No se veía un alma a  
la redonda. El único camino era en el que nos encontrábamos conduciendo...

—¿Y cómo llegaron allí?

—No lo sé cariño... —Ella parecía nerviosa—. Te juro que no lo sé,  
nunca he podido explicar aquello. No tengo idea de cómo llegamos allí. Solo

recuerdo que estábamos allí conduciendo sin rumbo, tu papá tan confundido como yo. Gracias al cielo los niños dormían o no habríamos sabido explicarles lo que ocurría. De pronto la camioneta se detuvo...

—Eso lo recuerdo, la explosión del neumático.

—Eh... sí. —Miranda hizo una mueca—. En realidad, no fue una explosión del neumático. Eso supusimos, pero al bajar a ver, el neumático estaba bien.

—¿Entonces qué fue?

Miranda negó con la cabeza, encogiéndose de hombros.

—Todo cuanto recuerdo es que ayudaba a tu padre a revisar el neumático cuando sentí la necesidad de volverme y fue cuando te vi... Y ya no pude separarme de ti —sonrió, estirando una mano para acariciar el rostro de su hija—. Eras un pequeño angelito necesitado de amor y protección, me necesitabas, y no dudé en llevarte conmigo.

—Gracias, mamá —Zarah sonrió, sintiendo que las lágrimas corrían por sus mejillas.

Miranda la abrazó, permitiéndole desahogarse sobre su hombro.

—¡Oh, y la luz! —exclamó Miranda de repente.

Zarah alzó la vista del hombro de su madre, confundida.

—¿La luz?

—Sí, ahora me acuerdo... Hubo una luz, un resplandor... —Señaló a su cuello—. Apareció cuando te encontré, ¡fue tan extraño!

—¿Cómo fue?

—No lo sé, pareció venir de mí y también de ti... Tu papá dijo que había sido el efecto de la luz en tu medallón, pero recuerdo bien que también sucedió en el mío. Pudo ser un reflejo, tipo espejo, pero aun así fue raro...

—¿Mamá, qué medallón?

—El medallón que traías, ¿no lo recuerdas? —Parecía sorprendida que ella no lo hiciera—. Intenté que lo usaras de niña, pero no lo querías, así que lo guardé en la caja fuerte junto con el mío. Ese tampoco te agradaba mucho.

—¿Puedo verlos?

—Por supuesto. —Miranda se puso de pie y salió casi corriendo rumbo a la habitación de Dany, emocionada como una niña pequeña.

Zarah la siguió de cerca, sumamente interesada en lo que iba a mostrarle.

Miranda entró en el pequeño vestidor de la habitación de Dany (había sido primero la habitación de sus padres, pero ellos se la habían cedido a la pequeña para que tuviera un baño integrado y más espacio para sus terapias).

La pequeña niña, sentada en una mesa al lado de Maricarmen mientras hojeaban un libro de cuentos, ni siquiera levantó la mirada cuando ellas atravesaron la estancia.

Intentando no importunar a Dany, no se detuvieron hasta llegar al diminuto vestidor donde seguía encontrándose la caja fuerte.

Su madre movió un par de objetos que la ocultaban de la vista y presionó los botones de la contraseña. Miranda prácticamente no tenía joyas, en su lugar guardaba manualidades que consideraba valiosas hechas por sus hijos en algún momento de sus vidas, junto a unas pocas piezas de arte y artesanía que había comprado a lo largo de los años.

Su madre hizo a un lado con sumo cuidado una estatuilla de barro representativa de la cultura maya que había comprado en una subasta y movió con cariño un dibujo hecho por Zarah cuando debía tener unos ocho años, para dejar a la vista una pequeña caja de madera donde ella guardaba sus joyas. Llevándola ante Zarah, la abrió y buscó en su interior, al tiempo que el perfume de rosas proveniente del interior embriagaba el ambiente,

acompañado por el delicado sonido de *Claro de luna*, que la cajita hacía sonar al abrirse.

Finalmente, Miranda extrajo del interior un pequeño medallón romboide muy hermoso, tenía una piedra violeta en el centro e inscripciones grabadas en el exterior.

—Es bello, ¿no lo crees? —le preguntó Miranda, acercando la joya a sus ojos para verlo de cerca y quitarle un poco el polvo que lo cubría—. Me lo regaló mi profesora favorita en la universidad. Era la mejor arqueóloga que he conocido. Es gracias a ella que nació en mí el amor por las culturas antiguas de México. Y como un gesto de amistad, ella me dio este regalo.

—Es fantástico, mamá.

—Realmente lo es. Creo que este medallón lo encontró en una de las expediciones, aunque nunca me lo dijo. —Le guiñó un ojo a Zarah—. Los grabados no los reconozco, pero asumo que son mayas. Del antiguo imperio maya, me refiero, aquel del que sabemos tan poco.

—¿Puedo verlo?

—Claro que sí, mi cielo. —Miranda se lo entregó enseguida—. Si para eso hemos venido. Échale un ojo mientras busco el tuyo, debí ponerlo en tu joyero. ¿Sabes? Cuando lo vi por primera vez me pareció tan extraño que fuera tan similar... ¿Zarah? ¡¿Zarah?!

Zarah se había quedado petrificada cuando una intensa luz apareció del centro de la piedra del medallón.

Una vez más el mundo se disolvía a su alrededor. Podía escuchar a su madre, cada vez más distante, gritando su nombre a medida que la negrura ganaba paso a la luz, conduciéndola una vez más al mundo de la nada.

Zarah no se sorprendió de encontrarse una vez más en ese sitio oscuro, rodeada de la nada por excepción de la luz frente a ella. Esperó impaciente por la aparición de su madre, si la veía, tenía muchas cosas que preguntarle... O reclamarle.

De pronto, una pequeña figura se materializó delante de ella. Una niña. Una niña pequeña...

Y un por un momento estuvo a punto de gritar cuando reconoció sus mismos ojos regresándole la mirada desde el rostro de esa niña.

Ella la miró fijamente, sus grandes ojos verdes brillantes por las lágrimas.

—No me dejes. —Escuchó su voz. Su propia voz infantil. La misma voz que recordaba de los sueños...

—¿Dejarte...? —tartamudeó, sin comprender.

—Llévame contigo —prosiguió la pequeña—. Te necesito.

—¿Qué...? —Zarah sintió una punzada de dolor en la cabeza.

La luz delante de ella se disolvió al mismo tiempo que la pequeña niña desaparecía. La oscuridad se volvió luz, una intensa luz justo delante de sus ojos.

—¡Está despertando! —Escuchó la voz de Aidan.

Zarah achicó los ojos, la potente luz de una linterna continuaba dándole directo a los ojos.

—¿Quieres quitarle esa linterna de la cara? Vas a dejarla ciega —reclamó Marijó, apartando a Aidan de un manotazo—. ¿Zarah, puedes oírme?

—Fuerte y claro —bromeó Zarah, llevándose una mano a la cabeza. Percibió la sensación de tela y algo suave contra su sien.

—Te diste un fuerte golpe en la cabeza al desmayarte. —La voz de su madre se hizo oír a su derecha. Solo entonces Zarah se dio cuenta de que se encontraba recostada en el piso del pequeño vestidor de la habitación de Dany. Su madre sostenía un trozo de tela contra su cráneo. Lucía como uno de los vestidos de fiesta que solían guardar en ese lugar, donde había espacio de sobra para guardar la ropa que no cabía en los otros armarios, mucho más pequeños. La tela estaba empapada en sangre, así como buena parte del piso.

—¿Ya ha despertado? —Maricarmen se asomó, manteniendo a raya a Dany y Manolo, quienes luchaban por asomarse.

—Sí, linda, no te preocupes —contestó Miranda—. Por favor, avísale a papá que tenemos la situación controlada aquí. No queremos que se mate en el camino tratando de llegar a casa.

—Enseguida. —Maricarmen partió de vuelta a la habitación, llevando con ella a Dany y Manolo.

—Está sangrando mucho, deberíamos llevarla a un hospital —dijo Marijó, mirando a su hermana con el ceño fruncido.

—Ya te he dicho que no es necesario. —Aidan posó un par de dedos en el cuello de Zarah—. Su pulso es regular, no habrá problema en esperar a que llegue Allan. Además, será más rápido y seguro que trasladarla a un hospital.

—Supongo... —Marijó suspiró, sentándose sobre sus rodillas—. De todas formas, ¿qué fue lo que pusiste sobre su rostro?

—¿Pusiste algo sobre mi rostro? —Zarah se sorprendió.

Aidan le entregó un pequeño frasquito que había llevado colgado del

cuello.

—Es la pócima de mamá, la que se encontraba en tu sortija y se supone que debías llevar puesta todo el tiempo ¿recuerdas? —le reclamó su hermano—. Después de lo sucedido con el casco en Tierra de Libertad, decidí traerla conmigo todo el tiempo, por si acaso...

—¿Qué sucedió en Tierra de Libertad? —preguntó Miranda.

—Nada... —Zarah intentó incorporarse, pero sintió un dolor punzante en un lado de la cabeza.

—Será mejor que permanezcas recostada hasta que Allan llegue —le pidió Aidan.

—¿Qué sucedió? —Zarah por poco se levanta por el susto al escuchar la voz imponente de Allan.

—¿Cuándo llegaste?

—Acaba de hacerlo —le dijo Marijó—. Debe ser genial ser un Kinam, con esa velocidad silenciosa y todo eso. —La sonrisa en su rostro se congeló ante la mirada perturbada en el rostro de Allan—. En fin, tu novia se partió la cabeza como un huevo al desmayarse. Puede que necesite puntadas y una tomografía... ¿Qué? —espetó, cuando ahora su madre y Zarah le dedicaron una mirada boquiabierta—. Puede uno aprender muchas cosas viendo televisión, ¿saben? No todos los programas son una porquería.

Allan, sin hacer caso de su comentario, se arrodilló a un lado de Zarah y comenzó a revisarla.

—¿Urgencias Bizarras? —preguntó Aidan a Marijó, con una media sonrisa.

—Por supuesto. —Marijó correspondió a la sonrisa, dándole un toque juguetón en el brazo—. No hay nada mejor, aunque Javier casi vomita el otro día cuando llegó un hombre con el dedo dislocado...

—Marijó, ¿por qué no ayudas a Maricarmen con los niños? —la interrumpió Miranda—. Estoy segura de que le está costando bastante trabajo mantenerlos a raya.

—Vale... —Marijó rodó los ojos—. ¿Vienes Aidan o te quedas con tu hermana?

—Y la tuya —espetó Zarah, molesta... Aunque no sabía muy bien el motivo de su enojo—. Sigo siendo tu hermana, te guste o no.

—Zarah, no seas tan grosera. —Miranda posó una mano sobre su hombro—. Marijó solo intentaba ayudar.

—Me quedaré aquí —contestó Aidan—. Puede que Allan necesite que lo auxilie.

Marijó se encogió de hombros y salió a paso lento de la diminuta habitación, que parecía aún más diminuta con tanta gente en su interior.

—Parece que solo ha sido un golpe leve —dijo al fin Allan, tras terminar de revisar las pupilas y los reflejos de Zarah—. Sin embargo, necesitamos asegurarnos que no tengas algún daño en el hueso del cráneo.

—Se lo dije —se escuchó la voz de Marijó desde el otro lado de la puerta.

—¿Necesitas que llame a la nave médica? —preguntó Aidan.

—No será necesario. En la base tengo los aparatos necesarios. Patrick ya viene con ellos.

Nada más decirlo, Patrick entró en la diminuta habitación junto a Raquel, llevando con ellos varios dispositivos médicos.

—¿Guardas eso en la casa donde se encuentran los chicos? —preguntó Zarah, un poco confundida.

—Es mejor prevenir —contestó Allan, sin hacerle mayor caso—. Será

más sencillo si Zarah, Aidan y yo nos quedamos a solas. —Se dirigió a la comitiva reunida en el vestidor—: ¿Les importaría dejarnos a solas, por favor?

—Por supuesto. —Miranda se puso de pie enseguida. Zarah dudaba que alguna vez su madre fuera a desobedecer cualquier instrucción de Allan, prácticamente lo idolatraba desde la primera vez que él le salvó la vida—. Chicos, vengan conmigo a la cocina —se dirigió a los amigos de Allan—: ¿Tienen hambre? Preparé dulces típicos mexicanos para mi clase, pueden comer algunos si lo desean.

—¡Muy bien! —La sonrisa de Patrick se ensanchó por su rostro.

—Tenga cuidado con sus ofrecimientos, Miranda, o bien podría quedarse sin nada que dar a sus alumnos mañana —gruñó Raquel, sin dejar de observar por el rabillo del ojo a Zarah—. ¿Estás seguro de que no necesitas que te eche una mano, Allan? Esa herida se ve profunda...

—Estoy seguro, pero gracias. —Allan continuaba inmerso en su labor, limpiando la cabeza abierta de Zarah con la asistencia de Aidan.

Los ojos de Zarah se encontraron con los de Raquel. Por una fracción de segundo creyó ver preocupación en ellos, pero no tuvo el tiempo suficiente para cerciorarse. Ella ya partía lejos junto a su madre y Patrick.

Tras lo que se sintió como una eternidad, Zarah soportó el rápido estudio de su cráneo por esos extraños aparatos que lucían como una mezcla de pantallas de tableta y pequeñas arañas con cámaras que escaneaban su cráneo en todas direcciones. Pronto supieron con certeza lo que Allan había asegurado: su cráneo se encontraba bien. Sin embargo la herida necesitó unas cuantas puntadas, y ese fue el mayor infierno.

A Zarah le costó bastante mantener la compostura y no soltar una palabrota o un buen bofetón a su novio. No le dolía, Allan era bastante bueno en su trabajo, sin duda. No obstante era molesto, y por alguna razón, esa molestia

encendía el fuego del enojo que llevaba demasiado tiempo intentando ser apagado en su interior.

Cuando finalmente Allan terminó con su trabajo y vendó la zona de la herida, Zarah pudo respirar con tranquilidad. Gracias al cielo se habían movido a un sitio más amplio y cómodo para que la suturaran, y ahora, sentada sobre la cama de Dany, podía respirar con libertad por primera vez.

Por alguna extraña razón, comenzaba a sentir que la presencia de otros la ahogaba. Aunque esos otros se tratasen de la gente que amaba...

Allan había salido momentáneamente para deshacerse de las gasas manchadas con sangre y el material médico sucio.

Aidan entró en ese momento por la puerta, llevando en la mano un vaso con jugo de naranja.

—Zarah, ¿te sientes mejor? —le preguntó Aidan, alargándole el vaso con jugo de naranja recién preparado, seguro exprimido a mano por su madre.

Miranda podía ser demasiado dedicada en ocasiones, y Zarah se sintió culpable de ocasionarle tantas preocupaciones. Su mamá ya tenía demasiado con su trabajo, la casa, los niños y el estrés continuo de las deudas, para tener que lidiar con una hija que se encontraba al borde de la muerte cada cinco segundos.

Su madre se merecía algo mucho mejor que eso...

—¿Zarah...?

Zarah se percató entonces de que no había respondido a su pregunta, inmersa en sus propios pensamientos.

—Sí, mejor. Gracias. —Se forzó por sonreír, aunque en ese momento todo cuanto deseaba era mantenerse en silencio y a solas.

—¿Quieres comer algo? —le preguntó Aidan, y ella negó con la cabeza,

incapaz de articular palabra.

Aidan se sentó a su lado, y tras sacar algo de su bolsillo, se lo entregó con cautela.

Zarah arqueó una ceja, extrañada por el extraño sobre sellado con un grabado de cera con la marca de una estilizada letra *A* en el frente. Si su madre la hubiera visto, la habría puesto en una vitrina junto a su colección medieval, sin duda.

—¿Qué es eso?

—Te lo manda el abuelo. —Aidan tomó su mano y colocó en su palma el sobre—. Es lo que solicitaste. Y un poco más...

Zarah arqueó las cejas, sorprendida. Había enviado un mensaje a su abuelo solicitando una audiencia privada con él, explicándole el motivo. Necesitaba pedir un préstamo para ayudar a su familia.

Nunca imaginó que su abuelo le enviaría el dinero enseguida. Ni siquiera había tenido que ir a hablar con él personalmente.

—¿Es el dinero que le pedí prestado? —preguntó en un susurro. Su garganta se había cerrado por la emoción. ¡Al fin podría ayudar a su familia!

—Sí, y un mensaje. El abuelo dice que no tienes que pedir audiencia para hablar con él, eres su nieta y puedes hablar con él cuando quieras, así como pedirle todo cuanto necesites.

—Gracias... —Zarah agachó la mirada, apretando el grueso sobre contra su pecho al tiempo que sentía que una lágrima corría por su mejilla—. Dile al abuelo que gracias...

—A él le agradecería bastante que se lo dijeras tú. Sabes que te adora, le encantaría verte más seguido por casa... Y a mí también. —Aidan se encogió de hombros—. Ya sabes, para tener peleas de escobas en las que vencerte de vez en cuando y eso.

Zarah rio por primera vez. Pasando un brazo por los hombros de su hermano, se acercó a él y lo besó en la mejilla.

—Yo también te he extrañado, hermanito.

—Me lo imaginaba. Soy irresistible.

Zarah rio con más fuerza, provocando que un ligero tirón de dolor le llegara desde la zona de los puntos.

—Mejor cállate o te van a tener que coser de nuevo y vas a terminar como el monstruo de Frankenstein.

—¿Frankenstein? —Zarah arqueó las cejas, sorprendida—. ¿Leíste el libro que te di?

—Claro, es bueno —sonrió, esquivando su mirada—. Aunque un poco soso.

—¿Soso?

—De haber sido yo la criatura, me habría largado y buscado la manera de mejorarme a mí mismo.

—¿Sin venganza?

—Seguro que sí. Pero una vez que fuera perfecto y ya no necesitase a ese idiota.

Zarah rio, negando con la cabeza.

—Zarah, deberías recostarte un momento. Necesitas descansar. —Allan entró en la habitación. Su rostro todavía serio—. Aidan, ¿quieres acompañarla a su cama?

—No, te dejo eso a ti. No tengo superfuerza de Kinam como tú. —Aidan miró a su hermana, dedicándole una sonrisa sarcástica bastante similar a las de Marijó. Esos dos pasaban demasiado tiempo juntos—. Lo siento, hermanita, pero no eres una delgada florecilla del bosque. Tal vez si se tratase

de Maricarmen...

—Vale, entiendo —masculló Zarah, dándole un golpe juguetón a su hermano en el hombro—. Ya vete, debilucho.

—Nos vemos en tu habitación, gordita. —Aidan se inclinó y la besó en la frente antes de alejarse corriendo.

—Me alegra ver que se lleven mejor. —Allan sonrió, tomando asiento a su lado—. ¿Necesitas que te cargue para llevarte a tu cama?

—No, gracias. Por cierto, ¿estoy gorda?

Allan rio, negando con la cabeza y alargando una mano para ayudarla a ponerse de pie.

—No lo estás, y si lo estuvieras, seguirías siendo igual de hermosa que siempre.

—Por eso te amo. —Zarah se levantó con su ayuda, la cabeza aún le daba vueltas por la pérdida de sangre, provocándole sensación de vértigo—. Allan, necesito hablar contigo sobre lo que sucedió.

—Me lo imagino. —Él lucía bastante serio una vez más—. Lleguemos a tu habitación para que puedas sentarte y hablar con libertad.

—Tienes razón, no quiero que nadie más escuche.

Con sumo cuidado, Allan la llevó hasta su cama y la ayudó a acomodarse sobre las almohadas a pesar de las quejas de Zarah, quien comenzaba a sentirse como una muñeca de porcelana.

Aidan entró en ese momento, llevando consigo una bandeja con un plato repleto de dulces caseros mexicanos y tres vasos de jugo de naranja natural.

—Cortesía de tu mamá —sonrió él, dejando la bandeja en la mesita de noche de Zarah—. Está ansiosa por que te pongas más gorda, hermana.

—Es una buena idea que comas —comentó Allan—. Repondrás la sangre

que perdiste, y ayudará a tu cuerpo a restablecerse más rápido.

—Lo haré, gracias... pero puedo comer yo sola —Zarah rio cuando Allan intentó darle de comer en la boca, igual que un bebé, y le llenó la boca con el dulce que él intentaba hacerla comer a la fuerza.

Aidan comenzó a reír, y Zarah lo acompañó. Allan lo hubiera hecho, de no ser porque estaba demasiado concentrado en masticar la comida en su boca.

—Sí, ya, ya entendí —replicó Zarah antes de que él pudiera contraatacar, tomando uno de los dulces del plato—. Si te prometo comer, ¿podemos hablar sobre el asunto importante?

—De acuerdo. —Allan la miró de pies a cabeza una vez más, asegurándose que todo estuviera bien—. De hecho estoy bastante impaciente por saber qué pasó. Aidan comentó algo sobre un medallón cuando me llamó, pero no dijo más.

—Es cierto, el medallón de mamá... —Zarah no recordaba qué había sido de él. Se había desmayado antes de saber dónde había terminado.

Aidan alzó la mano cerrada en un puño.

—Toma Allan, Miranda me lo dio para que te lo entregara. —Aidan contestó a su muda pregunta—. No creo que sea buena idea que Zarah lo vea una vez más. Al parecer, fue cuando lo vio que se desmayó. Lo más probable es que esto haya ocasionado el desmayo.

—¿Quieres decir como el collar que me dio papá? —Zarah arqueó las cejas.

Aidan asintió, adoptando un semblante severo muy similar al de Allan.

—Lo que no comprendo, es qué conexión puede tener este medallón con los otros. Miranda no tiene ninguna relación con nuestra madre.

Allan asintió, observando detenidamente el medallón en su mano.

—Seguramente estamos pasando algo por alto.

—Mamá me contó la historia de cómo me encontró justo antes de enseñármelo. —Zarah intentó darle información, aunque fuera la poca que había conseguido obtener. Cualquiera cosa podría otorgarles una pista valiosa—. Habló de una luz emanando de mí, y que luego vio reflejada en ella. O al menos eso fue lo que ella creyó... No lo recuerda bien. Pero tal vez sea eso lo que me hizo desvanecerme, me sugestioné y me desmayé. No creo que tenga nada que ver... Aunque...

—¿Aunque qué? —Allan se giró hacia ella, una ceja arqueada en su rostro.

—Aunque vi una luz...

—¿Una luz? —Aidan se acercó a ella y se sentó a su lado—. ¿Quieres decir una luz como las otras?

—Sí, exacto —Zarah lo miró y luego a Allan—. Y hubo algo más... —Su mente comenzaba a aclararse a medida que se concentraba y las nubes que habían cubierto sus recuerdos tras el golpe se iban desvaneciendo—. Vi a una niña pequeña...

—¿Una niña? —Allan fue quien ahora se sentó recto, su rostro lucía tenso, cada parte de su inteligente mente luchando por unir las piezas del rompecabezas—. ¿La conoces?

—Es eso lo extraño. —Zarah tomó aire y lo miró a los ojos—. Estoy segura de que esa niña era yo.

—¿Tú? ¿Cómo podrías ser tú? —Aidan arrugó la nariz—. ¿Quieres decir que te estabas viendo a ti misma?

—Sí, yo... De pequeña. —Zarah intentó concentrarse en el recuerdo, tan débil en su memoria a causa de la contusión que acababa de pasar—. Debía tener cinco o seis años... La edad que tenía cuando mamá murió.

—Oh... —Aidan alzó las cejas, su boca abierta en una «o».

—Y esa niña decía cosas sin sentido..., me pedía que no la dejara... — Les relató lo que recordaba—. Pero estoy segura de que era yo. ¿No tiene sentido, no es así? Yo misma me estaba pidiendo ayuda... Es estúpido. Seguramente lo debí alucinar, olviden lo que dije, no tiene sentido —se rio de forma nerviosa, jugueteando con las migas del dulce de amaranto que había caído sobre su ropa.

—¿Qué más te contó tu madre antes de entregarte el medallón? —le preguntó Allan, tras varios minutos de silencio.

—Ella me estaba contando del día en el que me encontraron. Tenías razón, Allan. No fue tan sencillo como había supuesto. —Ella miró a Allan y luego a sus manos sobre su regazo, antes de comenzar a relatar las palabras que su madre había compartido con ella un momento atrás.

—Entonces, ¿tus padres aparecieron en ese sitio de la nada? —le preguntó Aidan cuando terminó de hablar.

Él parecía tan confundido como ella.

—¿Cómo es eso posible?

—No lo sé. —Zarah se encogió de hombros—. Ni siquiera ellos lo comprenden. En un momento estaban en un sitio y al siguiente en el otro. Les parecía algo tan inverosímil que decidieron no volver a sacar el tema, supongo que por temor a que los tomaran por locos.

—Quizá sí lo estaban. —Aidan esquivó un golpe juguetón de su hermana—. Es una broma, no seas tan enojona.

—O tal vez sea cierto. —Allan habló por primera vez tras un largo rato. Había permanecido en silencio escuchando el relato de Zarah.

—¿Quieres decir que realmente crees que ellos llegaron a un sitio de un momento a otro? ¿Cómo sería eso posible? Solo con magia... —Aidan se quedó callado de golpe al entender a lo que se refería Allan.

Había dado con la respuesta sin intentarlo.

—Un hechizo. —Allan pensó en voz alta, estudiando el medallón una vez más.

—¿A qué te refieres con un hechizo? —Zarah frunció el ceño—. Es imposible. Mis padres no tenían nada que ver conmigo ni con La Capadocia antes de conocerme, ¿cómo podrían haber llegado allí con un hechizo?

—Con esto. —Allan apretó el puño con el medallón en su interior—. Tiene un grabado inscrito.

—¿Un grabado? —Aidan alzó las cejas, poniéndose de pie bruscamente—. ¿Estás bromeando? Lo revisé y no encontré nada.

—Está escrito en el antiguo lenguaje Kinam.

—Esperen, ¿de qué hablan? —Zarah miró a uno y luego a otro—. ¿Qué es un grabado?

—Es un hechizo. —contestó Aidan. Ahora él lucía bastante molesto—. Un hechizo muy poderoso y casi imposible de romper. Solo los más antiguos y sabios Capadocia saben hacerlos. Se dice que fue un aporte de los mismos Elohim, que enseñaron a los primeros Capadocia a realizarlos. Un secreto que ha sido guardado lejos de los ojos de los Capadocia modernos, incluida la realeza.

—Ya veo. —Zarah se abstuvo de reír ante la evidente molestia de su hermano. Debía estar bastante enojado por no tener acceso a esa clase de conocimientos, con sus ansias de saberlo todo.

—Y una vez hecho, el hechizo trasciende la muerte del ejecutor —añadió Allan—. Y por lo que puedo ver en este grabado, este hechizo en particular es muy fuerte.

—¿Qué dice? —Aidan se acercó a él, intentando leer algo en el medallón.

—¿Tanek no te enseñó a leer el antiguo Kinam?

—¿Bromeas? Papá no quiere que tenga nada que ver con los Kinam. Nunca me habla de ellos. Mucho menos me enseñaría algo sobre su historia o escritura antigua... Él dice que son conocimientos que solo me obstaculizarán en mi camino como príncipe de los Blancos.

—Entiendo. —Allan lo miró fijamente—. Pero eso no quiere decir que no pudo hablarle sobre ello a tu madre, ¿no es así?

—¿Mi madre? —Aidan parecía confundido.

—¿Qué tiene que ver Elizabeth en esto? —quiso saber Zarah.

—Creo que fue tu madre quien hizo este grabado.

—¿Elizabeth? —Zarah negó con la cabeza—. Es imposible. Mi mamá me dijo que fue su maestra quien le dio ese medallón.

—Hay muchas formas en que pudo llegar a manos de tu madre. Bien Elizabeth pudo darle este medallón a su maestra para que se lo entregara, sabes que Elizabeth era excelente entrando en la mente de las personas y manipulándolas.

—Siempre para el bien —añadió Aidan—. No hagas sonar eso como si mamá usara a la gente para fines maléficos.

—Comienzo a dudar de eso. —Zarah frunció el ceño, y continuó hablando, antes de darle tiempo a Aidan de replicar—. De todas maneras me parece imposible, Allan. ¿Para qué Elizabeth iba a querer darle ese medallón a mamá? Ni siquiera la conocía.

—Eso tengo que averiguarlo. —Allan se puso de pie—. Voy a hablar con ella por un momento.

—Espera. —Aidan se puso de pie también—. ¿A qué te refieres con que comienzas a dudar de mamá? —retomó el tema que ella había querido dejar

atrás.

—A nada. —Zarah apartó la mirada.

—Zarah, mamá no haría nada para lastimarte. Si hizo todo esto, debió ser por un buen motivo.

—Pues habría sido más sencillo si nos lo hubiera explicado en lugar de dejarnos ahogándonos en este mar de preguntas, ¿no te parece?

—Ella no podía solo decírtelo. Correrías peligro...

—Corro peligro —lo corrigió—. Cada día, a cada momento, corro peligro, gracias a la bomba que puso en mi cabeza. Me puedo morir en cualquier segundo por culpa de ella, y ni siquiera sé qué cosa es lo siguiente que puede activar esa maldita luz que me va a terminar matando...

—Creo que debemos posponer esta conversación para después —intervino Allan—. Zarah, debes descansar. Continuaremos hablando mañana. Patrick y Raquel se quedarán contigo a custodiarte. Aidan, ven conmigo. Necesitamos tratar con tu padre este tema después de haber hablado con Miranda.

—Bien. —Aidan se alejó a zancadas de la habitación, sin despedirse de Zarah.

—No te molestes con él. Elizabeth fue muy importante para Aidan, lo es todavía, y no...

—Entiendo. —Zarah lo interrumpió, cortante—. Vete ya, Allan. Quiero estar sola.

—Bien... Descansa.

—Allan. —Él se volvió antes de que pudiera alcanzar la puerta—. Lo siento.

—¿Por qué?

—No quería ser tan ruda... Yo... No sé qué me pasa... —Se llevó una mano a la cabeza, sintiendo que esta le iba a estallar. Últimamente no podía controlar sus acciones ni su mal genio, que cada vez iba a peor...—. Lo siento.

—No pasa nada —él sonrió ligeramente, aunque la sonrisa no le llegó a los ojos—. Estás estresada, es normal. Descansa. Hablaremos mañana.

Zarah se recostó sobre las almohadas, sintiendo cómo las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

No comprendía lo que le pasaba. Definitivamente no quería pelear con su hermano y amaba a Allan, pero por alguna razón no podía controlar sus emociones. Ni su mal carácter...

Estaba comenzando a sentirse enfadada todo el tiempo y esa furia parecía incapaz de quedarse adentro y ser dominada como antes...

Apenas atravesaron la puerta de la casa de Zarah, Aidan detuvo a Allan por el brazo.

—Allan, ¿te das cuenta que solo queda una oportunidad más para usar la poción, no es verdad? No dos, como le dijiste a la madre de Zarah.

Allan asintió.

—Así que te has dado cuenta, chico listo. —Allan intentó sonreír, pero la sonrisa no le llegó a los ojos.

—Si solo hay cinco oportunidades para usar el antídoto, quiere decir que solo debe haber cinco oportunidades de que ella reciba la luz, y si es cierto que la luz que ella vio el día que le revelaste la verdad es la misma que le ocasiona este daño, eso quiere decir que sumadas a las ocasiones del cumpleaños de Zarah, el casco y la ocurrida hace un momento, ya llevamos cuatro. Cuatro desmayos. Cuatro oportunidades de regresarla de la muerte...

—Lo entiendo, Aidan. Había pensado lo mismo.

—¿Entonces por qué no has dicho la verdad? —lo interrogó el muchacho—. ¿Por qué no le advertiste que solo le queda una oportunidad más para usar la poción si ella llega a ver la luz? Allan, podría morir...

La voz de Aidan sonaba tan afligida que Allan no tuvo corazón para no responder a su pregunta. Mirando a ambos lados, cerciorándose de que nadie los escuchaba, lo llevó a un sitio aparte antes de contestar.

—Tu hermana ya tiene demasiado estrés, Aidan. Es por ello que no debemos decirle nada —le explicó—. No quiero abrumentarla todavía más haciéndole saber el riesgo que corre, ni tampoco a su familia...

—Pero ella debe saber...

—Nosotros la protegeremos, Aidan. Evitaremos que nada malo pase. Es nuestro deber... Ellos ya pasan por demasiado. —Allan suspiró, pasando una mano por su cabello en un gesto nervioso.

—¿Y qué pretendes que hagamos? ¿Dejarla estar hasta que vea otra luz y ya no haya forma de salvarle la vida?

—No, por supuesto que no. Tú y yo sabemos que no descansaremos hasta dar con una respuesta a esto y salvar a Zarah, pero ella no tiene que estresarse también por algo sobre lo que no puede hacer nada para cambiar las cosas. Lo menos que podemos hacer por ella y su familia es quitarles este peso, y permitirles seguir su vida en un curso parcialmente normal, hasta que encontremos la manera salvar a tu hermana. No hace falta hacerlos a ellos lidiar con toda esta mierda...

Aidan asintió, comprendiendo a qué se refería Allan. Zarah ya se veía demasiado estresada para aumentar su tensión haciéndole saber lo muy cerca que se encontraba de la muerte. Dudaba que pudiera lidiar de un buen modo con esa verdad. Últimamente no era ella misma... De hecho, por irónico que pareciera, su hermana actuaba más como la Zyanya que recordaba del pasado que la Zarah que había conocido hacía poco.

—...Lo mejor será no decirle nada hasta que tengamos una respuesta a cómo resolver todo esto. Zarah, ya está bastante preocupada, y esto podría mermar su salud, ¿comprendes? —Allan terminó de hablar, pasando por alto los pensamientos que rondaban la mente de Aidan.

—¿Y tiene motivos para estarlo! Allan, si mi hermana ve una luz más...

—Nos queda una oportunidad más, Aidan. Si ve una luz más, aún nos

quedará una última oportunidad para usar la pócima de tu madre.

—¿Y qué pasará después de eso?

—Tenemos que asegurarnos que no haya un después, Aidan. Debemos resolver este misterio ahora mismo.

—¿Y cómo lo haremos? Necesitamos a mi padre, él sabrá qué hacer.

—Tanek y Alberto investigan en este momento en un terreno de África.

—¿África?

—Esa fue la última lectura que recibí de su transmisor, pero conoces a tu padre, a él no le gusta que le sigan la pista. No tengo idea de dónde pueda estar en este momento.

—¡Pero él sabe que lo necesitamos!

—Es cierto, por ello ha llevado a Alberto consigo. Tu tío suele llevar un kanaan en todo momento. Es gracias a su aparato transmisor que nos mantenemos en comunicación, hablaré con él esta misma noche.

—Bien, estoy seguro que en cuanto mi padre sepa la emergencia que vivimos aquí, regresará enseguida.

—Estoy seguro de ello, Aidan. Y por lo que Tanek mencionó antes de partir, puede ser que haya encontrado una buena pista acerca del sitio donde tu madre pudo localizar la Mariantella. Si es así, tal vez pueda averiguar el lugar donde Elizabeth la escondió y terminar con todo esto de una buena vez.

—Eso espero. Por el bien de Zarah, eso espero... Porque si mi hermana llega a ver una luz más...

—Eso no sucederá, Aidan —Allan lo interrumpió—. Aunque tengamos que cegarla, no permitiremos que Zarah muera.

Aidan permaneció en silencio, su rostro contraído por el dolor, y Allan supo que algo más le preocupaba.

—Allan... ¿por qué crees que mi madre hizo algo tan... drástico con mi hermana? —le preguntó tras unos minutos de silencio, y Allan comprendió lo que lo estaba mortificando.

Al parecer las palabras de Zarah contra su madre habían pegado más hondo en el chico de lo que había supuesto.

Aidan agachó la vista, obviamente perturbado.

—Zarah... Realmente Zarah podría morir... ¿por qué ella hizo algo así? ¿Por qué puso a mi hermana en ese peligro?

Allan suspiró, posando una mano sobre el hombro del chico.

—No lo sé, Aidan.

—Pero tú debes saberlo.

Allan sintió deseos de reír, no se había esperado que él le dijera aquello.

—¿Yo?

—Sí, tú. —Aidan lo miró a los ojos, que se habían humedecido por las lágrimas—. Mi madre te metió en todo esto por un motivo, ¿no es lógico pensar que tú debías averiguar por qué había hecho todo esto?

—Pero yo no soy un adivino, Aidan... Y no sé si tu madre me metió en esto...

—¡Lo hizo! Ella te dejó una carta, igual que a nosotros...

—¿Una carta? —Allan frunció el ceño, confundido—. ¿Qué carta?

—La carta... Mi madre dejó escrito que te había dejado una carta junto con el dije. —Señaló hacia su cuello.

—¿Esto...? —Allan se abrió el cuello del uniforme, dejando al descubierto una cadena de plata de la que colgaba una diminuta piedra verde-azul—. Esto era de Mady, Aidan.

—No, esa es la piedra que mi madre te dejó, Allan. Junto con la carta.

—Este dije era de Mady. Lo llevo puesto hace años, desde el día que lo hallé entre mis cosas, guardado dentro de una caja de madera que perteneció a Mady...

—¿Y siempre tuviste ese dije dentro de esa caja de madera? —La mirada especulativa de Aidan puso a Allan en alerta.

—Sí... No... Bueno, no lo recuerdo... Aidan, ha pasado mucho tiempo...

—Ese dije te lo dejó mi madre, Allan, estoy seguro —le dijo Aidan, señalando hacia su cuello.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Mi madre me lo dejó escrito en su carta, junto a sus instrucciones. Se supone que iba acompañado de una carta dirigida a ti.

—¿Qué carta? Aidan, yo nunca vi ninguna carta.

—¡Debió entregarte esa carta!

—¡Pues no lo hizo!

Aidan se removió, nervioso, frustrado, comenzando a perder la paciencia.

—Debió hacerlo, Allan. Si tienes el dije, deberías tener también la carta...

—¿Y qué decía esa carta?

—¡No lo sé! Estaba sellada con magia, al igual que todas las otras que dejó, ¡solo tú podías leerla!

—¿Por qué no lo dijiste antes? Aidan, han pasado tantas cosas... ¿Por qué no mencionaste algo de esa carta antes?

—¿Y cómo iba yo a saber que aceptarías el regalo de mi madre sin leer la carta que te envió?

—Pero es que no vi ninguna carta... ¡Y te repito que esto era de Mady! Tu

madre no me lo dio... Aunque...

—¿Aunque qué? —Aidan se quedó expectante al notar la mirada de sorpresa en el rostro de Allan.

—Tanek... Este dije lo tenía Tanek —Allan recordó, pensando en voz alta—. Mady se lo dio el día que partimos, después de nuestra boda. Ahora lo recuerdo... ¿Cómo pudo otra vez llegar a mí...? —Abrió mucho los ojos—. Dios mío, no lo puedo creer... ¿Es que tu madre...?

—Mi madre debió tomarlo y hacértelo llegar, sin que lo notaras. Junto con la carta.

—Por todos los cielos, no puedo creerlo... —y de verdad no lo hacía. No conocía una persona que hubiera podido saltarse sus muy altos estándares de seguridad y violar su privacidad, como para dejar guardado un dije en un sitio oculto, dentro de su cajón con cosas personales, sin que él lo notara.

—Allan, debes recordar, esa carta es importante —Aidan lo obligó a centrarse en lo trascendental—. Mamá debió dejarla cerca de ese dije, quizá se cayó, o pudiste asumir que era un papel viejo y guardarla en alguna parte...

—Puede que se haya caído en el camino... O que aún esté en el gabinete donde estaba la caja de madera —pensó Allan—. La verdad es que me emocionó tanto ver el antiguo dije de Mady una vez más, que no pensé en nada... Pudo estar allí y no verla.

—Será mejor que vayamos a ver enseguida, Allan. Si mi madre te involucró en esto debió ser por algo. Ella era una mujer muy inteligente, no habría armado un rompecabezas tan complejo para dejar piezas perdidas sin un motivo. —Aidan lo miró a los ojos, y Allan se sintió orgulloso de ese muchacho, tan joven y con una mente tan grande. Sin duda herencia de sus dos padres—. Mi madre no te conocía, pero te quería dentro de este juego por un motivo y debemos averiguar cuál es.

—Tienes razón —Allan no dudó en estar de acuerdo con su teoría—,

vayamos enseguida a Tierra de Libertad... Solo que...

—¿Que qué?

—Zarah... No debemos dejarla sola.

—Dile a Patrick que se haga cargo, Allan. No podemos perder tiempo, si en esa carta está la pieza que nos hace falta para resolver este rompecabezas, es de suma importancia que la encontremos enseguida.

—Supongo que tienes razón. No creo que tardemos demasiado.

—No lo haremos, Zarah estará bien si te separas de ella por un día.

Sentada en la mesa de la cocina, Zarah daba vuelta a las páginas de su libro, intentando concentrarse.

Ese día había sido especialmente malo.

Había empezado mal tomando en cuenta que Allan desapareció sin dejar rastro una vez más, dejando en su lugar a Patrick y Raquel. Y su querida amiguita se mostró del peor humor a la hora de acompañarla a su entrenamiento, como siempre.

Y la escuela no fue la excepción en ese mal día; su profesora de Física les había hecho un examen sorpresa que solo dos alumnos consiguieron pasar. Al día siguiente les daría una nueva oportunidad de presentarlo con calificación sobre ocho, algo que no animaba en absoluto a Zarah. Claro que presentar un siete en lugar de un nueve era mucho mejor que el cero coma cinco que había obtenido en el parcial de ese día.

Le habría encantado poder ir a estudiar con María y Susy, como en el pasado. Algo que podría seguir haciendo si su vida no hubiera cambiado gracias a la intervención de La Capadocia. Hacía tan solo un año habría ido con sus amigas y pasado una tarde agradable riendo con ellas y echando bromas por sus vanos intentos de aprender conceptos que no comprendía. Ahora debía enfrentarse a oponentes que deseaban dejarle un ojo morado y tirarle todos los dientes en cada entrenamiento, para luego quedarse a solas en vela en la mesa de la cocina de su casa, intentando en vano aprender algo de física.

—¡Odio la física! —gritó, furiosa, cerrando el libro de golpe.

Al hacerlo, su mano se encendió en una flama azul y se apuró en retirarla antes de terminar con un libro carbonizado, tal como había sucedido en su habitación con su cuaderno.

De por sí, no había terminado de conseguir todos los apuntes perdidos, como para ahora tener que encontrar la forma de reunir el dinero para comprar un libro nuevo de una materia que detestaba.

La puerta delantera se abrió en ese momento y por ella entró su madre, llevando consigo varias bolsas de supermercado. Zarah se puso de pie de un salto y corrió hasta ella para ayudarla con la compra, dejando de lado momentáneamente a Newton y Einstein.

—Hola, linda —la saludó su madre, dándole un fugaz beso en la frente al pasar por su lado—. En la camioneta quedan más bolsas.

—Como siempre —sonrió Zarah. Era increíble cómo su madre conseguía comprar tantas cosas en el supermercado, a pesar de no tener un centavo en el banco.

Unos minutos más tarde, entró en la cocina llevando con ella varias bolsas con comestibles. Miranda, ocupada en guardar las verduras en el refrigerador, le dedicó una sonrisa por encima del hombro, antes de volverse a concentrar en su tarea.

—Te compré la pasta que te gusta, la de tres colores —su madre anunció con emoción, sin levantarse—. Si quieres podemos prepararla para la cena de esta noche.

—Me parece muy bien. —Zarah se ocupó en llevar las bolsas de arroz a la despensa—. ¿No tienes que trabajar esta noche? —preguntó al volver a la cocina. Miranda había estado trabajando las últimas noches y era muy poco lo que la habían visto esa semana.

—No, he terminado con la exposición maya. —Miranda se puso de pie, alzando los brazos sobre la cabeza para desperezarse—. Nunca en mi vida pensé que llegaría a odiar las plumas al grado en que lo hago ahora. Si no volviera a ver una pluma más en toda mi vida, me consideraría una mujer afortunada.

—Debiste decirles a esos hombres que te causaban alergia.

—¿Y correr el riesgo de perder mi trabajo? No, gracias. Además, no es una alergia seria, nada que un buen antihistamínico no arregle —sonrió, aunque su sonrisa se veía cansada y un tanto forzada—. Gracias al cielo la próxima semana comenzaremos con la exposición mexicana, sabes que siempre me han encantado los aztecas. Aunque con ellos tampoco me libraré de las dichas plumas —bufó, negando con la cabeza.

—Mamá, hay algo que te quería preguntar y no había tenido oportunidad...

—Dime linda, cualquier cosa que necesites. —Su madre le dirigió una sonrisa maternal, de esas que le hacían saber a Zarah que poseía toda la atención de su mamá—. ¿Es sobre chicos? ¿Es Allan? ¿Estás pensando en llegar más allá con él? —Su rostro se encendió en alarma—. ¿O es que ya lo han hecho? ¿Se están cuidando?

—¡Mamá no es eso! —Zarah sintió que el rostro se le encendía—. Es sobre las leyendas antiguas.

—Oh, vaya. —Miranda se puso seria, dejando a un lado la alarma—. ¿Qué quieres saber?

Zarah inspiró hondo, cerrando los ojos por un momento en un intento de apartar de la mente la horrible imagen de ella y su madre hablando sobre sexo.

—Quería saber sobre una corona.

—¿Una corona?

—Sí, una corona con poderes mágicos... ¿Existe alguna leyenda sobre

ella?

Miranda sonrió al tiempo que cerraba la puerta de la alacena de donde acababa de sacar una olla para llenarla con agua.

—Claro que sí, cariño. Varias.

—Eso supongo, pero...

—Pero mi favorita es la historia de la estrella caída del cielo.

Zarah alzó la cabeza de las verduras que guardaba en ese momento y fijó la vista sobre su madre.

—¿La estrella...?

—La estrella caída del cielo —repitió su madre—. Un mito maya sumamente antiguo. Es tan antiguo que de hecho su traducción todavía no ha podido completarse, su lenguaje es prácticamente desconocido. Es gracias al mito popular que un fraile se ocupó de escribir en un libro basado de las narraciones de los indígenas de la zona, que podemos conocerlo hoy en día. Y aun así es bastante poco conocido, si no hubiera sido por mi maestra de universidad que me la relató, no habría tenido idea de ella. Se convirtió en mi historia favorita, sin duda.

—¿Podrías contármela, mamá?

—Claro que sí, cariño. —Miranda, animada como solía sucederle cuando hablaba de las civilizaciones antiguas, le dedicó una mirada animada—. Es una historia bastante corta, en realidad. Todo ocurrió el día profetizado para que se terminara el mundo...

—¿Terminara el mundo? ¿Te refieres a esa fecha de la que la gente fatalista habla todo el tiempo, diciendo que se va a acabar el mundo?

—No, cariño. Se terminara el mundo conocido —aclaró Miranda—. Es la forma que tenían los mayas para explicar que terminaba un ciclo y comenzaba

otro... Es otra historia, pero si te la cuento ahora me alargaré demasiado. Solo ten en cuenta que se esperaba el inicio de un nuevo ciclo. Fue cuando sucedió: la gran explosión.

—¿La gran explosión?

Miranda asintió, tomando unos tomates y comenzando a picarlos.

—Se dice que en una noche sin estrellas, se vio una luz inmensa aparecer en el cielo junto a una gran explosión. La gente del lugar tenía miedo, pero sus dioses los tranquilizaron, asegurándoles que ellos los protegerían del mal proveniente del cielo. Los dioses partieron en un largo viaje que tomó cinco años hasta llegar al sitio donde encontraron la gran luz caída del cielo: una estrella.

—¿Una estrella? —Zarah repitió, asombrada—. ¿Una estrella real?

—Eso dice la leyenda—Miranda asintió—. Obviamente es una historia, Zarah. Un mito. No es real. Sabes que es imposible que una estrella caiga del cielo. A lo más habrá sido un meteorito, o Dios sabe qué cosa, que ellos asumieron se trataba de una estrella.

—¿Y qué pasó después?

—Los dioses tomaron la estrella y la guardaron. Su luz era tan hermosa que pensaron que sería la más hermosa joya que lucir, por lo que forjaron una máscara de oro y en ella engastaron la estrella.

—Pero dijiste que era una corona...

—¿Me podrías dejar terminar de contar la historia? —Su madre hizo una mueca, fingiéndose molesta.

—Lo siento.

—Bien, como te decía, forjaron una máscara de oro con la estrella engastada en ella. Lo que no sabían es que la estrella poseía un gran poder

oculto en su interior, y en el momento en el que uno de los dioses se la puso, cobró una fuerza extraordinaria, convirtiéndose en un ser invencible para cualquier oponente.

—Increíble... —Zarah se estremeció al reconocer un dato muy similar al que había escuchado de los labios de Allan, refiriéndose a la Mariantella. El poder de la corona que Allan le había descrito en el relato se escuchaba muy similar a la leyenda de la estrella.

Con la diferencia de que la Mariantella era una corona, y no una máscara.

—La máscara pasó de generación en generación de los dioses gobernantes —su madre continuó el relato—, el poder de la máscara era tan extraordinario que incluso los pueblos más alejados llegaron a conocer acerca de su poder y, por lo mismo, respetaban a la nación gobernada por los dioses. Hay muchas historias sobre esta máscara en otras culturas que coinciden con esta leyenda; algunas hablan de la máscara como una corona, otros como una especie de artefacto extraño, mezcla de corona y máscara. En lo que todos coinciden es en la enorme belleza que tenía, una joya con un brillo singular que era incapaz de ser imitada por cualquier otra piedra preciosa en la tierra.

—La corona... —Zarah susurró, controlándose para no ponerse a saltar como una loca histérica por la emoción.

—Así es. —Miranda sonrió, asintiendo hacia su hija.

—¿Y qué pasó después? —Zarah estaba al borde de la euforia, ¿esa debía de ser la Mariantella!—. ¿Dónde está esa corona?

—Nadie lo sabe. —El ánimo de Zarah cayó hasta el piso—. La corona pasó de generación en generación, como te decía, hasta que un día la envidia nacida entre hermanos creó una disputa que terminó en guerra. Los dioses eran gemelos y ambos se decían merecedores del trono, y por lo tanto, de la máscara. Sin embargo, la ley decía que solo uno podía ser el gobernante y poseedor del extraordinario poder de la joya sagrada proveniente de la

estrella. Se armaron dos bandos y la guerra comenzó. Una guerra que duraría cincuenta años y que terminó siendo el fin para aquel reino, antes próspero y pacífico. El poder de la máscara fue maldito por los sobrevivientes y con temor de que los errores del pasado volvieran a las generaciones futuras, la máscara fue lanzada al océano, donde nadie jamás pudiera encontrarla.

—¿Al océano...? —Zarah sintió que el alma se le escapaba del cuerpo. Si la Mariantella se había perdido en el océano, era imposible que la recuperaran.

—Sí, la leyenda dice que uno de los sobrevivientes subió a una barca con la intención de no volver jamás. Debía navegar hacia mar abierto hasta que sintiera que la energía le abandonaba y la muerte se aproximaba, y antes de expirar, debía lanzar la máscara al océano. El hombre moriría después y de ese modo nadie sabría nunca dónde terminó. Pero se dice que el hombre no llegó muy lejos, fue atacado por un tiburón gigante que lo devoró completo, con barca y todo, y nada se supo de él o la máscara a partir de ese día.

—¿Un tiburón...?

—Es solo una leyenda, querida. No es real.

—Pero un tiburón... ¿Cómo podría saber alguien dónde quedó la máscara si fue devorada por un tiburón?

—Es lo mismo que me preguntó Tanek.

—¿Tanek? —La voz de Zarah se escuchó como un graznido por la sorpresa.

—Tu padre, sí. —Miranda bajó la vista, como si el llamarlo su padre le resultara molesto, o doloroso...—. Él me preguntó sobre este tema hace varios días. Me parece extraño que me preguntes sobre lo mismo —sonrió, alzando la vista al fin—. Aunque, siendo padre e hija, supongo que no es tan extraño... A menos que signifique algo más... Algo que no me has dicho. —La miró fijamente, ya sin sonreír.

Zarah tragó saliva, sabiéndose estudiada por su madre.

—Mamá, es algo que... —La puerta de enfrente se abrió en ese momento, invadiendo la calma del hogar con un mar de voces gritando y hablando al mismo tiempo.

La familia había llegado a casa.

Miranda se dio prisa en terminar de picar las verduras para la cena mientras Zarah revolvía la olla con la pasta. Era tiempo de cenar, la plática tendría que esperar.

Miguel entró en la cocina, acompañado por Manolo y Dany.

—¿Fuiste al supermercado? —le preguntó a Miranda, hablando con voz cansada.

—Sí.

—¿Te alcanzaron los vales de despensa?

—Sí.

—Bien. —Miguel se dejó caer sobre una silla, llevándose una mano al rostro.

—¿Podrías ayudar a poner la mesa? —rugió Miranda de pronto, sobresaltando a Zarah y a los dos pequeños—. Yo también tuve un día duro y no estoy sentada descansando, ¿no es así?

—Podrías pedirlo de mejor modo —gruñó Miguel, poniéndose de pie.

—No tendría que pedirlo si fueras más considerado —contestó Miranda, pasando por el lado de su marido como una ráfaga furiosa, llevando con ella un platón con verduras en dirección a la mesa.

—Hola, mamá. —Maricarmen por poco choca con Miranda al entrar en la cocina—. ¿Necesitas ayuda?

—Sí, mucha. —Miranda le sonrió y luego a Marijó, quien entró tras su hermana—. Chicas, díganle a su padre que ponga la mesa.

—No tienen que decirme nada, tú ya lo has hecho —Miguel le gritó desde la cocina—. ¿Y podría alguien decirme donde están los malditos individuales?

—¡No maldigas en mi casa! —rugió Miranda.

—¡También es mi casa y si quiero maldecir...! —Se escuchó un golpe—. ¡Mierda! ¡¿Quién dejó la puerta de la alacena abierta?!

—¡Tú, tú fuiste! —gruñó Miranda, volviendo a la carrera a la cocina, y esta vez casi choca contra Zarah, quien llevaba un platón con la pasta a la mesa—. ¡Te dije que tuvieras cuidado y cerraras las puertas después de buscar lo que necesites!

Maricarmen y Marijó compartieron una mirada de preocupación con su hermana. La actitud de sus padres no pasaba desapercibida para nadie.

—Si quiero dejar abiertas las malditas puertas, lo haré —gruñó Miguel, llegando al comedor con un puñado de cubiertos que comenzó a colocar sobre la mesa.

—En ese caso, no te quejes si te das en la cabezota con ellas —replicó Miranda, reacomodando los cubiertos que acababa de poner su marido sobre la mesa.

—¿Si lo vas a hacer todo de nuevo, para qué mierda me molesto en hacerlo?

—¡Deberías hacerlo bien desde la primera vez...!

—Papá, tengo que llevar tres cuadernos nuevos para mañana —los interrumpió Manolo, entregándole un papel a su padre.

—¿Para mañana, Manolo? —gruñó Miguel, echándole una ojeada al documento—. ¿Y me lo vienes a decir a las ocho de la noche?

—Lo siento...

—Además, qué se han pensado en tu colegio, ¿creen que estamos hechos de oro? Te compramos el material necesario para las clases a principio de año, ¿con qué derecho vienen a pedirte más cosas ahora?

—Es para mi curso de ciencias de después de clases.

—No te desquites con él —intervino Miranda, arrebatándole la hoja—. Si Manolo quiere aprender tiene todo el derecho del mundo a hacerlo. No porque nosotros estemos pasando por una situación difícil vas a venir a gritarle al pobre niño.

Miguel tomó una larga inspiración.

—Lo siento, Manolo. —Miguel se dejó caer sobre la mesa, su rostro envuelto en sus manos. Su cabello había encanecido esos días, Zarah no lo había notado hasta entonces.

Sin perder más tiempo, corrió escaleras arriba y tomó el sobre que Aidan le había dado. Se lo habría dado antes, pero no había tenido oportunidad hasta entonces. Volvió abajo sin demora, justo cuando Miguel comenzaba a buscar un billete en su cartera, casi vacía.

Zarah se acercó a su padre y extendió la mano con el sobre.

—¿Qué es eso? —preguntó su padre, alzando la vista hacia ella. Sus ojos estaban rodeados por profundos surcos oscuros y Zarah se maldijo por no haber podido hacer nada para ayudarlo antes.

Sus padres estaban exhaustos, todo aquello era provocado por el cansancio y el estrés de la difícil situación que vivían.

—Es para ti... para los dos. —Miró a su madre, quien se acercaba en ese momento—. Para toda la familia, de hecho.

—¿Dinero...? —Miguel arqueó las cejas, sorprendido, cuando al abrir el

sobre, se encontró una cuantiosa cantidad de billetes grandes en su interior.

—Es de parte de mi abuelo —sonrió Zarah—. Una ayuda...

—No lo quiero —gruñó Miguel, volviendo a meter el dinero en el sobre.

—¿Qué...? —Zarah se quedó boquiabierta, sorprendida por la rudeza de su padre.

—Le dije a tu abuelo que no necesitábamos su ayuda. —Miguel estiró el brazo, devolviéndole el sobre con un movimiento brusco.

—¿Qué...? ¿El abuelo ya te había ofrecido ayuda? —Zarah negó con la cabeza, sin comprender.

—Una cosa es que te dé regalos caros, es tu abuelo después de todo, y es injusto que le digamos qué puede darte y qué no. Pero no vamos a aceptar limosnas de él.

—No son limosnas, papá... Es ayuda.

—¡Dije que no! —Intentó darle una vez más el sobre, pero Zarah no lo aceptó, por lo que lo lanzó sobre la mesa con un gesto despectivo—. Devuélveselo enseguida.

—Pero, papá...

—¡Dije que no! —rugió su padre—, y que no se hable una palabra más sobre este asunto. Esta es mi familia, yo la mantendré como pueda. No necesito ayuda de tu abuelo ni nadie de tu gente, Zarah. —Salió de la cocina, dando un portazo tras él.

—¿Mamá...? —Zarah miró a su madre, pero ella esquivó su mirada.

—Comiencen a cenar, por favor —dijo antes de salir también de la cocina.

Unos segundos más tarde comenzaron a escucharse una vez más las voces de sus padres provenientes del segundo piso.

—¿Están peleando de nuevo? —le preguntó Maricarmen en voz baja.

—Eso parece. —Zarah contestó en el mismo tono, tomando el platón con pasta y comenzando a servirlo en los platos.

—Últimamente pelean todo el tiempo —musitó Manolo, sentándose en su lugar en la mesa.

Dany se había quedado de pie en un rincón, por lo que Marijó fue a buscarla para ayudarla a tomar asiento en su lugar.

—Es lógico que lo hagan, están muy estresados —comentó Marijó, sentándose al lado de Dany.

—¿Crees que vayan a divorciarse? —La voz de Manolo se quebró y Zarah se apuró en correr a su lado para abrazarlo.

—No, peque. Solo son peleas de adultos.

—Cuando los adultos pelean se hacen guerras —musitó el pequeño niño, hundiendo la cabeza en el hombro de su hermana.

—Zarah quiere decir que nuestros papás ya están viejos, Manolo —intervino Marijó, abrazando a su vez a Dany—. Están demasiado acostumbrados a estar juntos, no pueden divorciarse. Sería... raro.

—No, no lo sería —Maricarmen habló por primera vez. Se había quedado de pie, sus manos aferradas al borde de la mesa.

—¿Estás bien, Mari? —le preguntó Zarah—. Te ves pálida...

—Más de la mitad de mis amigos tienen a sus papás divorciados, viven en dos casas, o con madrastras o padrastros, o sencillamente nunca han vuelto a ver a alguno de sus padres... —dijo Maricarmen con un vacío en la voz que estremeció a Zarah—. Y desde que esta maldita crisis comenzó, ya van cuatro familias de las que conocemos que se separan, dos este mismo año se han divorciado...

—Maricarmen, no por que tus amigos tengan padres divorciados...

—Son tus amigos también —Maricarmen le dedicó una mirada furiosa a Marijó—. Clarissa me contó que su padre se mudó de casa la semana pasada, y no nos dijiste nada.

—No hay nada que decir —Marijó frunció el ceño—. Clarissa ya no es mi amiga.

—¡Deberías ser más compasiva con la gente, Marijó! ¡Ella debe estar pasando por mucho en este momento...!

—¡Nosotros estamos pasando por mucho en este momento! —replicó Marijó—. ¡Estamos a un paso de la calle, nuestros padres se odian y tenemos una hermana extraterrestre rodeada de idiotas todo el tiempo, que nos ha venido a poner la vida de cabeza!

—¡Hey, no los llames así! —Zarah se puso de pie, enojada.

—¡Es la verdad! —Marijó ahora se fue contra ella—. ¡Muy buena la hiciste entregándole ese sobre a papá!

—¡Solo quería ayudar!

—¡Lo humillaste! —replicó Marijó—. Si querías ayudarlo, hubieras dejado el dinero en un sitio donde él lo encontrara y asumiera que era suyo, ¡es lo que Javier siempre hace!

—¿Javier...? —Zarah frunció el ceño, sin comprender a qué se refería su hermana.

—¿Por qué crees que papá estaba sorprendido de encontrar algún billete en su cartera? —continuó diciendo Marijó—. ¡Fue porque Javier puso esos billetes anoche sin que nadie lo viera! ¡Nadie excepto yo! Si fueras la mitad de lista de lo que es él, hubieras imaginado que ibas a ofenderlo si le dabas algo ¡y enfrente de toda la familia, para lucirte!

—No era esa mi intención. —Los ojos de Zarah se llenaron de lágrimas—. Solo quería ayudar...

—¡Eres siempre tan tonta...!

—¡Ya basta, María José! —intervino Maricarmen—. ¿Para qué la haces sentir mal por esto? Ella solo quería ayudar, y es eso lo que debemos hacer... Tal vez si encontráramos trabajos...

—Llevas trabajando semanas y no has reunido lo necesario para nada —masculló Marijó—. Es como echar una gota de agua en el desierto.

—¿Has estado trabajando...? —Zarah miró sorprendida a su hermana—. Pensé que estabas en clases y cursos...

—Las dos lo hemos estado haciendo. Yo soy niñera y Maricarmen es edecán y modelo, de algo le ha servido ser bonita —contestó Marijó—. Se hace lo que se puede con lo que se tiene. Tal vez tú deberías rentarte como payaso, porque de mago te mueres de hambre, no podrías ni sacar un conejo de un sombrero. O bien vender las joyas de la corona, seguro que tienes muchas.

—Ya basta, Marijó —sentenció Zarah—. Estoy cansada de que te comportes como si yo fuera una especie de pija consentida o un bicho caído del espacio...

—Lo eres —Marijó la interrumpió, molesta—. Eres una princesa, ¿no es así?

—¿Qué te pasa, Marijó? No por ser... quien soy, soy diferente a la persona que era antes.

—¿Antes de qué? Siempre has sido la consentida de mamá, ella te ha tratado como si fueras la reina de Inglaterra desde el primer momento en que pusiste un pie en esta casa. Todos tenemos que preocuparnos por la situación que atraviesa la familia, que nos golpea a todos por igual, pero lo único que a mamá le preocupa es tu reacción: «oh, pobre Zarah, que tendrá que dejar su

habitación», «Zarilah es tan buena por no molestarse por el auto estropeado», «Nadie le diga nada a Zarah sobre nuestros problemas, ya tiene bastante que cargar sobre los hombros...».

Zarah se quedó con la boca abierta, no sabía que su madre había intentado protegerla a ese grado.

—No eres más que una carga para todos, un intento de princesa Capadocia...

—¡Ya basta! —rugió Zarah—. ¡No es mi culpa ser quien soy!

—¡Ni la mía tener una hermana tan estúpida que no puede vivir sin acaparar toda la atención todo el tiempo!

—¡Tal vez la gente se preocuparía más por ti si no fueras una total... pesada todo el tiempo!

—¿Pesada? ¿Eso es todo lo que se te ocurre decir para insultarme? —Marijó rodó los ojos, dedicándole una mueca de hastío—. Incluso para pelear eres aburrida.

—Ya basta, las dos —intervino Maricarmen—. No griten, no quiero que las vayan a escuchar nuestros padres, no les debemos esto.

—Es cierto —contestó Zarah—. No voy a perder mi tiempo peleando con una niña insufrible.

—¿Insufrible? ¿Te enseñaron esa palabra en tus clases de princesa pija?

—Sí, ¿te gustaría asistir? Oh, lo siento, no puedes. No eres una princesa.

—¡Ni por todo el dinero del mundo sería una...!

—¡Ya cállense! —rugió Maricarmen, y por un momento el color abandonó su rostro. Zarah la miró preocupada y corrió a alcanzarla, sujetándola con fuerza antes de que su hermana golpeará contra el suelo.

—¡Maricarmen! —Manolo se puso de pie, mirando a su hermana tirada en

el suelo con ojos desorbitados.

Dany se puso a gritar, asustada, provocando que la atención de todos se dividiera entre ellas dos.

—¡Dios mío, ¿qué tiene?! —chilló Marijó, intentando consolar a Dany al mismo tiempo que se acercaba a ver a Maricarmen, y Zarah vio en ella por primera vez un atisbo de la niña que solía conocer.

—Se ha desmayado —contestó Zarah, intentando cargar a su hermana en brazos, dispuesta a llevarla hasta el sofá de la sala.

Y sorprendida, se dio cuenta de que era capaz de hacerlo.

Bien, al menos el ejercicio había ayudado a hacerla un poco más fuerte, antes se habría desplomado con su hermana como un pino de boliche tumbado por otro.

—Marijó, rápido ve a buscar a papá y mamá... ¡Marijó, hazlo ya!

Marijó se había quedado paralizada, tan pálida como se había puesto Maricarmen, y por un momento Zarah temió que también se desmayara, pero ante su grito pareció reaccionar y salió corriendo escaleras arriba.

—¿Qué le pasa, Zarah? —Manolo se asomó por la puerta de la cocina, con Dany a sus espaldas, ambos niños con sus rostros bañados de lágrimas.

—Maricarmen va a estar bien, chicos, no se preocupen. Por favor, Manolo, quédate con Dany en la cocina. Todo terminará enseguida... —Zarah miró a su hermana tendida en el sofá y se arrodilló a su lado, comenzando a desabotonar la camisa para ayudar a la circulación. Al menos tantos días seguidos en la enfermería le habían enseñado algunos trucos de primeros auxilios.

—¿Qué ha pasado? —escuchó los rápidos pasos de sus padres bajando a toda velocidad por la escalera.

La puerta se abrió en ese momento y por ella aparecieron Patrick y Raquel.

—Pensamos que tal vez podríamos ayudar —dijo Patrick, entrando sin anunciarse y dirigiéndose directo al sofá donde yacía Maricarmen.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó Marijó en tono hosco, caminando tras sus padres.

—Escuchamos lo ocurrido... —Patrick guardó silencio al notar la cara de enfado que le dirigieron los padres de Zarah y Marijó.

—¿Nos están espiando? —preguntó Miguel, intentando controlar el enojo en el tono de su voz.

—¿Cómo sabríamos si la princesa está bien si no es así? —intentó defenderse Patrick.

—¡Eso es un total abuso...!

—Ahora no es momento de discutir. Debemos llevar a la chica al hospital. —Raquel se dirigió a los padres de Zarah, quienes ya rodeaban a Maricarmen, intentando en vano reanimarla llamándola por su nombre y golpeando con suavidad sus mejillas.

—Vamos a llamar una ambulancia —musitó Miguel, después de cerciorarse por sí mismo de que Maricarmen no respondía.

—No, tardará demasiado. Vamos a llevarla nosotros al hospital —dijo Miranda, con voz autoritaria—. Zarah, pon en marcha la camioneta. Marijó, ayúdanos a tu padre y a mí a llevar a tu hermana al auto.

Zarah no esperó y salió corriendo a toda velocidad para hacer lo que su madre le había pedido.

Patrick se adelantó para echar una mano, pero Miranda le dirigió una mirada asesina que dejó en claro que no deseaba que se acercara a su hija.

—Solo intentábamos ayudar... —musitó Raquel. Por primera vez parecía

dolida, vulnerable ante la expresión de enfado que le dedicaban.

—No queremos nada de ustedes —gruñó Marijó, y dirigiéndole la más despectiva de las miradas a Raquel, añadió—. Y mucho menos de ti. No sé cómo te atreves a pisar esta casa después de lo que tu madre le hizo a nuestra hermana.

Raquel se quedó en silencio, observando al grupo alejarse por la puerta.

—Ella no lo dijo en serio. —Patrick, a su lado, intentó posar una mano sobre su hombro, pero cuando iba a tocarla, Raquel ya se había marchado.

—Solo larguémonos de aquí. No sé en qué pensamos al venir a ayudar, es obvio que no nos querrán a su lado. En cada discusión que han tenido han dejado en claro lo mucho que nos odian.

—Odian a La Capadocia —aclaró Patrick—. No a nosotros.

—Nosotros somos La Capadocia, Patrick —masculló Raquel, dirigiéndose a la puerta—. Es a nosotros a quienes odian. Y no sé tú, pero no pretendo ayudar a alguien que me desprecia.

Zarah bajó del asiento tras el volante al ver llegar corriendo a su padre, llevando en brazos a Maricarmen. Miranda, a su lado, cuidaba la cabeza de la joven con tanta delicadeza como si temiera que las sacudidas pudieran desnucarla, mientras Marijó corría tras ellos llevando el bolso de su madre colgado al hombro.

Relegando el lugar a su padre, una vez que él hubo dejado a Maricarmen a salvo en el asiento trasero, Zarah observó a su madre acomodarse en el piso junto a su hermana.

—Chicas, quédense aquí y cuiden de sus hermanos —les pidió Miranda, sin descuidar a Maricarmen—. Zarah, llama a Javier y dile que se venga a casa directo del trabajo. Las llamaremos en cuanto sepamos algo.

Zarah asintió, observando con miedo a la camioneta alejarse por la entrada principal. Le hubiera gustado ir con su hermana, pero sabía que no sería de ninguna ayuda yendo con ellos. Al contrario, en casa sus hermanitos la necesitaban, y por el desconsuelo que leyó en el rostro de Marijó, era claro que ella también.

Por mucho que su hermana la odiara...

Al entrar en casa, notó que tanto Patrick como Raquel habían desaparecido. Igual que Allan, eran incapaces de dejar notas o hacer una llamada telefónica para avisar sobre su paradero.

Pero en ese momento se sentía demasiado conmocionada como para

preocuparse por eso, por lo que se dio prisa en asegurarse que sus hermanos estaban bien antes de tomar el teléfono y llamar a Javier.

Por suerte su hermano mayor iba saliendo para su casa, por lo que estaría allí en un par de horas, si el tráfico no era muy pesado.

Las distancias en la ciudad de México realmente podían ser... asquerosas. No había otra palabra para describirlo.

—Yo lavaré los platos de la cena y guardaré todo. Tú puedes ayudar a los chicos a irse a la cama —le dijo Marijó sin verla.

Zarah se acercó a su hermana y la abrazó. Marijó luchó por zafarse en un principio, pero finalmente se dejó hacer, sin dar ninguna señal de emoción más que un par de lágrimas solitarias que escaparon de sus ojos.

—Ya vete —le dijo, cuidando de que no se notara el dolor en su voz, usando un tono demasiado ronco para ella—. Si llaman del hospital te avisaré.

Zarah asintió, dirigiéndose a las escaleras a paso lento y cansado. Ese día era un asco sin duda.

Encontró a Manolo y a Dany sentados en el saloncito de juegos frente al televisor. Estaban viendo unas caricaturas que Miranda les tenía prohibido ver por el alto grado de violencia contenida en ellas, pero Zarah decidió no hacer nada al respecto. Al menos eso había ayudado a distraerlos y distanciarlos un poco de la realidad. Y debía admitir que le habría encantado hacer lo mismo, aunque fuera por un momento...

Cuando terminó el programa de dibujos animados, Zarah ayudó a sus hermanos, o mejor dicho, obligó a sus hermanos menores a tomar un baño y a irse a la cama. Le tomó lo que se sintió como siglos conseguir que se durmieran, pero finalmente los niños sucumbieron al sueño.

Cuando salía del cuarto de Dany, tras leerle una de sus historias favoritas (por su autismo, Dany solía tener serios problemas para conciliar el sueño,

por lo que solía dormir con su perra golden retriever para hacerle compañía), pasó frente a la habitación de Manolo para cerciorarse de que había conciliado el sueño y no se había escabullido de su habitación para ver la televisión como en otras ocasiones.

Gracias al cielo el niño dormía, por lo que siguió de largo. Vio luz en el cuarto de sus padres, supuso que Marijó debía encontrarse allí, pero por ahora no deseaba hablar. Todo cuanto quería era estar sola, aunque fuera por un momento.

Zarah entró en su habitación y se dejó caer sobre la cama, sintiendo que las lágrimas inundaban sus ojos. Deseaba desaparecer, escabullirse de la realidad, alejarse de todo aquello... Si tan solo pudiera disolverse en el aire...

Nada más lo pensó algo extraño sucedió. De pronto se encontró medio sumergida en el colchón de la cama, como si se tratase de una especie de caja de mago que dejaba ver solo su cabeza y sus pies a los extremos.

Por más extraño que fuera resultaba bastante divertido. Si hubiera sido otra persona, incluso una ocasión distinta, estaría riendo... Aunque no había razón para no intentar hacerlo.

No le había vuelto a suceder algo así desde el día de su cumpleaños. Si podía contar con una habilidad como esa, los entrenamientos serían otra cosa. Tal vez con esa habilidad podría evitar recibir tantos golpes.

Se dio la media vuelta y con sorpresa observó en derredor, los resortes del colchón le regresaron la mirada.

—¡SANTA MIERDA! —Escuchó un grito que la hizo caer de golpe contra el piso.

Gateando se asomó por debajo de la cama para atisbar los talones de Javier corriendo a toda velocidad hacia la cama.

—¡Zarah! ¡Zarah, contéstame!

—Javier, aquí estoy —Zarah asomó la cabeza bajo la cama—. ¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? —rugió Javier, respirando de forma agitada—. ¡Por un demonio, Zarah, casi me provocas un infarto! —gritó él, cogiéndola del brazo para ayudarla a salir—. ¡Por un momento pensé que te habían encontrado esos Raya y te habían descuartizado! Cuando vi tus piernas flotando en la nada... ¡¿Qué demonios fue eso?! No estoy alucinando... ¿o sí? —Arqueó una ceja, confundido.

—No, Javier... Yo... puedo traspasar cosas... creo. —Se encogió de hombros—. No sé cómo, pero puedo hacerlo.

Él la miró fijamente y por un momento Zarah sintió bastante empatía por los bichos expuestos bajo un microscopio.

—Genial —dijo él al fin, sonriendo.

—¿Genial? —Zarah esbozó una mueca, poniendo los brazos en jarra—. ¿Es todo lo que vas a decir?

—Oye, cualquier cosa sería genial contra la posibilidad de saberte muerta. —Él posó una mano sobre su hombro—. Excepto tal vez que te unas al ejército.

Zarah rio, sabía que para su hermano no podía existir nada peor que el ejército.

—Bien, oye... yo quería hablar contigo. —Javier adoptó la pose seria de hermano mayor, cruzándose de brazos contra el pecho—. Maricarmen está mejor. Papá y mamá te mandan saludos, puede que se queden a pasar la noche en el hospital, pero es solo por prevención.

—Qué bien. —Zarah exhaló aire, sintiéndose aliviada—. ¿Saben qué ocurrió?

Javier negó con la cabeza.

—Nos dirán bien mañana, cuando lleguen. Por ahora debes irte a la cama, mañana hay escuela.

—Bien... ¿Marijó está dormida?

—No, me dijo que tenía que estudiar.... Por cierto, hablé con ella sobre lo sucedido. Se siente muy mal por lo que te dijo...Tal vez deberías ir a hablar con ella.

—Aquí estoy, si ella quiere hablar, debería ser ella quien viniera.

—Zarah, tú eres la mayor. Eres tú quien debe ser madura en este momento.

—Supongo que sí. —Zarah frunció el ceño, agachando la mirada.

—¿Necesitas hablar?

—No —contestó, acercándose a su bolso de gimnasia, donde ahora llevaba sus cosas para el entrenamiento.

—Zarah, Marijó pasa por un mal momento. Está demasiado sensible...

—Lo sé, Javier —le dijo de forma más cortante de la que deseaba.

—Ella es solo una niña, Zarah. Trata de comprenderla.

—Seguro, lo haré. —Sonrió de la forma más sincera que consiguió—. ¿Te importa si continuamos esta conversación mañana? Estoy muy cansada.

—Tenlo por seguro. —Le dio un golpe juguetón en el hombro, el que le daría un chico a otro chico—. Y si necesitas hablar, ven conmigo. No te ocultes bajo la cama, como cuando eras pequeña.

—¿Ocultarme bajo la cama? —Ella arqueó una ceja, confundida.

—Sí, ya sabes, te escondías por horas bajo la cama y solo permitías que mamá te sacara de allí. Cogías su collar y te quedabas observándolo por horas, acunada en su regazo, hasta que te quedabas dormida... ¿No lo

recuerdas? —preguntó confundido al notar su contrariedad.

—No...

—No es importante, no te preocupes. Después de lo que viviste, mamá decía que era lógico que te sintieras tan confundida.

—Sí, supongo... —Zarah frunció el ceño, forzándose por recordar, pero sencillamente no podía hacerlo.

—Nos vemos mañana, Zarah.

—Hasta mañana.

Zarah se dejó caer una vez más sobre la cama, aunque no tenía nada de sueño. Habían sucedido demasiadas cosas ese día... Pero sencillamente no podía dormirse quedándose peleada con Marijó, por lo que se levantó y se dirigió a la habitación de su hermana.

Tocó un par de veces a la puerta y al no obtener respuesta abrió, pero ella no estaba allí. De camino de vuelta a su habitación vio luz encendida en la habitación de Dany y supuso que la pequeña se había despertado, como solía ocurrirle, pero al abrir la puerta la encontró profundamente dormida en su cama, abrazando a su adorada perra.

Escuchó un extraño ruido proveniente desde el interior del vestidor, seguido de una maldición.

Marijó.

Cuidando no despertar a su hermanita, Zarah atravesó a paso rápido la habitación y abrió la puerta del vestidor.

Marijó, de puntillas sobre un diminuto banquillo de juguete, intentaba en vano abrir la caja fuerte de sus padres.

—¿Qué estás haciendo? —Zarah preguntó en un susurro, cuidando de cerrar tras ella para que Dany no se despertara con sus voces.

—Estoy intentando sacar mis joyas de aquí dentro —masculló la chica, apretando varios números en el dispositivo—. No es mucho lo que tengo, pero ayudará en algo a nuestros padres.

—Marijó, no tienes que hacerlo...

—¡Sí, sí tengo! —Se volvió, sus ojos humedecidos por las lágrimas—. Escuché a Javier hablando con papá en el teléfono, la cuenta del hospital les saldrá por un ojo de la cara y ya están quebrados. Maricarmen tiene una especie de anorexia o algo así, y necesitará un tratamiento muy largo...

—¿Maricarmen...? ¿Pero cómo...?

—¡Las malditas modelos! —Marijó se puso a llorar de lleno sobre el estante en el que se apoyaba para alcanzar la caja fuerte—. ¡Esas malditas escuálidas hijas de...! —Su voz se quebró—. Le metieron en la cabeza a Maricarmen que tenía que bajar de peso para continuar trabajando. ¡Envidia es lo que tenían! ¡Ella es tan bonita y perfecta...! Pero la tonta nunca me escuchó, y mira cómo ha terminado ahora...

Zarah sintió que el alma le abandonaba el cuerpo. No tenía idea de nada de eso. Había estado tanto tiempo fuera de casa que el problema de Maricarmen le había pasado completamente desapercibido...

—No puede ser...

—Lo es. Maricarmen está mal, está grave... Puede morirse...

—No, Marijó, Maricarmen no va a morir. —Zarah posó una mano sobre su hombro. Por primera vez Marijó se volvió y la miró a los ojos, bañados por las lágrimas.

—Ya te perdí a ti... —le dijo en un sollozo apagado—. No quiero perder también a Maricarmen.

Zarah sintió que las lágrimas se atoraban en sus ojos y sin detenerse a pensarlo, abrazó a Marijó con todas sus fuerzas. Su hermana se puso a llorar

como Zarah no recordaba haberla visto desde que era una niña pequeña. La consoló en silencio, intentando demostrarle en ese abrazo silencioso cuánto la quería, cuánto significaba para ella, que allí estaba para ella...

—Todo va a estar bien, Marijó —Zarah le dijo cuando los sollozos fueron apaciguándose—. Tú no me has perdido, Marijó. Aquí estoy para ti, y siempre estaré para ti. Al igual que Maricarmen.

Marijó se apartó lo suficiente para mirarla a los ojos, pasándose el dorso de la mano por el rostro y la nariz.

—Siento lo que te dije, Zarah... No fue en serio.

Zarah sonrió, acariciando la mejilla de su hermana y secando unas cuantas lágrimas teñidas de negro por la máscara de pestañas.

—Lo sé. Olvídalo ya, está en el pasado.

—Yo sé que he sido una mierda contigo... —Marijó agachó la vista—. No lo hago a propósito... Yo solo...

—Te entiendo, a mí me pasa igual. Últimamente soy más mierda de lo que jamás pensé poder llegar a ser con la gente que quiero. —Marijó levantó la vista, extrañada.

—Tú eres *santa Zarah*, no matas ni una mosca.

Zarah rio, cubriéndose la boca con la mano para no despertar a Dany.

—¿Es eso lo que piensas de mí?

—Pues claro... —Marijó se encogió de hombros—. Yo y todo el mundo... Supongo que por eso es tan difícil de creer que tengas que ser una súper Alma Azul toda poderosa guerrera y eso...

Zarah rodó los ojos, negando con la cabeza, pero sin dejar de sonreír.

—Solo soy yo, Marijó. La misma de siempre. Si he sido un Alma Azul, lo he sido toda mi vida. Patética o no.

—Sí, siento haberte dicho eso... Aunque no fuiste nada patética cuando sacaste volando a ese par de chicas en el colegio —sonrió—. De hecho, fue bastante genial.

Zarah rio también.

—Lo sé —admitió al fin lo que realmente sentía al respecto—. Aunque Allan no pensó lo mismo.

—Él desea que siempre seas un tierno gatito y no dejes salir a la leona que llevas dentro. Además, incluso él admitió que fue bastante genial. Aidan me lo contó.

—¿En serio? —Zarah rio cuando Marijó asintió, sonriendo divertida—. Bueno, aunque no hubiera sido así, igual no me arrepiento. Esas chicas se lo tenían merecido... —Zarah sonrió, pero Marijó no correspondió a su sonrisa.

—Todo fue por culpa de Clarissa...

—¿Clarissa? —Zarah frunció el ceño, sin comprender a dónde iba con ello.

—Fue Clarissa la que inició todo... —le explicó Marijó en voz baja—. Le conté lo de mi mamá... Mi verdadera mamá —aclaró—. Prometió no decir nada, pero lo hizo... Es una traidora...

—Seguramente se le escapó. —Zarah intentó hacerla sentir mejor abrazándola por los hombros.

—No, no lo hizo. Lo dijo a propósito. —Las palabras de Marijó estaban teñidas de rencor y dolor—. Todo con tal de ganarse popularidad entre las chicas mayores cuando esas estúpidas de Fernanda y Paola le dijeron que la invitarían a la graduación de último año si les contaba la verdad...

—¿La verdad?

—Sobre Allan y tú... Ellas no podían creer que realmente fueran novios

—suspiró—. Clarissa es una completa idiota. Y yo también por confiar en ella.

—Marijó...

—Ya no quiero hablar de eso. Como sea, la idiota fui yo por confiar en ella.

—No, no lo fuiste. Confiaste en una amiga, y esa amiga te defraudó. Tienes todo el derecho de sentirte enojada... y herida.

Marijó asintió en silencio, fijando la vista en sus pies descalzos.

—¿Le has contado esto a alguien más? —le preguntó Zarah.

—No. —Marijó negó con la cabeza—. Es demasiado humillante.

—No, no lo es. —Zarah apoyó una mano sobre su hombro—. Me alegra que me lo contaras. Ahora podré darle una patada en el trasero a esa chica la próxima vez que la vea.

Marijó rio, alzando la vista por primera vez.

—Estás loca, hermana —sonrió—. Pero está bien, puedes alegar locura temporal después de hacerlo. Solo asegúrate de no tropezar con tus propios pies antes de darle el golpe.

Zarah rio con fuerza y Marijó debió cubrirle la boca con la mano para evitar que las escucharan. Igual que cuando eran pequeñas y se quedaban despiertas hasta tarde, contándose cuentos de terror que las hacían reír a carcajadas en lugar de asustarlas.

—Creo que será mejor irnos a dormir —le dijo Zarah, tras unos minutos, cuando por fin consiguieron calmarse—. No creo que podamos hacer gran cosa en lo que queda de la noche, y mañana debemos ir a la escuela.

—Eso no es del todo cierto, el sitio que conozco abre toda la noche. El problema es que no consigo abrir esta maldita caja fuerte.

—¿Qué sitio conoces que abre toda la noche?

—*Hello*, Zarah, concéntrate en lo importante. —Marijó señaló la caja fuerte.

—Tal vez podamos vender el auto que me dio el abuelo —pensó Zarah—. Después de todo, está nuevo —y así era, sus padres le habían prohibido usarlo por lo llamativo que era. Si no tenían dinero para pagar la cuenta de teléfono, mucho menos para pagar un secuestro exprés cuando llamara la atención de todas las bandas de la ciudad paseándose en ese auto de lujo.

—Eso podría funcionar, te darían bastante por él... ¿Pero crees que te pidan los papeles y esas cosas de las que siempre habla papá?

La boca de Zarah cayó abierta. Su padre había vendido hacía poco su automóvil y para ello necesitó una serie de documentos que no tenía en su poder. Empezando por el hecho de que era menor de edad y el auto estaba a nombre de su abuelo.

—Creo que no. Volvemos a la caja fuerte, entonces. —Marijó estiró la mano para alcanzar los números.

—Espera, si metes la clave incorrecta tres veces, la bloquearás —le dijo Zarah.

—¿Qué haremos entonces? Mamá abrió la caja hace poco contigo, ¿viste la clave?

—No...

—Bien, así vamos muy bien—suspiró Marijó, sarcástica, dejándose caer al piso, rendida.

Zarah miró la caja una vez más, al mismo tiempo que una idea venía a su mente.

Sin detenerse a pensarlo demasiado, se concentró en la sensación que

había experimentado unos momentos atrás y estiró la mano...

Y para su sorpresa su mano atravesó por el metal de la caja fuerte como si fuera la de un fantasma.

Concentrándose en permanecer de ese modo (no sabía exactamente qué podía ocurrir, pero definitivamente no quería terminar con la mano cercenada), tanteó en el interior hasta dar con una caja y la sacó con ella.

Era pequeña, de madera, decorada con dibujos infantiles. Su cajita de joyas.

—Perfecto —sonrió, admirando la cajita como si se tratara de un tesoro.

—¿Cómo lo has conseguido? —Marijó la miró con ojos desorbitados, poniéndose de pie para ver a la caja fuerte—. ¡Pero si está cerrada!

—Shhh. —Zarah cubrió su boca con la mano—. Vamos a mi habitación y podremos buscar aquí dentro lo que necesitamos.

—No tenemos tiempo para eso. Debemos irnos ya... ¿Crees que podemos usar tu auto? —Una sonrisa llena de emoción curveó sus labios.

Zarah sonrió también y asintió.

—Alguna vez debo estrenarlo. —Se encogió de hombros.

—Bien, debo hacer una llamada y partimos. Espérame en el auto. Espera... —Marijó la detuvo antes de que Zarah pudiera marcharse—. ¿Qué es eso?

Zarah observó el costado de la cajita de joyas. Había un papel pegado. Una fotografía.

—¿Mamá guarda fotos allí dentro? —preguntó Zarah, despegando la foto, que se había pegado con los restos de una cinta adhesiva a la cubierta de madera.

En ella se notaba con claridad a dos mujeres sonriendo a la cámara. Una

de ellas era su madre, a la otra no la conocía.

—Supongo, si encontraste esa foto allí dentro...—contestó Marijó—. ¿Quién es esa mujer? ¿La conoces?

Zarah negó con la cabeza, sin dejar de observar a la mujer desconocida que sonreía a la cámara de pie al lado de su madre.

Era una mujer joven y muy hermosa, de grandes ojos verdes y cabello rubio suelto a la altura del hombro. Llevaba puestas gruesas gafas de montura negra e iba vestida con un elegante traje sastre con anchas hombreras, que ahora estaría muy pasado de moda. Su sonrisa era bastante agradable, al igual que su mirada. Algo había en ella que llamó la atención de Zarah, aunque no pudo identificar de qué se trataba.

—«Maestra Angélica y yo durante nuestro último día de clases en la universidad» —leyó Marijó en el reverso del papel.

—¿Maestra Angélica...?

—¿No es esa la maestra de la que mamá siempre habla? —preguntó Marijó—. Aquella que le enseñó a amar las culturas antiguas y que terminó siendo su mentora y amiga, y bla, bla, bla...

—Sí, creo que es ella... —Zarah miró por última vez la fotografía antes de dejarla sobre una superficie del armario—. Vamos Marijó, no debemos perder más tiempo, es tarde.

—Vale. —Marijó se adelantó para salir—. Voy a hacer la llamada, no tardo.

—De acuerdo. —Zarah echó una última mirada a la fotografía antes de seguir a su hermana fuera del vestidor.

Algo había en el rostro de esa mujer que le llamaba la atención a un grado de resultarle difícil dejar de verlo... ¿Pero qué?

Antes de salir, Zarah se dio prisa en meter el contenido de la cajita en una vieja bolsa de terciopelo para zapatos que encontró arrinconada. Llevarla de ese modo sería mucho más sencillo que cargar con ella.

Cuando llegó abajo, descubrió que Marijó aún seguía en su habitación, por lo que se dio prisa en sacar el auto y esperarla afuera con el motor encendido. Javier se había quedado tan profundamente dormido en la habitación de sus padres con la televisión encendida, que no escuchó el sonido del portón al abrirse ni el motor del auto al encenderse.

—¿Por qué tardaste tanto? —le preguntó a su hermana cuando por fin Marijó abrió la puerta del auto.

—Tenía que asegurarme que el sitio a donde vamos a ir está abierto —contestó Marijó, subiendo al lugar del copiloto—. Vamos, date prisa. Es un poco lejos.

—¿A dónde vamos exactamente?

—Lo sabrás cuando lleguemos —contestó Marijó, colocándose el cinturón.

Zarah decidió no hacer más preguntas y aceleró. Mientras antes partieran, antes regresarían, con suerte sin que su hermano ni sus padres se enteraran de su ausencia.

Se pusieron en marcha rumbo al norte de la ciudad. Zarah nunca había conducido por esos rumbos de la ciudad, y debía confiar plenamente en las

instrucciones que Marijó le iba dando. Su hermana, por otro lado, parecía conocer muy bien esos barrios.

Después de lo que pareció una eternidad, se detuvieron en una solitaria construcción sin terminar a las afueras de la ciudad. Todo cuanto les rodeaba eran locales similares, a medio levantar, y varias bodegas rodeadas de terrenos baldíos.

—Esto me da mala espina —musitó Zarah, deseando pisar el acelerador y escapar de allí antes de que una banda de narcotraficantes les saliera al paso.

—No es el sitio más lindo de la ciudad, pero qué esperabas de un lugar que atiende las veinticuatro horas —dijo Marijó, abriendo la puerta del auto.

—¡Marijó, espera! —Zarah bajó también, alcanzando a su hermana cuando se detenía a tocar el timbre del único local con luz. Un excéntrico sitio mal pintado con pintura barata verde agua e iluminado con carteles de neón que rezaban: «*COMPRA Y VENTA DE TODO. Sin preguntas*».

—Marijó, vámonos de aquí —gruñó Zarah, tomando a su hermana por el brazo e intentando llevarla consigo de vuelta al auto.

La puerta se abrió en ese momento, y un hombre joven de aspecto terrorífico apareció ante ellas.

Zarah debió tragarse un grito al notar la enorme cantidad de *piercings* que le atravesaban la cara: las cejas, la nariz, la boca, cada centímetro de las orejas... ¡Ese hombre era un alfiletero humano!

—Hola, somos...

—¿Marijó? —preguntó el hombre, antes de que Marijó pudiera presentarlas.

Marijó asintió, mirando de reojo a Zarah, quien todavía observaba boquiabierta al hombre ante ellas.

—Estábamos esperándolas.

—¿Ah sí? —Zarah frunció el ceño.

—Talo nos dijo que vendrían. —El hombre abrió el candado que cerraba la reja de la entrada y se apartó para dejarles paso—. Entren, por favor.

Zarah miró con aprensión a Marijó, negando con la cabeza, pero su hermana la ignoró olímpicamente, apurándose en dar un paso hacia el interior del local.

Sin poder hacer más, Zarah la siguió, maldiciendo por lo bajo.

—Aguarden aquí, por favor —les pidió el alfiletero humano, desapareciendo tras una cortina.

—¿Marijó, qué sitio es éste? —Zarah no perdió oportunidad para interrogar a su hermana—. ¿Y quién es Talo?

—Talo es un amigo. —Marijó parecía incómoda, pero intentaba aparentar que no era así—. Fue él quien me habló sobre este sitio.

—¿Qué amigo? ¿No conozco a ningún Talo?

—Tú no conoces a todos mis amigos. —Marijó rodó los ojos—. Cálmate, ¿quieres? Talo me aseguró que este sitio es de fiar, lo maneja un tío suyo. Me dijo que podía venir cuando quisiera, de día o de noche.

—¿Y qué hay de eso de *sin preguntas*? —Zarah la miró con su mejor cara de hermana mayor enojada—. ¿Te parece un sitio muy legal que digamos?

—Claro que no —bufó Marijó—. Si lo fuera no podríamos estar aquí. Somos menores de edad ¿recuerdas?

Zarah resopló, era cierto. *Maldición.*

—De cualquier forma, pudimos ir a otro sitio, Marijó. Pedirle a Javier que vendiera las joyas por nosotras... Cualquier cosa menos a venir a este sitio que parece salido del infierno...

—Ya deja de hablar como en una de esas películas en blanco y negro que tanto te gustan y relájate. No va a pasarnos nada... Y deja de poner esa cara, solo a Javier le resulta poner la cara de hermano mayor.

Zarah rodó los ojos.

—Piensa, Zarah, Javier no querrá que vendamos nuestras cosas, hará lo imposible por ser él quien pague todo, como siempre. Tenemos que hacer esto, y Talo me aseguró que nos darían el mejor precio por lo que fuera que trajéramos. En cualquier otro lugar nos darán una mierda. Además, no nos harán preguntas.

—No somos ladronas.

—No, pero como te dije, somos menores de edad. Al menos para los terrícolas.

—¡No soy un alienígena, Marijó!

—Como sea. Este es el único lugar donde podemos ir solas y sin que nadie se entere. Y mejor que nuestros padres no se sepan de esto o estaremos castigadas hasta el último día de nuestras vidas.

—Supongo que sí... Pero, si es así, ¿por qué no vendemos de una vez el auto?

—Eso no. —Marijó frunció el ceño—. ¿De dónde crees que esta gente podría reunir la cantidad necesaria para pagar un auto como el tuyo? Te darán una miseria por ese bebé. No, no, no y no. Además, lo necesitamos para volver a casa.

Zarah aspiró hondo, admitiendo que tenía razón.

—Chicas, hola. Soy Rubén, el dueño de este lugar y tío de Talo. —Un hombre robusto de piel morena, vestido con una camiseta de manga corta que dejaba a la vista una larga hilera de tatuajes, salió a su encuentro—. Talo me habló de ustedes, bienvenidas. Tú debes ser Marijó, ¿no es así? —Se acercó a

su hermana con una mano estirada para saludarla—. Supuse que ya no venían.

—De eso nada —Marijó correspondió al saludo—, mi hermana maneja como una anciana, pero es seguro que lleguemos a donde sea. Tarde, obviamente, pero seguro.

—¡Oye! —rugió Zarah, dándole a su hermana un golpe en las costillas.

—No te molestes con tu hermana, es solo una broma —intercedió el hombre, saludándola ahora a ella—. Lo importante es que ya están aquí. Por favor, síganme por aquí —las llamó antes de desaparecer tras la cortina.

—Marijó, no creo que debamos ir. —Zarah atrapó el brazo de su hermana, que ya partía tras el hombre—. Vámonos de aquí, por favor.

—¡No! Zarah, ya te lo dije, este sitio es seguro.

—No me da confianza.

—No tienes nada de qué preocuparte, Talo me dijo que él viene aquí todo el tiempo, es muy seguro.

—¿Y ese Talo es de fiar realmente? ¿Sabes a qué se dedica? ¿Sabes tú cuántos tipos se hacen pasar por amigos de chicas inocentes y luego las venden como mercancía? ¿Se llama trata de blancas!

—Claro que lo sé, Zarah, y él no es así. No te portes como mamá...

—¡Marijó!

—Este no es el momento para discutir, Zarah. ¿Vamos a vender esto para ayudar a nuestros padres o no?

Zarah exhaló, fijando los ojos sobre el saquito de terciopelo en el que había vaciado el contenido de su cajita de joyas.

—Sí, hagámoslo —dijo al fin—. Pero después de esto, me deberás contar todo sobre ese tipo y qué es lo que haces teniendo a gente como él entre tus amigos.

—Sí, sí, sí... —masculló Marijó de mala gana, siguiendo al hombre que las esperaba con un gesto de impaciencia en el rostro.

Tras la cortina encontraron un pasillo muy oscuro a través del cual el hombre les pedía que lo siguieran, aumentando el temor de Zarah. La única iluminación provenía de un solitario foco al final del pasillo que otorgaba una raquítica luz que apenas les alumbraba lo suficiente para no tropezar en el desnivelado piso de tierra apisonada.

—Vamos chicas, las estoy esperando —llamó el hombre, Rubén, desde el otro lado del pasillo.

—Esto no me gusta —musitó Zarah, cuando comenzaron avanzar.

—Exagerada —masculló Marijó, aunque su voz sonaba tan nerviosa como la de su hermana.

—Estamos locas por venir aquí. Cualquiera aseguraría que estamos locas por venir aquí.

—Puede ser, pero no cualquiera va acompañada por una hermana Alma Azul.

Zarah sonrió ligeramente, aunque su sonrisa se desvaneció nada más tocó las esquinas de su boca.

—Zarah, confía en mí. Este sitio es seguro. —Marijó intentó hacerla sentir mejor—. Además, tenemos que hacerlo. Es lo que acordamos, ¿no es así?

Zarah inspiró hondo, asintiendo con la cabeza. Ojalá fuera más sencillo conseguir la ayuda que su familia necesitaba...

Entraron en una amplia habitación iluminada vagamente por una solitaria luz proveniente desde algún rincón en el techo. Objetos de todas clases decoraban las paredes y las vitrinas, empotradas contra los muros.

Ese sitio estaba repleto de toda clase de cosas. Vidrieras, estanterías,

repisas, incluso el techo, todo estaba hasta reventar de artículos de todas clases, desde antiguas muñecas de porcelana hasta armas de fuego.

Zarah tragó saliva al ver la colección de distintas armas desplegadas ante ella. De haber sido ese momento hace un año, estaba segura de que se habría desmayado. Y aunque el entrenamiento y el conocimiento de las armas Capadocia la habían insensibilizado un poco, no podía dejar de pensar en lo perturbador que resultaba ver ese arsenal allí mismo, al alcance de quien lo quisiera...

—Por favor, acérquense —las llamó Rubén, colocándose tras una mesa con vidriera debajo.

Zarah así lo hizo, codo a codo con Marijón, quien no parecía dudar ni un momento de que esa era una buena idea.

Ella solo deseaba terminar de una vez con todo eso para salir de allí y poder estrangular a su hermana de una buena vez por haberla llevado a ese sitio macabro salido del infierno.

Una puerta lateral se abrió en ese momento y por ella entró el mismo hombre de los *piercings*, llevando un extraño aparato en la mano.

—¿Qué estás haciendo...? —gruñó Zarah cuando él comenzó a pasar sobre ella el aparato.

—No te ofendas, dulzura. Es solo rutina. —El tipo alfiletero le dedicó una sonrisa que le provocó calosfríos—. Tenemos que asegurarnos que no traigan armas ocultas.

—¿Armas? —Zarah sintió su furia encenderse—. ¿Para qué traeríamos armas?

—Zarah, ya déjalo —le susurró Marijón, dedicándole una mirada un tanto preocupada.

Zarah inspiró hondo intentando calmarse. No deseaba lanzar a ese tipo de

un golpe contra la pared. Aunque la idea de arrancarle todos los *piercings* de una vez parecía tentadora...

—Disculpen las molestias —intervino Rubén—. Este es un sitio con muchos objetos valiosos, debemos asegurarnos que no pretendan robarnos. ¿Lo comprenden, no es así?

—No —gruñó Zarah.

—Sí —contestó al mismo tiempo Marijó, apretando con demasiada fuerza el brazo de Zarah—. Adelante, pasen esa cosa por encima de nosotros, no pasa nada.

—Detector de metales —aclaró el tipo alfiletero, retomando su camino por encima del cuerpo de Zarah con el extraño aparato.

Zarah prácticamente lo fulminó con la mirada cuando él asintió con una sonrisa al terminar de explorarla, antes de dirigirse a su hermana menor.

—Están limpias —declaró al fin, haciéndose un paso hacia atrás.

—Excelente —sonrió Rubén, de pie tras el mostrador, estirando una mano—. Veamos qué nos han traído.

—Bien... —Zarah tomó el saquito de terciopelo de su bolsillo.

—Por favor, acérquense, no sean tímidas. —Las empujó el alfiletero contra el mostrador—. Puede que encuentren algo que les interese.

—Lo dudo —gruñó Zarah, notando con molestia que Marijó parecía no perder detalle de los extraños objetos dispuestos bajo el vidrio que cubría al mostrador.

Zarah se negó a echar una sola mirada. Mientras menos recordara de ese lugar le sería más sencillo olvidarlo.

—¿Qué me han traído? —repitió el otro hombre, dedicándole a su compañero una mirada de reproche.

—Un poco de todo —contestó Zarah, entregando el valioso saquito con sus pertenencias.

La verdad es que no recordaba con exactitud el contenido de su cajita de joyas. Había echado al saquito el contenido entero del cofrecito sin siquiera ver lo que había en su interior con tal de salir de allí antes de que Dany o Javier la descubrieran.

El hombre abrió el saquito y con cuidado comenzó a depositar las piezas contenidas en su interior sobre la superficie la mesa de vidrio.

Las joyas de Zarah brillaron bajo la luz del único foco. Había varias cosas de oro, la mayoría regalos que había recibido de su familia y amigos en sus quince años, donde es tradicional regalar alguna pieza de joyería.

El hombre se detuvo repentinamente al palpar algo en el interior de la bolsa. Con mayor cuidado, extrajo lo que fuera que llamó su atención y lo alzó frente a su rostro para verlo a la luz.

—Lo tengo —anunció de pronto el hombre, esbozando una amplia sonrisa.

—¿Qué es lo que tiene...? —Zarah se vio sorprendida cuando el tipo alfiletero le aferró el brazo izquierdo con fuerza y le arrancó el reloj—. ¡¿Qué crees que estás haciendo...?! —antes de poder hacer o decir nada más, el tipo hizo trizas el reloj al mismo tiempo que se encendía en una intensa flama verde.

—Un Capadocia... —musitó Marijó.

—No, dulzura. Un Raya —dijo el hombre, aferrándola a ella también y al segundo siguiente habían desaparecido, dejando tras ellos una voluta de humo verde.

Allan y Aidan entraron por el portal secreto del sótano de la casa-base donde se encontraba instalado el equipo a cargo del cuidado de Zarah.

Allan se dio prisa en subir la escalera con la intención de acudir al lado de su novia cuanto antes, llevaba demasiadas horas lejos de Zarah, necesitaba verla con urgencia.

Les había tomado mucho más tiempo del esperado el dar con la carta. Tanto, que Allan llegó a pensar que no existía. Pero Aidan estaba seguro de que él debía de tenerla e insistió en que continuaran buscando hasta dar con ella.

Eso fue bastante complicado, tomando en cuenta que en aquel entonces, Allan se encontraba viviendo en un sencillo apartamento, fuera del mundo Capadocia, y ahora todas sus cosas se encontraban embaladas en cajas, guardadas en una bodega de su actual casa, en Tierra de Libertad.

Dos horas después de abrir cajas, Aidan dio un grito de júbilo al encontrar un sobre diminuto, en cuya cubierta reconoció al instante escrita la delicada caligrafía de su madre.

Allan se dio prisa en leerla, demasiado preocupado por la seguridad de Zarah como para perder más tiempo:

*Querido Allan,*

*Tú no me conoces, pero yo conozco mucho de ti. Sé que eres el mejor amigo de mi esposo, que estuviste casado con su hermana menor, Mady,*

*y que has jurado esperarla hasta que renazca en una nueva vida. Y también sé que Mady ha renacido en mi hija, y por lo mismo, algún día tú y ella estarán juntos nuevamente.*

*Tú fuiste el primer amor en la vida de mi hija en un tiempo en el que no era mi hija.*

*La amaste tanto que ansío seas el nuevo primero amor de mi hija, ahora en esta vida, aunque tal vez yo no esté para presenciarlo.*

*Su vida corre peligro, Allan, y como madre, haré todo cuanto esté en mis manos para protegerla. El mundo es un lugar peligroso lleno de secretos, uno nunca sabe en quién puede confiar... Pero yo confío en ti, Allan. Y Zyanya también lo hará. Parte del gran secreto que guarda en su interior te pertenece, sin embargo, me temo que tendrás que descifrarlo primero.*

*En tus manos te encomiendo su seguridad, Allan. Eres el mejor amigo de mi marido, sé por él de las grandes hazañas de las que eres capaz. Sé que podrás protegerla de su destino, incluso de ella misma...*

*La clave de todo está en su interior. En su mismo corazón de Alma Azul, que sé ella posee...*

*Tú serás la tercera luz en su vida.*

*Su camino partió conmigo, aunque para ella no contará. Iniciará con su nueva madre, la primera luz en su nuevo camino. Continuará con su padre al llegar la mayoría de edad. Y debería terminar contigo, mi querido Allan.*

*Si las cosas no salen tal como las he planeado, he dejado en manos de mi dulce e inteligente hijo Aidan la salvación de su hermana. Cinco oportunidades tendrán, solo cinco. No lo olvides.*

*Si la sexta luz llega, la Zyanya que conoces y que amas, no*

*despertará...*

*Dejo su vida en tus manos y de aquellos que la aman tanto como yo.*

*Buena suerte, querido Allan,*

*Elizabeth.*

—¡Debemos volver enseguida! —Allan arrugó el papel en su mano, partiendo a la carrera sin dar ninguna explicación.

Aidan lo siguió, intentando obtener alguna explicación. Allan le había permitido leer la carta, sin embargo no comprendió el motivo por el cual parecía tan apurado en volver al lado de su hermana.

Allan abrió la puerta que comunicaba el sótano con la cocina de la casa y comenzó a llamar a sus amigos a gritos. Sin embargo, nadie contestó a su llamado.

—¿Qué ocurre? —Aidan se tensó, comenzando a compartir el mal presentimiento de Allan—. ¿No se supone que tu equipo debería estar aquí?

Escucharon un gemido ahogado y ambos corrieron hasta la sala de estar. Allí, inconscientes sobre la alfombra, yacían Alessandra y Jaqueline.

—¡¿Qué ha pasado?! —preguntó Aidan, mientras Allan corría al lado de las chicas, con la intención de auxiliarlas.

Alessandra se movió, gimiendo ligeramente.

—Allan, estamos bien... Ve con Zarah ¡deprisa! —musitó, antes de volver a caer desmayada.

Allan no lo pensó. Abandonó la casa lo más rápido que le permitieron las piernas, seguido por Aidan.

—Se supone que Patrick y Raquel deberían estar aquí —musitó, deteniéndose frente a la verja de la casa de Zarah, buscando a toda velocidad a sus amigos con su sentido de Kinam. Un par de siluetas inmóviles centraron

toda su atención —. ¡Por allá! —Partió a la carrera hacia unos enormes contenedores de basura al final de la calle. Abrió la tapa y descubrió en su interior a Patrick y Raquel, ambos inconscientes, atados y amordazados, dejados allí como basura.

—Zarah... —Allan escuchó la aterrada voz de Aidan a su espalda, intentando en vano que su hermana respondiera al comunicador que él le había dado.

Allan no esperó más, partió en vuelo hacia la casa de Zarah y entró por la ventana.

—A buena hora apareces, jovencita. —La luz se encendió y Allan se quedó boquiabierto al encontrar a Javier en la habitación de Zarah.

Los dos se miraron asombrados por una fracción de segundo antes de que ambos comenzaran a despotricar en una conversación llevada a gritos:

—¿Qué demonios estás haciendo en la ventana de la habitación de mi hermana?!

—¿Dónde está Zarah?! ¡¿Está ella aquí?!

—¡Si la has tratado de forma indecente, te juro que te voy a cortar el cuello y los cojones y a colgarte de ellos...!

—¡Necesito hablar con Zarah! —Allan saltó del alféizar donde había permanecido y entró en la habitación, pasando junto a Javier sin hacer caso a sus advertencias.

—¡Escúchame bien, que te estoy hablando, pedazo de...! —Javier lo detuvo por el brazo, pero Allan, demasiado preocupado por Zarah, se soltó con demasiada fuerza, llevando a Javier de bruces.

—Escúchame bien tú, muchacho —siseó Allan, aplicando una llave contra Javier e inmovilizándolo—. Tu hermana, ¿dónde está? Necesito verla, ¡ahora!

—¿Muchacho? —Javier intentó zafarse en vano—. ¿Quién te crees...? — Javier se quedó sin voz al ver ante sus ojos una transformación como no había visto ninguna: el Allan joven que conocía se trasfiguró en un hombre adulto, más alto y fornido. Las suaves curvas de la juventud de su rostro se desvanecieron, dejando paso a una mandíbula cuadrada y una nariz más pronunciada y recta, al tiempo que las comisuras de la boca se marcaban, así como algunas líneas en la frente.

El joven Allan había desaparecido. Ahora ante él había un hombre adulto.

Un hombre que tendría derecho de llamarle muchacho.

—Javier, Zarah corre peligro. —La voz de Allan era profunda, imperiosa, una voz de mando—. Debes decirme dónde está ella, ¡ahora! Esta vez Javier no titubeó.

—No lo sé... Ella y Marijó desaparecieron. También el auto de Zarah. Supuse que estaba contigo, que se habían ido de fiesta o algo así, la estaba esperando para reprenderla.

—Si ha ido con Marijó puede que no la hayan secuestrado —dijo la voz de Aidan, entrando por el pasillo.

—¿Pero qué es esto? ¿Tú también entras cuando se te da la gana? —gruñó Javier—. ¿Es que una casa ya no es privada?

—Tengo derecho, soy el hermano de Zarah, y él es... ¿Tú quién eres?

—Es Allan... creo —contestó Javier por él—. Más viejo.

—Aidan, ¿has conseguido contactar con ella? —intervino Allan, sin deseos de esperar más.

—No, el kanaan que le di no transmite nada... —Los ojos de Aidan se estrecharon, llenos de preocupación—. Pero tengo las coordenadas de su última ubicación.

—Bien, partamos enseguida. —Allan se adelantó hacia las escaleras, dispuesto a salir cuanto antes en busca de Zarah.

Patrick subió las escaleras en ese momento, cortándole el paso. Al verlo, su amigo por poco se va de espaldas, y hubiera terminado cayendo por las escaleras de no ser por los rápidos reflejos de Allan que lo sujetaron a tiempo por el cuello.

—Wow, capitán... Es raro verte así de nuevo, ya me había acostumbrado a tu carita de bebé —bromeó—. Buen look, por cierto.

—¿Qué encontraste? —lo cortó Allan.

—El piso de abajo está despejado, capitán —anunció, sujetándose un hombro maltrecho cuando se sostuvo por sí mismo una vez más.

Allan notó varias magulladuras en su cuerpo, seguramente había dado una buena pelea antes de que lo sometieran y amordazaran dentro de ese contenedor de basura.

—Hemos revisado la casa, los que nos atacaron no han estado aquí, Allan.

Raquel llegó por el corredor, encontrándose con ellos en el pasillo. Tenía un ojo morado y el labio roto, además del pelo desordenado y manchado con toda clase de cosas nauseabundas, sin embargo lucía completamente absorta en su deber, como siempre.

—Sin embargo, he encontrado esto en el vestidor de la habitación de Dany —añadió, entregándole la cajita de joyas de Zarah y una vieja fotografía.

—¿Qué es esto? —preguntó Allan, tomando ambas cosas.

—Ese es el joyero de mi hermana —contestó Javier, quien no les perdía el paso—. Esas chicas... Ahora entiendo.

—¿Qué cosa?—preguntó Aidan.

—Debieron ir a empeñar las joyas. Descubrí a Marijó hablando acerca de

eso por *Facebook* con uno de sus amigos. Le dije que no era necesario, pero supongo que debieron hacerlo de todos modos. Y a escondidas para que yo no las detuviera.

—¿A mitad de la noche? —Allan frunció el ceño—. Es muy extraño que una casa de empeño habrá hasta tan tarde, no creo que Zarah aceptara hacer algo así, sería demasiado riesgoso.

—Y estúpido —añadió Raquel—. Oh, espera, seguro que fueron entonces.

—No me hagas arrepentirme de haberte sacado de ese bote de basura —gruñó Aidan.

—Si no fueron a empeñar las joyas, ¿a dónde más pudieron haber ido? —intervino Javier.

—No lo sé, pero no imagino a Zarah actuando de ese modo. Además, ¿por qué no podemos comunicarnos con su *kanan*? No quiero pensar mal, pero esto no me da buena espina.

—¿Y que justamente su desaparición coincida con un ataque? —bufó Raquel—. Eso no es ninguna coincidencia. Te doy la razón, capitán.

—Debemos buscar una pista real, y hacerlo ya —gruñó Allan, apretando las manos en puño, controlándose para no darle un puñetazo a una pared y hacerla añicos.

Se sentía al borde de perder el control por la impotencia de haber perdido el rastro de Zarah, que ella estuviera en peligro y no poder hacer nada para evitarlo, pero un acto así no le ayudaría en nada. Tenía mil años, las rabietas ya no eran parte de él, sin embargo, al estar cerca de Zarah, se sentía joven una vez más, se sentía vulnerable una vez más, se sentía al borde de perder la cabeza...

—Aidan, danos las coordenadas —gruñó hacia el joven que seguía estudiando su *kanan*, conectado al que le había dado a Zarah—. Vamos a

buscar a Zarah. Ahora.

—Voy con ustedes —se adelantó Javier dispuesto a ayudar en lo que fuera.

—No puedes hacerlo, debes quedarte con Dany y el otro. —Raquel posó una mano contra su pecho, deteniéndolo antes de que pudiera dar otro paso.

—Dany y Manolo... —Javier suspiró—. Es cierto, no puedo dejarlos solos.

—Quédate con ellos. —Allan se detuvo ante Javier, volviendo a adoptar su físico habitual para el claro alivio del joven, quien soltó una exhalación, como si no se sintiera cómodo recibiendo órdenes de un desconocido.

Sabía que era Allan, pero sencillamente esa mirada severa le ponía los pelos de punta.

—Nosotros iremos a buscar a tus hermanas. Si llegan tus padres, diles que no se preocupen. Traeremos a sus dos hijas de regreso a casa.

—Gracias... De verdad. —Javier estiró una mano para estrechar la de Allan. Al hacerlo, la fotografía pegada en la cajita de madera, cayó al piso, justo ante los pies de Aidan.

—Espera... ¿de dónde has sacado esto? —preguntó el muchacho, alzando la foto.

Javier se encogió de hombros, inclinándose para ver a las personas retratadas en la fotografía.

—No lo sé, es de mi mamá. Debió estar en esto. —Señaló la caja de madera en su mano—. ¿Por qué preguntas?

—¿Quién es ella? —Allan señaló a la mujer en la fotografía, de pie al lado de Miranda.

—Es la antigua maestra de universidad de mamá... ¿por qué lo preguntas?

Aidan abrió la boca y miró a Allan a los ojos.

—Allan, ella es mi madre.

—¿Elizabeth? —Allan tomó la foto que el chico le tendía y la observó de cerca—. ¿Estás seguro?

—Absolutamente. Es ella. Es la imagen que ocupaba para cuando deseaba infiltrarse entre los Homos y pasar inadvertida.

—¿Quieres decir que tu madre fue la profesora de universidad de mi madre? —Javier frunció el ceño, confundido.

—Quiere decir mucho más que eso... —Allan palideció—. El medallón...

—¿Qué medallón?

—El que Elizabeth le dio a Miranda... Ahora comprendo todo.

—¿Qué cosa?

—Las luces. —Allan miró a Aidan y luego a los demás—. Las luces son la clave de todo.

—¿Las luces de la carta? —Aidan sacó el papel, que había envuelto cuidadosamente de vuelta en su sobre.

Allan lo tomó y leyó una vez más la carta a toda velocidad.

—Mierda... —musitó, palideciendo más y entregándole la carta de vuelta a Aidan.

—¿Quieres explicarte de una vez, maldita sea? —rugió Javier.

—Las luces... ¡Ya ha visto todas las luces! —exclamó Aidan, comprendiendo también.

—Así es. —Allan asintió—. Elizabeth lo planeó todo desde el principio, bloqueó la mente de Zarah, pero el bloqueo, lo que haría que perdiera la memoria, no se activaría inmediatamente. Lo haría con la primera luz, la luz cero, como ella la llamó. La luz que Zarah vio en el puente. Desde entonces

comenzaría la cuenta: se supone que Zarah debía ver tres luces que le revelarían el secreto. En caso de equivocarse y ver una luz accidental, contaría con la pócima que le dio a Aidan para recuperarse. Pero esa pócima solo podría usarse cinco veces, lo que quiere decir que a la sexta luz...

—Zarah ya no despertará —musitó Aidan, completando la frase.

Allan asintió.

—No no quedan más luces...

—No, Aidan —Allan frunció el ceño—. No habíamos tomado en cuenta la primera luz, la que vio con Miranda el día de su encuentro. Zarah ha visto cinco luces, lo que quiere decir que...

—Ya no queda ninguna luz. —La voz de Aidan sonó demasiado alta, llena de temor.

—Y eso no es todo.

—¿Hay más? —preguntó Javier, sarcástico—. ¿Alguna otra desgracia que su maldito mundo de raros pueda traer a nuestra familia?

Allan lo miró con tristeza antes de contestar.

—Creo comprender el motivo por el que atacaron a Elizabeth ese día...

—Lo sabemos, fue por mi madre. —La voz de Raquel sonó apagada, triste—. Ella la traicionó.

—Me temo que los Raya no hacen nada por amor, Raquel. No tramarían un ataque contra una mujer tan poderosa e importante en el mundo Capadocia solo para deshacerse de la rival de la hija de una de sus espías. Los Raya buscaban algo más... y me temo que lo hemos sabido todo este tiempo. —Allan miró directamente a Aidan a los ojos—. Los Rayas buscaban la Mariantella.

—¿La Mariantella? —repitieron al mismo tiempo Raquel y Patrick.

—¿Pero cómo es posible? —preguntó Patrick—. La Mariantella ha estado perdida por siglos. Nadie sabe dónde está.

—Es imposible que atacaran a Elizabeth buscándola—replicó Raquel, conviniendo con Patrick.

—Me temo que Elizabeth dio con ella y la tenía con ella el día que la atacaron. Era eso lo que los Raya buscaban. Fue el motivo por el que la emboscaron... Solo que Elizabeth era demasiado inteligente para dejarse matar así nada más, planeó una salida de escape en caso de que algo así ocurriera, y creo que esa salida fue Zarah.

—¿Zarah? —Aidan frunció el ceño—. Mi madre no haría algo así. Usar a su hija para esconder la Mariantella...

—Me temo que lo hizo, Aidan. Elizabeth debió creer que sería la única forma de mantenerla segura de las garras de los Raya. Sabía que si borraba la memoria de Zarah, no podrían localizarla.

—Mi madre no habría hecho algo así, lanzar a su hija a la nada, a un campo vacío... De no haber pasado los padres de Marijó por allí y visto por casualidad, mi hermana ahora estaría muerta.

—¿Es que no lo ves? ¡Ella lo planeó todo! Es por ello que Miranda no comprendía cómo llegaron allí...

—¿De qué hablas? —Javier intervino.

—Zarah me lo contó. Tus padres iban llegando a Acapulco y de pronto se encontraron en un sitio perdido en medio de la nada, y no tenían memoria de cómo llegaron allí.

—Sí... Es cierto... —Javier abrió mucho los ojos—. Lo recuerdo.

—Fue un hechizo —comentó Allan—. Un hechizo hecho por Elizabeth para atraerla hacia Zarah.

—¿Y la Mariantella? —gruñó Aidan—. ¿Qué tiene que ver la Mariantella?

—La Mariantella la tenía Elizabeth colgada al cuello al momento del ataque, y se la dio a Zarah antes de saltar al puente. Fue la primera luz que Zarah vio... —Allan alzó la barbilla—. Es así como lo vi en su sueño... Ahora lo comprendo. Zarah ha tenido la Mariantella todo este tiempo.

—Pero... ¿dónde está ahora? —preguntó Raquel, casi sin voz—. ¿Está guardada en esta casa? ¿Es por eso que nos atacaron? ¿Pero cómo pudieron entrarse de que ella la tenía?

—No lo sé. —Allan negó con la cabeza—. Pero debemos darnos prisa. Si Zarah vuelve a ver una luz más, ella... ya no despertará.

—Pues deben darse prisa —rugió Javier—, porque lo que sea que es ese medallón del que hablan, se encontraba entre las joyas de Zarah en este cofre, y como todas las demás joyas, ha desaparecido. Por lo que Zarah debe tenerla ahora con ella.

—¡Mierda! —rugió Allan, saliendo disparado hacia la puerta, seguido de cerca por sus amigos.

El dolor atravesó el cuerpo de Zarah al sentir la grava encajarse contra su piel al aterrizar de golpe en un terreno desconocido. Al alzar la vista, alcanzó a divisar un enorme terreno desconocido entre los restos de la voluta de humo verde que dejó su secuestrador. No tenía idea de dónde se encontraban, se trataba de un erial agreste, alejado de cualquier ciudad. Pudo ver que las rodeaban montañas de escombros y roca esparcidas a escasa distancia del lugar, como si se tratase de una construcción a medio comenzar.

El hombre de los *piercings* la continuaba sujetando por el brazo. Zarah se giró y le aplicó una llave, haciéndolo volar por los aires y aterrizar contra una pila de escombros, que se derrumbó sobre él.

—¿Qué está pasando? —gritó Marijó, a su lado, poniéndose de pie con dificultad.

Zarah fue entonces por el otro hombre, que todavía sostenía su saquito de terciopelo en la mano y le dio un tremendo patadón que lo dobló en dos.

El saquito cayó al piso y Marijó corrió a tomarlo y se lo guardó en el bolsillo.

—No lo sé, pero no te alejes de mí —le dijo Zarah, tomando su mano con fuerza y lanzándose a la carrera, llevando a su hermana con ella.

Alcanzó a divisar a escasa distancia la estructura de un edificio y se dirigió a él. Sin su *kanan* no habría forma de pedir ayuda, tenía que pensar en la forma de escapar por sí misma con Marijó.

Una repentina neblina emergió de la nada, e invadió todo a su alrededor, impidiéndole ver cualquier cosa frente a su nariz.

—¡Zarah...!

—Calma Marijó, aquí estoy...

—No te resistas, princesa de los Blancos —escuchó una voz femenina ante ella.

La niebla se dispersó tan rápido como había aparecido y ante ellas quedaron a la vista un singular grupo de personas; mezcla de Capadocia y Kinam.

Rayas.

Zarah sintió un estremecimiento crecer en su estómago. Eso no pintaba bien.

Se trataba de un grupo de seis, sin contar a los otros dos que habían dejado atrás, además de una mujer envuelta en una capa gris Oxford que permanecía relegada.

—¿Qué es lo que quieren? —les preguntó Zarah, deseando haber llevado consigo la espada de su madre.

Estaba completamente desarmada contra un grupo de Rayas y con una chica enojona como única compañía. Y la lengua viperina de su hermana no le ayudaría a vencer a esos tipos.

—Creo que sabes muy bien qué es lo que queremos, princesa de los Blancos —habló una vez más la voz femenina.

Los seis hombres se hicieron a un lado, abriéndole paso a la mujer envuelta en la capa, ubicada tras ellos.

Se trataba de una mujer alta y esbelta, de largo cabello negro atado en una cola de caballo. Sus ojos, grandes y de un gris acero singular, brillaron al

posarse sobre Zarah de una forma que le provocó calosfríos.

Era una mujer hermosa sin duda, aunque su belleza resultaba escalofriante... y gélida.

Era como si esa mujer no poseyera ninguna emoción.

Esa mujer no tendría compasión con ellas...

—No tengo idea de lo que quieres —replicó Zarah, mirando a ambos costados con rapidez. Tenían que salir de ahí y pronto.

—Entrégnos la Mariantella —ordenó la mujer, alzando la voz en un rugido.

—¿La Mariantella...? —Zarah frunció el ceño.

—No sirve de nada que finjas, princesa de los Blancos —gruñó uno de los hombres. Un chico de unos dieciséis años, de cabello oscuro y grandes ojos color violeta—. Sabemos que la tienes.

—¿Talo...? —Marijó abrió la boca, sorprendida.

—¿Él es tu amigo? —preguntó Zarah, comenzando a hilar las cosas.

El rostro de Marijó lucía desencajado en una mezcla de confusión y furia. Él era el chico en el que había confiado, y claramente la había traicionado.

—¡Examigo! Y muy pronto, ex ser vivo —gruñó Marijó, dispuesta a matar al chico en ese mismo momento.

Zarah la detuvo por el brazo antes de que su hermana saliera corriendo dispuesta a poner fin a la vida de ese chico con sus propias manos.

—¿Estás seguro que ellos tienen la Mariantella? —preguntó la mujer y Zarah notó acercarse por detrás a los dos hombres del sitio de empeño.

Caminaban con dificultad, cojeando y apretando todavía los sitios donde ella los había golpeado, provocando que su enojo creciera aún más.

—Sí, ellas la tienen, me han quitado la Mariantella en cuanto llegamos — contestó el que se hacía llamar Rubén.

—Idiota, ¿cómo pudiste permitir que un par de niñas te quitaran la corona? —espetó otro de los hombres que acompañaban al séquito de la misteriosa mujer encapuchada, provocando que Rubén le dedicara una mirada agresiva.

—Es suficiente —intervino la mujer—. No debemos perder tiempo. La princesa de los Blancos es resguardada por una poderosa escolta liderada por Allan. No tardarán en dar con ella.

—Tranquila, su alteza. Nos hemos desecho de su kanan —informó el tipo alfiletero, sonriendo de forma socarrona—. Tenías razón, Talo, ese kanan hecho por Aidan era una obra maestra tecnológica. Mi aparato explorador no detectó ninguna señal de localización de él. Fue una lástima tener que destruir tal pieza, nos habría servido bastante copiar esa tecnología para nosotros.

—No me des las gracias a mí, sino a ella. —Talo señaló a Marijó—. De no ser por todo lo que esa chica me contó acerca de su hermana Capadocia y los grandes inventos del príncipe Aidan, ahora mismo Allan y su equipo estarían llegando por ella.

Zarah miró a su hermana boquiabierta. Marijó parecía confundida e irritada, su rostro se había puesto muy rojo y sus ojos se habían llenado de lágrimas.

—Eso no importa —dijo Zarah en la voz más firme que consiguió—. Nosotras no tenemos la Mariantella, así que pierden su tiempo. Pronto vendrán a ayudarnos y será mejor que ustedes ya no estén aquí.

—No pueden encontrarlas, me aseguré de no dejar rastro y destruí tu kanan, no hay forma de que nos siguieran —el alfiletero humano se regocijó por su audacia.

—Así es niña, así que entréganos la bolsa de una vez, o te la quitaremos a nuestro modo. —Rubén hizo un ademán de tocarla y Zarah se apartó antes de

que pudiera alcanzarla.

Escuchó la rápida respiración de Marijó a su lado, asustada al máximo.

Zarah extendió los brazos, buscando formar una especie de escudo tras el cual su hermana pudiera refugiarse y dio un paso atrás, quedando de costado hacia sus atacantes, dejando a los dos hombres que ahora las habían alcanzado a su derecha, y manteniendo todavía la guardia alta contra el otro grupo a su lado izquierdo.

—Allan es más listo que un simple kanan —musitó Zarah, buscando ganar tiempo—. Él sabrá encontrarnos. Siempre lo hace.

—Eso es una posibilidad —intervino la mujer, hablando con una voz tan helada como eran sus ojos de hielo—. No vamos a correr riesgos. —Sus fríos ojos se clavaron en el hombre de los tatuajes que las había atendido en la tienda—. Dranco, ¿dónde dices que está la Mariantella?

—En el interior de la bolsa, mi señora —contestó el hombre, haciendo una ligera reverencia con la cabeza—. Las chicas me la arrebataron cuando llegamos aquí.

—En ese caso, quítenselas. Ahora. —La mujer rodó los ojos, dando por hecho lo obvio del asunto.

El hombre de los tatuajes, antes Rubén, ahora Dranco, y el alfiletero humano se abalanzaron de inmediato contra ellas.

Zarah no se detuvo a pensarlo. Si algo había aprendido en el maldito entrenamiento había sido a dejar de pensar y actuar por reflejo. Se lanzó a la carrera contra los dos hombres, encendiendo la llama de la ira que comenzaba a quemar en su interior con una intensidad tal que era difícil mantenerla guardada.

Antes de que ambos hombres pudieran alcanzarla, dio un salto descomunal, pasando por encima de sus cabezas y esquivándolos. Sus puños, encendidos en flamas azules, brillaron en la oscuridad de la noche al golpear a ambos hombres en el rostro al mismo tiempo.

Los dos tipos salieron despedidos como si hubieran sido lanzados por un cañón y fueron a dar contra uno de los pilares de acero recubierto de concreto, del edificio en construcción sin terminar, provocando que el material se cuarteara y doblara por la mitad.

—¡Zarah! —gritó Marijó, alertándola cuando los ocho tipos que formaban la escolta de la mujer de voz de hielo se adelantaron, dispuestos a atacarla.

Zarah se tensó, pero no sintió miedo, era extraño...

—Marijó, hazte a un lado —musitó, avanzando ahora hacia el lado contrario, dispuesta a salir al encuentro de sus enemigos.

—Pero...

—¡Solo hazte a un lado! —repitió en un siseo, sintiendo la energía vibrar en su interior.

Por primera vez Marijó pareció quedarse sin palabras. Dio un paso a un costado, al tiempo que Zarah se adelantaba al encuentro de los hombres.

—¿Eres un Alma Azul, no? —dijo uno de ellos, esbozando una mueca torcida a modo de sonrisa.

—Aunque bastante patética, por lo que he escuchado... —añadió Talo con saña, dirigiéndole una mirada despectiva a Marijó.

La joven agachó la vista, su rostro mortificado por el arrepentimiento.

—Patética o no, voy a patearte las bolas —escupió Zarah. Las palabras solo salieron, no tenía idea de dónde había salido esa confianza socarrona, pero le agradó. Los tipos la miraron con gesto adusto, aunque sorprendido por su osadía. Incluso Marijó parecía sorprendida, mirándola con los ojos desorbitadamente abiertos, como si no pudiera dar crédito de que aquella fuera su hermana, la misma chica remilgada y bonachona que conocía de siempre.

—Ya basta de tanta palabrería, esto no es una maldita telenovela —rugió otro, encendiéndose en un aura marrón.

El suelo bajo sus pies se desquebrajó y todo el lugar tembló.

Era un Iris con la capacidad de controlar la tierra. Algunos de ellos solo podían crear movimientos sísmicos, otros con mayor habilidad eran capaces de manipular la tierra a su antojo, teniendo la imaginación como límite.

Este parecía ser uno de ellos...

El hombre alzó los brazos y al mismo tiempo el suelo se abrió y una enorme roca se alzó en el aire y se desplazó a toda velocidad contra Zarah.

La joven se movió a tiempo antes de que la inmensa roca diera contra ella.

Enseguida el segundo contrincante entró en combate, atacando con una multitud de espinas que hacía emerger de su cuerpo, igual que un puercoespín

humano.

Rápidamente la luz azul emergió del interior de Zarah, formando una pared-escudo que fue capaz de detener todas ellas. Las espinas chocaron contra la impenetrable luz y cayeron en montón sobre el piso.

—¡Zarah, cuidado! —gritó Marijó cuando el Iris con el poder de la tierra aprovechaba la oportunidad para atacarla.

El suelo se movió bajo Zarah, desestabilizándola al tiempo que una montaña de rocas caía sobre ella. El grito de Marijó desgarró el aire, al tiempo que la joven salía corriendo a toda velocidad para ayudar a su hermana.

—¡Zarah! —chilló, cayendo delante de los escombros cuando las piernas le flaquearon.

—Tenías razón —le dijo el hombre de las espinas, cogiéndola por el brazo y obligándola a levantarse—. Realmente era patética.

—¡Cállate...! —bufó Marijó, perdiendo los estribos y asestándole un puntapié en la entrepierna al tipo.

—¡Maldita niña...! —alzó la mano, cubierta de espinas, dispuesto a regresar el golpe cuando un potente rayo azul lo lanzó despedido por el aire.

Marijó y el otro hombre se volvieron con la boca abierta.

Zarah, de pie junto al montón de rocas, yacía todavía con la mano levantada de donde el rayo azul había proveniendo.

—No te atrevas a tocarla —ordenó, bajando la mano.

—¡Zarah! —Marijó corrió hacia ella para abrazarla, pero solo atravesó el aire.

Volviéndose desconcertada, Marijó miró a su hermana con la boca todavía más abierta.

—Nueva habilidad. —Zarah se encogió de hombros—. Puedo atravesar las cosas. Suerte que la acabo de aprender.

—No tendrás tanta suerte conmigo, niñita —rugió el Iris, alzando los brazos.

El suelo se movió bajo los pies de Zarah al mismo tiempo que una lluvia de rocas caía sobre ellas. Zarah hizo aparecer un escudo con su campo de fuerza azul y se concentró en envolverlas a ambas. No debía permitir que las rocas lo atravesaran o Marijó podría salir herida.

Por el rabillo del ojo notó que los demás bandidos aprovechaban el momento de distracción para atacar por ambos costados y por detrás de ellas.

Tenía que pensar, y hacerlo pronto.

Uno de los hombres se encendió como una inmensa luz humana, al mismo tiempo que todas las luces adyacentes desaparecían, como si él fuera capaz de atraer sobre sí todas las luces existentes. Incluso las estrellas se habían apagado sobre el firmamento.

La luz resultaba cegadora y él lo sabía. Con esa intención corrió directamente hacia Zarah, y ella comprendió lo que vendría después. Era una distracción, los Capadocia, o al menos los que habían sido entrenados como Capadocia trabajaban en equipo. En cuanto ella desviara la vista, los demás la atacarían, aprovechando el momento de debilidad y que ella estaba ocupada en mantener el escudo para proteger a Marijó y a sí misma de las rocas.

—¡Zarah...! —El grito ahogado de Marijó se apagó cuando una mano surgió de la voluta de humo que acababa de aparecer dentro de su círculo de protección.

—Oh, no, no lo harás —rugió Zarah, encendiéndose en una poderosa luz azul.

Un torbellino se formó en el interior del círculo que delimitaba su campo

de fuerza, removiendo las partículas de humo verde que no terminaban de integrarse completamente después de la teletransportación.

Al hacerlo, las partículas del chico no pudieron juntarse una vez más en un solo cuerpo.

—Oh. Por. Dios. —Marijó se liberó del agarre con fuerza, para dirigirle a su hermana una mirada asqueada cuando dos manos se quedaron prendadas de sus muñecas como grotescos brazaletes, cuando ya no hubo un cuerpo unido a ellas que las sostuvieran.

El remolino se amplió, uniéndose a la energía del campo de fuerza de Zarah, para convertirse en un inmenso remolino azul que fue tragándose a su paso a las rocas todavía caían contra ellas y fundiéndolas con él.

El Alma Azul podía manipular todos los elementos, le había dicho una vez Allan, pues era hora de jugar con los elementos.

La fuerza del remolino aumentó de intensidad, atrayendo hacía sí a sus atacantes. Uno de ellos se dividió en cientos de copias de sí mismo y estos se sostuvieron unos a otros, con la intención de resistir. Sus compañeros de batalla se aferraron a ellos, pero fue inútil. Todos terminaron siendo absorbidos por el remolino.

Los giros aumentaron de velocidad, Zarah sentía la fuerza en su interior que hacía dar vueltas y vueltas en el aire al torbellino, cada vez con mayor velocidad, provocando que los cuerpos atrapados en su interior chocaran unos contra otros, contra las rocas, contra sí mismos...

Y finalmente los soltó.

Los hombres salieron volando en todas direcciones, estrellándose contra los muros, las rocas, los pilares a medio construir... El hombre que se había dividido en múltiples copias de sí mismo terminó enterrado como un solo ser bajo una pila de escombros, al lado de otro que se había rodeado de un escudo de cobre que ahora yacía maltrecho y roto.

—¿Los has matado? Espero que los hayas matado a todos... —musitó Marijó, mirando en derredor con los ojos abiertos como platos. Al pisar, sintió algo blando bajo su pie... La mano del Alma Verde—. ¿Esta cosa está muerta, verdad?

Zarah asintió. Había matado al Alma Verde...

Era la primera vez que mataba...

Decían que matar cambiaba a una persona para siempre...

Pero ella no se sentía diferente... Todo cuanto deseaba era proteger a su hermana y salir de allí con ella con vida.

Zarah observó en derredor. Pudo notar a los demás Iris, estaban vivos, pero inconscientes... Excepto por uno... uno que no era un Iris.

—Talo —dijo, poniéndose en posición de defensa.

—¿Talo? —preguntó Marijó.

—Es un Kinam.

—¿Qué...? —Marijó se quedó sin palabras cuando un enorme monstruo de piel azul se abalanzó sobre ellas, prácticamente salido de la nada.

Gracias a su capacidad de camuflaje, los Kinam eran capaces de convertirse en seres invisibles al ojo humano.

—¡Cuidado! —gritó Zarah, saltando sobre su hermana y apartándola justo a tiempo antes de que el Kinam enterrara sus ponzoñosas púas en ella.

Zarah se dio media vuelta, lanzándole un rayo azul que lo hizo volar lejos.

Una ráfaga de viento la lanzó contra el suelo, al igual que a su hermana. Marijó estiró las manos para aferrarse a ella y no salir volando por el repentino tornado.

Zarah se volvió, su llama encendiéndose una vez más. Uno de los Iris había despertado y ahora las atacaba con su poder, evidentemente la capacidad de controlar el viento. Y ahora luchaba contra ellas, aprovechando el momento de distracción.

De pronto, Zarah fue alzada en vilo por unos potentes brazos.

Zarah gimió al sentir el aire escapar de sus pulmones cuando los fuertes brazos de uno de sus atacantes comenzaron a apretarla, igual que una boa constrictora aferrándose contra su presa. Por más que hacía Zarah por intentar

liberarse, era inútil. Cada movimiento ayudaba a su oponente a apretujarla con mayor fuerza. Sentía sus huesos a punto de romperse, sus ojos se iban a salir de sus cuencas, y estaba al borde del desmayo a causa de la falta de aire...

—¡Zarah...! —gritó Marijó, corriendo hacia ella para ayudarla, pero al levantarse salió despedida por la fuerte ráfaga de viento que continuaba soplando contra ellas.

Zarah sintió la ira encenderse en serio en su interior. La llama que ardía bajo su piel, invadió cada extremidad de su cuerpo, proveyéndola de una fortaleza colosal.

Con un movimiento de sus ojos consiguió, de algún modo, detener a Marijó en el aire antes de que se estrellara contra un muro de roca.

Zarah golpeó a su atacante en el vientre con un poderoso codazo para luego darle un puntapié en la entrepierna y rematar con un gancho en la mandíbula que lanzó al tipo lejos, dejándola al fin libre de su agarre.

La ráfaga de aire la sacó volando instantáneamente, y no se resistió. Aprovechando el impulso, llegó hasta el lado de su hermana y con la capacidad de telequinesis que ahora había aprendido a usar, llevó a ambas sobre el suelo, a salvo.

Antes de que el tipo del aire pudiera lanzarlas al despegue una vez más, contraatacó con otra ráfaga de aire, mucho más potente. El hombre salió volando, incapaz de resistir su ataque combinado con el potente rayo azul con el que Zarah acompañó su ataque, y que lo chamuscó como a una tostada dejada al fuego.

—¡Así se hace, hermana! —gritó Marijó un segundo antes de que el suelo comenzara a moverse violentamente bajo sus pies.

Una inmensa hendidura se abrió bajo los pies de su hermana, tragándola viva, sin dejar más rastro de ella que el potente grito de sus pulmones.

—¡Marijó! —gritó Zarah, tirándose de costado y alcanzando a tomarla de la mano antes de que cayera al vacío.

La chica gritó a todo pulmón, mirando con terror el orificio sin fin del que colgaba, únicamente sujeta de esa caída mortal por el agarre de Zarah.

—Tranquila, te subiré, pero debes calmarte —le dijo Zarah a su hermana con la voz más serena que consiguió, pero Marijó no dejaba de gritar. Siempre había odiado las alturas.

Zarah intentaba concentrarse, pero el pánico le ganaba. Tener a su hermana en peligro no era ayuda para ella, no cuando debía hacer salir su llama azul y dominar los poderes que apenas comenzaba a aprender a utilizar.

—Entrega la Mariantella, princesa de los Blancos, o ambas caerán al vacío —amenazó el Iris de la tierra, acercándose a ella.

El suelo bajo Zarah tembló, desquebrajándose. El grito de Marijó se hizo más estridente.

El hombre que lanzaba púas se acercó a su compañero, temblando ligeramente todavía a causa del fuerte golpe que Zarah le había dado.

—Hazlas caer de una vez —le ordenó a su compañero—. Hazlas caer y recupera la joya después.

—¡Ella no tiene nada que ver en esto! —rugió Zarah, luchando por no desequilibrarse y caer al vacío con Marijó—. ¡Déjenla ir! Les daré lo que

quieran, pero déjenla ir...

—Muy tarde, princesita. Ahora ambas morirán. —El hombre de las espinas rio de gusto al escuchar los gritos de terror de Marijó.

—Ve por la Mariantella —ordenó la mujer de voz gélida, haciendo acto de aparición en la batalla por primera vez.

—Pero...

—¡Haz lo que te digo! —rugió ella, sin permitir objeciones.

El hombre de las espinas gruñó, pero no replicó. A paso lento a causa de las lesiones, aunque Zarah estaba dudando si no lo hacía con el fin de ver sufrir por más tiempo a Marijó, llegó hasta ellas y se inclinó para ayudarlas a salir de allí.

Ya sin los temblores removiendo cada parte de su cuerpo, Zarah no tuvo problema en estabilizarse, por lo que cuando el tipo de las espinas llegó hasta ellas Zarah ya se ponía de pie, ayudando a Marijó a salir del agujero sin necesidad de tener que tocar esa mano recubierta de espinas.

—Dame la Mariantella —le ordenó el hombre en voz baja, sin mover la mano cubierta de espinas que había mantenido frente a su rostro.

Zarah miró a Marijó, quien lucía sumamente pálida, y asintió. La joven, tras secarse las lágrimas con un gesto rápido con el dorso de la mano, metió la mano en el bolsillo y extrajo el pequeño saquito de terciopelo para entregárselo al hombre.

El tipo se lo arrancó de las manos y abrió el saco de un tirón, para vaciar el contenido sobre su palma. Las diferentes piezas de joyería que había obtenido Zarah a lo largo de su vida (al menos la que recordaba) quedaron expuestas ante sus ojos, pero para su atacante eran insignificantes. Sin ningún cuidado, el hombre separó las piezas de joyería, tirando al piso las que no eran de su interés hasta dejar sobre su palma la pequeña piedra azul rodeada

por un delicado marco de oro grabado.

—¿Esto es? —El tipo alzó la piedra ante sus ojos—. ¿Esta cosa diminuta es lo que nos ha causado tantos problemas?

—Tráelo hacia mí —ordenó la mujer de voz fría, con impaciencia.

—Sí, mi señora. —El hombre se volvió y en ese preciso momento, Marijó se abalanzó sobre él, desestabilizándolo y llevándolo al suelo con ella, igual como habría hecho un jugador de fútbol americano.

—¡Marijó, no...! —Zarah se abalanzó también sobre ellos antes de que su hermana pudiera terminar herida.

Pero Marijó, en un rápido movimiento, cogió la piedra y se la lanzó.

—¡Cógela , Zarah!

Zarah alzó las palmas y cachó la piedra aún en el aire. Marijó corría hacia ella, escapando de las garras de su atacante, cuando el suelo comenzó a vibrar otra vez. Las rocas volaban en el aire, actuando como balas de cañón.

Antes de que Zarah pudiera hacer nada, una roca golpeó en la cabeza a su hermana. Zarah se quedó petrificada por el terror al ver a Marijó caer al suelo, inconsciente.

—¡T e lo tenías merecido, niña estúpida! —rugió el hombre de las espinas, provocando que la ira se encendiera en el interior de Zarah.

Sintiendo emerger en ella la furia que tanto tiempo llevaba acumulando, Zarah se encendió en una inmensa llama azul.

Antes de que una roca pudiera convertir a su hermana en sopa de Marijón, un escudo azul se alzó sobre su hermana y la rodeó, protegiéndola del ataque.

—Ya me cansé de jugar, niñita —le dijo el Iris de la tierra, volviéndose hacia ella dispuesto a terminar ese ataque y ponerle fin a su vida y a la de su hermana—. Hasta aquí llegó la historia de tu vida.

—No. —Zarah lo miró y algo en ella hizo agrandarse los ojos del hombre—. Hasta aquí han llegado tus días.

El hombre alzó los brazos al mismo tiempo que Zarah. Una lluvia de rocas grandes y pequeñas se abalanzó sobre la joven al mismo tiempo que desde el extremo contrario, el otro hombre atacaba con sus espinas.

La luz azul se ensanchó, envolviéndola a ella y a su hermana. Para sorpresa de ambos hombres, Zarah resistió sin problema el ataque antes de hacer emerger de las palmas de sus manos un intenso rayo azul que fue en direcciones contrarias, atacando a ambos tipos al mismo tiempo.

La luz azul envolvió a sus atacantes y penetró por su piel, insertándose en su cuerpo hasta lo más hondo de la médula.

El color de la piel de los hombres se tornó azul unos segundos antes de que comenzara a volverse negra y desquebrajarse.

Un instante después se escuchó una fuerte explosión cuando ambos tipos estallaron en mil pedazos, convirtiéndose en nada más que un montón de cenizas que se esparció en el aire.

Zarah se volvió entonces hacia la mujer, quien observaba aquella escena a la distancia.

—Si no quieres terminar como ellos, vete ahora —le dijo Zarah antes de volverse hacia su hermana.

Marijó yacía todavía inconsciente. La sangre manaba de un pequeño agujero al costado de su cabeza.

Zarah se inclinó sobre ella y pasó una mano sobre su mejilla. Los ojos de su hermana se abrieron y se enfocaron en ella.

Zarah lanzó una exhalación de alivio. Estaba viva.

—Los mataste... —le dijo su hermana con voz ronca y baja.

Zarah frunció el ceño, no sabía que su hermana había observado aquello.

—Tuve que hacerlo...

Marijó sonrió ligeramente.

—Lo sé. Nos hubieran matado si no... —Se enderezó con ayuda de Zarah—. Y no podías permitir que se quedaran con la Mariantella. Ni tampoco ella... —Miró a la mujer, que todavía permanecía de pie, observándolas en silencio.

Zarah se puso de pie y se adelantó un par de pasos.

—Te lo dije, vete o haré lo mismo contigo.

Una ligera sonrisa apareció en el rostro de la mujer.

—Eres una buena guerrera, princesa de los Blancos —le dijo la mujer, avanzando hacia ella—. Mejor de lo que esperaba.

Zarah inspiró hondo, sin comprender a dónde quería llegar con todo eso.

Debía admitir que los entrenamientos habían servido, su habilidad la había sorprendido incluso a ella. Sin embargo, sabía que no era tan buena...

No tenía idea de dónde había sacado esa fuerza y le preocupaba no volver a tenerla, pero por ahora, no dudaría en proteger a su hermana, incluso si aquello involucraba el tener que matar una vez más.

—Tu despliegue de fuerza no es raro para un Alma Azul. Puede que te sorprendas a ti misma en cada batalla, niña —le dijo la mujer, como si adivinara en parte lo que estaba pensando—. Sin embargo, no hay que olvidar que luchabas contra simples Iris. Los Iris no son rivales para las Almas de Fuego, mucho menos una Alma Azul. Esos infelices de bajo grado no tenían oportunidad a tu lado, esa lucha no tuvo nada interesante.

Zarah apretó los puños. La mujer había avanzado hacia ella mientras hablaba y se detuvo justo un par de pasos ante el sitio donde se encontraba.

No parecía querer buscar pelea, sin embargo, no parecía tampoco determinada a irse.

Zarah la miró fijamente, manteniéndose en guardia por cualquier ataque sorpresivo.

—Lo interesante será saber de qué eres capaz, princesa Capadocia de los Blancos, al enfrentarte a una rival igual a ti. —La mujer abrió su abrigo y lo dejó caer a sus pies, al tiempo que una intensa aura azul la cubría de pies a cabeza.

Zarah abrió los ojos como platos al tiempo que notaba por el rabillo del ojo a su hermana palidecer hasta volverse blanca.

La mujer sonrió, satisfecha con la reacción que había provocado, y dando

otro paso adelante, le dijo:

—Veamos, princesita, de qué eres capaz al enfrentarte a otra Alma Azul.

Zarah sintió que la respiración se le atoraba en la garganta.

Nunca antes había visto a otra Alma Azul.

Se decía que eran tan raras como encontrar una veta de oro en una montaña, un oasis en un desierto, un... un... ¡eran rarísimas! ¿Cómo demonios podía tener frente a ella a otra Alma Azul?

Por primera vez, todas aquellas palabras que tanto había odiado cuando le recordaban la inigualable fuerza y poder del Alma azul, volvieron a su mente, esta vez para atormentarla de un modo muy distinto. Esta vez, para hacerla temer por la fuerza y poder que poseía su rival...

—Mierda... —Escuchó la voz de Marijó—. ¿Cómo es posible que ella sea una Alma Azul? ¿No eras tú la única?

Zarah negó con la cabeza.

—Son raras, no únicas. —Miró por el rabillo del ojo a su hermana, sin moverse. Ella intentaba aparentar calma, pero temblaba de pies a cabeza.

Extendiendo un brazo hacia su hermana, aferró su mano en un intento de calmarla.

Marijó percibió algo frío entre sus dedos, y no tuvo que bajar la vista para saber que Zarah le estaba entregando la Mariantella. Los ojos de su hermana se agrandaron, al tiempo que comenzaba a negar con la cabeza, comprendiendo qué iba a pedirle.

—Marijó, vete de aquí. Y esta vez lo digo en serio, ¡vete de aquí!

—¡No!

—¡Vete...! —Antes de que pudiera decir nada más, la potente luz proveniente de la mujer de pie delante de ella se encendió al mismo tiempo que sintió un dolor descomunal golpear contra todo su cuerpo.

Apenas pudo sentirse a sí misma salir despedida en el aire antes de chocar violentamente contra un montón de rocas.

—¡Zarah...! —Escuchó el desesperado grito de su hermana como si proviniera desde otro mundo.

Zarah no pudo atender el llamado desgarrador de Marijó, la mujer Alma Azul era implacable.

Sin aguardar a que se recuperara, como ocurría en los entrenamientos, la mujer la atacó una vez más con su poderoso rayo azul. Zarah apenas tuvo tiempo de envolverse en su escudo, que contra el ataque de esos poderosos rayos azules, no tenía mucho que hacer.

Uno tras otro, el ataque de esa Alma Azul fue devastador...

—¡Zarah, resiste, voy a ayudarte...!

—¡No, Marijó! —Zarah la retuvo con la telequinesis, impidiéndole acercarse—. ¡Sal de aquí! ¡Escapa antes de que nos mate a ambas!

—¡No voy a dejarte! —Marijó sollozó, buscando algo en su bolsillo hasta que hizo aparecer la piedra azul que había guardado—. ¿Es esto lo que quieres, bruja? —La alzó en alto, sobre su cabeza—. ¡Pues tómala! —La lanzó con todas sus fuerzas contra la mujer.

—¡No, Marijó...! —gritó Zarah, demasiado tarde.

La piedra se detuvo en el aire justo frente a ambas contrincantes, iluminada por las dos auras azules; una sumamente intensa, la otra apagándose.

Zarah vio una nueva luz ante ella, una luz que centró toda su atención.

La luz brilló con mayor intensidad, consumiendo todo a su alrededor, convirtiéndose en un resplandor cegador ante ella, sobre ella, bajo ella, a sus costados.... Todo en ese lugar ahora era la luz azul proveniente de esa joya.

Y la realidad se disolvió una vez más.

—¡Zarah...! —alcanzó a escuchar el grito desesperado de su hermana antes de que toda percepción de la realidad desapareciera.

Allan, con los restos del kanan destruido de Zarah en la mano, luchaba contra la impotencia y la frustración de no poder ayudar a la mujer que amaba en el momento en que más lo necesitaba. No había forma de rastrearla, y eso lo estaba volviendo loco.

Aidan y los otros continuaban intentando encontrar algún rastro que los condujera hacia ella, pero sabía que sería inútil.

Aidan le había dado detalles del Kanan que había hecho para Zarah, era imposible de detectar. Si lo habían hecho fue porque sabían de él. Y si sabían de él, es que esto había sido una trampa elaborada, y lo habían destruido con el único propósito de que no pudieran rastrearla.

Las joyas sobre el mostrador eran un mal presagio. Eran de Zarah, reconoció entre ellas al fénix que le había regalado en la fiesta.

—No podemos rastrearlos —anunció Aidan con voz tensa, entrando en el local con un aparato de seguimiento satelital en la mano—. Si llevaban otros rastreadores encima, han debido desactivarlos...

—O es que no llevaban ninguno encima —opinó Raquel, llegando a su lado—. Allan, ¿qué vamos a hacer? Podrían estar en cualquier parte en este momento, y quienes sean que la hayan secuestrado tienen la Mariantella.

—Olvídate de la Mariantella, ¡tienen a mi hermana! —rugió Aidan, furioso—. ¡Podrían matarla!

—Sí, podrían, y también apoderarse del mundo entero si llegan a poseer la

Mariantella —Raquel parecía a punto de perder los estribos.

—¡Ya basta! —Allan alzó la vista, dejando caer al piso el kanan destruido—. No sé cómo lo haremos, pero tenemos que dar con ellas. Ahora...

—¿Qué ocurre? —Aidan preguntó, notando que Allan prestaba especial atención a su kanan. Sin embargo, ningún sonido salía de él.

—Shhh... —Raquel le calló, tapándole la boca con la mano.

—Es Tanek —anunció finalmente Allan, mirando directamente a Aidan—. Se ha infiltrado dentro del Círculo de la Estrella.

—¿Cómo demonios ha podido hacer algo así? —preguntó Patrick.

—Es Tanek. —Raquel rodó los ojos—. Es obvia la respuesta.

—¿Qué está diciendo mi padre? —preguntó Aidan, pasando por alto la conversación de los otros dos.

Allan escuchó unos minutos más en el aparente silencio que recibía de su aparato kanan.

—Yo no escucho nada —musitó Patrick.

—Eso es porque está recibiendo el mensaje en el lenguaje Kinam, a un volumen que ninguno de nosotros puede escuchar, idiota —contestó Raquel.

—Es un mensaje cifrado, no puede permitir que lo descubran enviando una señal —dijo Allan, frunciendo el ceño—. Al parecer... han descubierto algo inaudito. Una presencia... Un evento extraordinario... Dos Almas Azules... enfrentándose.

—¿Zarah? —La voz de Aidan sonó mortificada.

—Una es muy poderosa... La otra no tanto.

—Es Zarah —dijo Raquel con seguridad. Y ante la mirada asesina que le dedicaron los otros, añadió—: Tiene que ser ella, no hay tantas Almas Azules.

—¿Pero y quién es la otra? —preguntó Patrick.

—No lo sé, pero es nuestra mejor pista —Allan dijo algo al kanan en un lenguaje que ninguno comprendió antes de volver a dirigirse a ellos—. Tengo las coordenadas, pongámonos en marcha. Es nuestra mejor pista para encontrarlas.

—¿Qué hay de papá? —preguntó Aidan.

—Tanek ya está en camino.

La luz en derredor de Zarah comenzó a concentrarse en un punto único y sumamente brillante ante ella.

Imágenes de su pasado flotaban a su alrededor, como proyecciones de una película que contenía fragmentos de su vida, pequeños flashazos de momentos significativos de su pasado que iban proyectándose en retrospectiva hasta llegar al momento en el que se encontró con Miranda en ese sitio perdido en la nada, tantos años atrás.

Se detuvo a contemplar la imagen de su mamá. Tan hermosa y joven, sonriéndole de esa forma tan dulce que los años no pudieron borrar. Acababa de conocerla y ya le dedicaba una mirada maternal llena de cariño, prácticamente de devoción.

La extrañaba...

Estiró una mano con la intención de palpar la imagen del rostro de su madre.

—Es solo un recuerdo —escuchó una voz familiar—. Está en el pasado.

—¿Mamá? —Zarah se volvió hacia la luz, era de ella de donde provenía la voz, y se dio cuenta de que todo había cambiado a su alrededor.

Ahora se encontraba en una especie de túnel y al final de él se veía una hermosa luz, sumamente intensa y brillante, mucho más de cualquier otra que hubiese visto antes.

Eran tan atrayente...

Al verla, sintió un deseo enorme de entrar en ella, como si de algún modo la llamase. Y Zarah no tenía intención de negarse, era sencillamente irresistible.

De pronto, una figura tomó forma poco a poco a partir de la luz, como si un fragmento de la luz se desprendiera y adoptara una apariencia humana. Una mujer.

Ella avanzó a paso lento hacia Zarah, su luz disminuyendo su intensidad a cada paso, hasta dejar completamente visible la figura de Elizabeth.

Ataviada con un sencillo vestido blanco, lucía bellísima, resplandecía como la misma luz. Caminaba a paso lento, llevando consigo la luz hacia Zarah.

Zarah percibió un tibio cosquilleo bajo la planta de sus pies y entre sus dedos, y se dio cuenta que también estaba vestida de blanco, y sus pies descalzos, se encontraban sobre un suave y aterciopelado césped de un hermoso verde esmeralda. Alcanzó a escuchar el cantarín sonido de un riachuelo en las cercanías, acompañado por un coro de pájaros que volaban libremente sobre sus cabezas, trinando con alegría.

Miró en derredor, boquiabierta. Ante ella, se extendía el paisaje más hermoso que había visto en toda su vida. Un prado precioso, vasto hasta el horizonte, colmado de toda clase de plantas y animales, muchos de ellos que no existían en su mundo. ¡Incluso había colores que no existían en la tierra!

Y todos ellos convivían en paz y armonía.

—Es bellissimo —le dijo a su madre, sonriendo, encantada.

Elizabeth le sonrió con cariño, abriéndole los brazos para recibirla.

—Vamos cariño, no tengas miedo.

Zarah no dudó, dio el paso que rompía la distancia que las separaba y abrazó a su madre con todas sus fuerzas, fundiéndose en ese abrazo lleno de amor.

—Te he echado de menos, mamá —le dijo, sonriendo al sentir las manos de su madre sobre sus mejillas, secando las lágrimas que habían cubierto de su rostro por la emoción, tal como recordaba ella solía hacerlo cuando era pequeña.

Se sentía tan familiar. Hasta ese momento se daba cuenta de lo mucho que la había extrañado.

—Es tiempo, mi pequeña. Ha llegado el momento de que vengas conmigo —le dijo Elizabeth, llevándola con ella hacia la luz.

—¡Zarah! —Marijó lloraba, intentando en vano despertar a su hermana —. ¡Zarah, por favor...!

—Ha sido más fácil de lo que supuse. Así no es divertido —rio la mujer, haciendo resonar en eco su voz de hielo.

—¡Cállate! —chilló Marijó, sollozando sobre el cuerpo inerte de su hermana—. Zarah, por favor... Por favor, por favor, vuelve...

La mujer rio con más fuerza, arreglándose la capa sobre los hombros.

—Deja de llamarla, niña tonta, ella está muerta ¿no te das cuenta?

—¡No! ¡No puede ser! —sollozó Marijó, abrazando a Zarah—. ¡No puede estar muerta!

—Niña estúpida. —La helada voz de la mujer le retorció las entrañas—: Sabía que los humanos eran idiotas, pero esto es extremo. Me recuerdas a un mono que vi una vez, cargando a su hijo muerto hasta que el animal se pudrió entre sus brazos... ¡Ay! —El repentino bofetón que Marijó le dio la sorprendió, provocando que silenciara sus carcajadas.

Ni siquiera había notado el momento en el que la chica se levantó.

—¡Estúpida zorra, te vas a morir...! —chilló Marijó, loca por la rabia, lanzándose sobre la mujer para volver a pegarle.

Unos fuertes brazos se cernieron sobre ella, alejándola de la mujer que parecía dispuesta a matarla para hacerla pagar por su ofensa.

—Déjame, mi reina —Marijó escuchó la voz de Talo en su oído, al tiempo que percibía la punta afilada de una púa contra su garganta.

Marijó tragó saliva. Talo era un Kinam, sus púas poseían un veneno mortal, capaz de asesinar a una persona en cuestión de minutos...

—No, Talo, lo haré yo. —Por primera vez el hielo en la mirada de la mujer había mudado para adoptar un semblante lleno de ira—. Esta Homo merece morir bajo mis propias manos.

—En ese caso, la haré retorcerse de dolor antes de que la mates...

Marijó respiró con dificultad, recordaba que Aidan le había explicado que los Kinam poseían tres venenos: uno con la capacidad de hacer retorcer a la víctima de dolor, otro letal para matar, y un tercero que en realidad era un antídoto para los dos primeros. Aunque también podía ser usado de forma estratégica para convertir a una persona corriente con el gen Kinam en sus venas, en uno de su raza.

—No. —La orden de la mujer fue rotunda, su voz hizo eco en las montañas desiertas—. Seré yo quien goce haciendo sufrir a esta Homo.

Marijó percibió la punta desaparecer, al tiempo que su atacante aflojaba el agarre sobre ella. Talo parecía decepcionado, aunque al notar la sonrisa en el rostro de la mujer, el gozo pareció volver a su cuerpo. Esa mujer poseía una sonrisa felina que estremeció el cuerpo de Marijó de pies a cabeza, anticipándole a saber que le hubiera ido mejor bajo el veneno de Talo.

—¡Déjala ir! —Un potente rayo azul sacó a Talo volando por los aires, pero él no había soltado a Marijó todavía, y la llevó parte del camino consigo.

Zarah, de pie y envuelta en un halo azul de pies a cabeza, solo le bastó mirar a su hermana para detener la carrera aérea de Marijó. Con cuidado la hizo aterrizar en tierra, a salvo.

Marijó la observó con ojos desorbitados y cayó de rodillas sobre el piso,

demasiado abrumada como para reaccionar ante lo que veía.

—¡Estás viva! ¡Estás viva, Zarah...! —sonrió, apoyándose contra una roca para no terminar desplomándose contra el piso por el alivio de ver a su hermana viva.

—Tú... —La mujer de voz de hielo se había dado la vuelta con la boca abierta para encontrarse a Zarah de pie ante ella, envuelta en una potente flama azul—. Es imposible... ¡Estabas muerta!

—Eso quisieras, Nicótoe.

La mujer abrió mucho los ojos por la sorpresa, retrocediendo un paso instintivamente.

—¿Cómo es que conoces mi nombre? —La estudió con la mirada—. ¿Sabes quién soy...? Tú...

—Sé perfectamente quién eres, pedazo de escoria de los Raya. —El aura azul de Zarah se encendió con más fuerza. Los iris de sus ojos desaparecieron, en su lugar solo se veía una intensa luz azul—. Tu madre mató a mi madre. Y ahora yo te mataré a ti.

La mujer pareció sorprendida por una fracción de segundo antes de reaccionar, encendiéndose a su vez en su flama azul.

—Date por muerta, niña —La mujer se encendió aún más en un aura azul sumamente intensa—. Ahora yo tengo a la Mariantella.

Nicótoe, usando su poder de controlar los elementos, incrustó la piedra en la corona de oro que llevaba rodeando su frente.

Zarah sonrió, observando fijamente la piedra que comenzaba a brillar con intensidad, aumentando el brillo del aura azul de su contrincante.

—Excelente. Esto lo hará más interesante.

Los ojos de Nicótoe se abrieron todavía más a causa de la sorpresa, pero

lo disimuló enseguida.

Alzó los brazos, provocando que una fuerte ventolera las rodeara, llevando consigo toda clase de cosas; rocas, trozos de cristal, tubos de metal. Y reuniéndolos juntos en una sola arma, los lanzó a toda velocidad contra Zarah, resultando igual a una bola de proyectil lanzada por un cañón.

Pero sencillamente todo se derritió al tocar el aura azul de Zarah.

Ahora la intensa flama azul de Zarah no solo actuaba como un escudo protector. Como pudo notar Nicótoe, al intentar un nuevo ataque, su aura quemaba todo cuanto tocaba, reduciéndolo a cenizas.

—Ahora me toca a mí —sonrió Zarah de placer al notar el rostro pasmado de su oponente, dando vuelta a la dirección del viento de su contrincante sin hacer ni siquiera un pestañeo.

Rocas, metal, vidrio, todo se unió en una nube de humo y viento que pronto se convirtió en una masa azul sumamente brillante.

El poder del Alma Azul sobre los elementos estaba actuando, y para cuando se detuvo se habían forjado cientos de espadas afiladas, todas apuntando al mismo tiempo hacia su contrincante.

—Es ridículo tu ataque —gruñó Nicótoe—. Ninguna me hará ni un rasguño, ¡nada atraviesa mi escudo azul!

Zarah, sin dejar de sonreír, alzó una espada. Una que había dejado guardada para ella, la más hermosa y grande de todas, una espada dorada.

—Cuando termine con tu escudo, esta espada terminará con tu vida. —La alzó sobre su cabeza—. Lo juro por el nombre de mi madre, Elizabeth, princesa de los Blancos.

—¡Eso jamás...! —Nicótoe no pudo terminar la oración. Los cientos de espadas se disolvieron al mismo tiempo en millones de partículas que comenzaron a actuar de forma individual contra ella, atacándola por todas

partes, cada centímetro cuadrado del escudo azul invadido por ellas.

Si una era quemada por su fuego azul, otra la reemplazaba inmediatamente, un ataque sin fin y sin permitirle reabsorber energía del ambiente, lo que iba mermando sus fuerzas.

Nicótoe miró en derredor, desesperada. Sin poder alimentarse de la energía del ambiente, encerrada en su escudo azul, pronto se quedaría sin energía para combatir.

En un movimiento feroz, Nicótoe repelió el escudo, haciéndolo actuar como arma contra Zarah, llevando consigo todas las partículas, al tiempo que se elevaba en el aire.

Una fuerte explosión hizo eco por los alrededores, haciendo temblar la tierra y que aquellas partes de la construcción que no habían sido derribadas aún, cayeran.

Nicótoe rio con fuerza al notar que en el sitio donde había yacido su contrincante, ahora solo había un cráter humeante sin ninguna señal de vida.

—Esto comenzaba a ser interesante —rio, abriendo los brazos en cruz para recargarse de energía—, lástima que duró tan poco, princesita de los Blancos, al igual que tu vida.

—Me alegra que pienses así... —Un puño le cruzó la cara, lanzándola por los aires igual que una bala de cañón—. Estoy deseando jugar un poco antes de matarte.

Nicótoe fue a dar contra la superficie de un lago cercano, provocando que el agua salpicara por todas partes en una voluta de vapor, igual que si un meteoro hubiera caído contra ella.

—Vas... a pagar... por eso... —Nicótoe se elevó en el aire dirigiéndose como un rayo, directo contra Zarah.

—Inténtalo —dijo Zarah, desviando un potente rayo azul que su

contrincante envió contra ella.

Zarah se alzó más alto en el aire, abriendo los brazos por encima de su cabeza. Las nubes comenzaron arremolinarse a su alrededor, al tiempo que una fuerte ventolera la rodeaba. Los rayos emergieron, provocando que el trueno hiciera eco en el valle rodeado de montañas.

En el momento en el que Nicótoe le envió un nuevo ataque con un rayo azul, Zarah provocó que un centenar de rayos contraatacaran justamente sobre su enemiga, aprovechando el momento en el que su escudo estaría desprotegido.

Nicótoe gritó de dolor, cayendo en picado varios metros antes de recuperar el control.

Lanzando un ataque tras otro, Zarah le enviaba rayos eléctricos, esquivando sus potentes rayos azules, que eran incapaces de penetrar su escudo.

—¡Oye tú, princesa de los Blancos, ríndete o la mato! —gritó Talo desde tierra, sosteniendo a Marijón, inconsciente, entre sus brazos.

Había escalado la cima de un peñasco y amenazaba con dejarla caer al vacío.

—Desvía esto, niña —gruñó Nicótoe, elevando en el aire una inmensa roca al mismo tiempo que enviaba un potente rayo azul contra ella.

Zarah se vio sorprendida por el ataque y fue golpeada por ambos al mismo tiempo. Su escudo estuvo a poco de romperse, pero consiguió resistir, aunque el ataque fue lo bastante fuerte como para debilitarla y hacerla caer a tierra a toda velocidad, igual que una carga tirada al vacío desde un avión sin nada que la detuviera.

Se escuchó una fuerte explosión cuando Zarah aterrizó contra el edificio a medio construir, derrumbándolo sobre ella. Una nube de humo y escombros se

elevó en el cielo, pero Nicótoe no iba a darle tregua, si aún estaba viva esta vez la remataría antes de darle la oportunidad de reponerse.

Como una flecha se lanzó contra los escombros humeantes, encendiendo al máximo su aura azul que fue quemando todo a su paso mientras se abría camino entre los trozos de cemento y fierro destruido hasta llegar al sitio donde una sutil llama azul titilaba.

Con un potente puño rodeado de fuego azul, le asestó un gancho en la mandíbula a Zarah, provocando que se enterrara aún más en la tierra. Y enseguida fue por otro golpe, esta vez en el estómago, y otro más, y otro más...

—Así es como te quería ver, princesa de los Blancos —se jactó Nicótoe de una forma histérica, que resultaba aterradora, sin dejar de golpear a su contrincante en una euforia llena de odio.

El fuego de Zarah se apagó por completo, dejándola inconsciente entre la roca.

Nicótoe rio con más fuerza.

\*\*\*

—Despídete para siempre —sonrió Nicótoe, alzando ambos brazos sobre la cabeza, dispuesta a terminar con ella con un rayo fulminante que contenía todo su poder. Incluso su escudo se había desvanecido, toda su energía concentrada en ese ataque que terminaría para siempre con la vida de Zarah.

Y entonces Zarah abrió los ojos.

Antes de que Nicótoe pudiera hacer nada para evitarlo, el brazo de Zarah se alzó con la espada dorada en mano y se enterró en las entrañas de su rival.

Nicótoe abrió grande los ojos, húmedos por la sorpresa al escuchar un suave sonido, distinto a todos los demás oídos hasta entonces... El sonido que solía oír al terminar con sus rivales. Nunca en ella misma...

Bajó la vista, temblorosa. Gotas de sangre se mezclaron con sus lágrimas cuando sus ojos se fijaron en la empuñadura de la espada saliendo de su cuerpo, ensartada en el centro de su corazón.

—Adiós. —Una sonrisa curveó el rostro de Zarah al mismo tiempo que encajaba más profundo la espada, atravesándola por completo hasta hacerla salir por la espalda.

Nicótoe trastabilló, llevándose ambas manos al pecho, rodeando el filo de la espada dorada, ahora manchada de sangre. De su sangre.

Como si no pudiera dar crédito a lo que veía, tiró con fuerza, intentando desasirse del arma mortal, pero al hacerlo la sangre comenzó a manar con fuerza, llevándose con ella la poca vida que aún quedaba en su cuerpo.

Con un estertor de muerte, Nicótoe cayó al piso.

Sus ojos perdieron la luz azul que los iluminaba. Ahora yacían negros y sin vida, perdidos en la nada.

Zarah se acercó a su lado. Tomó la espada del suelo y la alzó al vilo.

—Adiós, Nicótoe. Ha sido estimulante luchar contra ti. Solo hay una cosa que lamento, que tu madre no te vea morir, como yo tuve que ver a mi madre morir por su culpa. Mi dolor ahora será suyo, y poco le durará, hasta que llegue el momento en que la encuentre y la haga pedazos —y diciendo esto, bajó la espada, cortando el cuello y separando para siempre la cabeza de Nicótoe de su cuerpo—. Ahora nunca volverás como un Alma Negra. Adiós para siempre, Nicótoe.

La cabeza de Nicótoe, separada de su cuerpo, rodó sin vida por el declive de escombros,

—Esto es mío. —Sin mover un solo dedo, Zarah desprendió la Mariantella de la corona que todavía yacía en la cabeza de Nicótoe y la hizo flotar con sus poderes de Alma Azul hasta su mano.

Observándola fijamente guardó la piedra en su puño, cerrando los dedos con afecto alrededor de ella.

—Cuidaré de tu tesoro, madre —dijo con solemnidad, alzando la vista al cielo.

\*\*\*

Una nube de humo apareció ante ella y Zarah pudo ver que se trataba de Talo, llevando aún a cuestas a Marijó.

Sus ojos se centraron en los restos de una pócima de traslación que llevaba en la mano.

La pócima de su madre.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó ella, con rabia.

—Entrégame la Mariantella o ella muere —amenazó Talo, ensartando la punta de la púa de su antebrazo en el cuello de Marijó.

—Tú no harás nada. —Zarah alzó el puño y lo cerró.

Al mismo tiempo Talo palideció, percibiendo la furia de la fuerza de Zarah cerniéndose en el interior de su cuerpo, aplastando su corazón como si se tratase de un puño invisible apretando una fruta delicada.

—Puedes matarme —musitó él, cayendo de rodillas, llevando consigo firmemente sujeta a Marijó—, pero eso no evitará que la mate a ella también. El veneno saldrá de mí, no podrás evitarlo, y ella morirá.

Zarah frunció el ceño pero lo soltó.

Talo se apartó con ferocidad, arrastrando consigo a Marijó.

—Lanza la piedra y la dejaré ir —le ordenó él.

Zarah no se detuvo a pensarlo. Lanzó la piedra en el aire, al mismo tiempo que Talo lanzaba a su hermana a sus brazos, como si se tratase de un saco de

patatas.

—Adiós, princesa de los Blancos —se despidió él, cogiendo la piedra en el aire y desapareciendo al instante con otra de las pócimas de Elizabeth.

Zarah aterrizó con gracia, llevando en brazos a Marijó. Sus ojos entornados todavía en el sitio donde había estado Talo hacía una fracción de segundo.

Zarah se dejó caer de rodillas a la tierra, depositando a un costado el cuerpo de Marijó.

Había escapado, el muy desgraciado...

Por ahora.

El sonido de una nave al aterrizar la hizo alzar la vista.

Suspendida sobre sus cabezas, se posicionó una nave del reino de los Blancos.

Enseguida una compuerta se abrió acompañada por una voluta de humo verde. Una fracción de segundo después, una nueva voluta de humo aparecía a su lado.

—¡Papá! —El rostro de Zarah se iluminó al ver a Tanek.

Tanek sonrió, correspondiendo a su saludo, pero no se movió. De la nave emergieron una oleada de soldados Capadocia de los Blancos y se dispersaron por el lugar, dirigidos por Tanek.

Allan, Aidan, Patrick y Raquel corrieron hacia ellas.

—¡Zarah! —Allan la abrazó con fuerza—. ¡Zarah, me tenías tan preocupado! Siento tanto llegar tan tarde...

—Estoy bien. —Ella se apartó, sin siquiera haber correspondido al abrazo—. Soy un Alma Azul, puedo cuidar bien de mí misma. Por otro lado, ella necesita atención. —Señaló con la cabeza a Marijó.

Aidan yacía ya junto a la chica, examinándola cuidadosamente. La joven aún se encontraba inconsciente y lucía muy pálida y adolorida, a pesar de no estar despierta.

Allan lo hizo a un lado, preparándose para revisar a Marijó.

—Ha sido culpa de Patrick que llegásemos tan tarde —gruñó Raquel, observando con preocupación a Marijó—. El muy bestia no es capaz de distinguir entre una abuelita que ha perdido a su gato y un Kinam disfrazado.

—Estoy malherido, discúlpame por vivir —contestó él, ofendido—. Quizá cuando sea tan viejo como tú pueda dominar un grado de control de poder mayor. O como dicen, me haga más sabio. Dicen que más sabe el diablo por viejo que por diablo...

—¡Yo no soy vieja...!

—¡Marijó, no...! —Aidan sollozó, sosteniendo el rostro de la joven sobre su regazo—. ¡Allan, no es verdad, tienes que ayudarla!

Todos guardaron silencio. Algo estaba pasando y se lo estaban perdiendo. Algo muy malo...

—Lo siento... —Allan negó con la cabeza—. El Kinam ha introducido su veneno en ella... Es demasiado tarde.

—¿No puedes revertir el efecto con el antídoto? —le preguntó Aidan.

—No. El Kinam sabía lo que hacía. Si introduzco el antídoto ahora, la convertiré en un Kinam...

—¿Qué...?

—Lo he dicho, este Kinam sabía lo que hacía. Solo un Kinam sabe lo que hace con su veneno para no dejar salidas. Convertir a un Homo con el gen Kinam no es sencillo, se debe hacer en el momento justo. Este Kinam deseaba matarla, nos ha dejado sin camino, ha esperado los lapsos de tiempos

necesarios para matarla o para convertirla en un Kinam.

—¿Qué quieres decir?

—No hay vuelta atrás. Los latidos del corazón desde que él inyectó el veneno y podíamos regresarla, han pasado ya. Si introduzco el antídoto la convertiré en un Kinam, si es que tiene el gen, si no lo hago, morirá.

—¡Si no lo haces de todos modos morirá! —gritó Aidan, bordeado la histeria.

—Es un riesgo demasiado grande —Raquel habló, mirando a Zarah—. ¿Qué desearía ella que hiciéramos?

Zarah alzó la barbilla, dedicándole una mirada altiva.

—¿Y cómo he yo de saberlo?

—Eres su hermana —le dijo Patrick.

—Es cierto, Zarah. —Allan se dirigió a ella—. Eres su familia, es tu decisión. Podemos intentar salvarla en la nave con equipo médico, pero a esta altura es casi seguro que no lo consigamos. Esta es nuestra única salida... pero es una apuesta de cincuenta-cincuenta.

—Más bien de ochenta y cinco contra quince —corrigió Aidan—. La mayoría de los seres humanos tienen el gen Kinam, Allan ¡hazlo de una vez!

Allan se tensó, afinando el oído en los latidos del corazón de Marijón.

—Bien —dijo, alzando uno de los brazos y haciendo emerger una púa de sus nudillos—. Hagámoslo.

Con un movimiento ágil y certero, introdujo la púa en el pecho de Marijón, inyectando directamente el veneno en su corazón.

—¿Cuántos latidos le quedaban? —preguntó Aidan con voz mortecina.

Los demás lo miraron, confundidos. Solo Allan pareció comprender.

—Dos.

Aidan asintió, manteniéndose en silencio.

—Has inyectado el antídoto directo en su corazón. Eso quiere decir que se transformará más rápido, ¿no es así? —preguntó el joven—. ¿Deberá esperar siete meses, de todos modos?

—No, los siete meses son una falacia para engañar a la Capadocia y que no sepan con exactitud cuándo despertará el Kinam y no lo puedan asesinar. En realidad son solo siete semanas, siete horas y siete minutos... —explicó Allan y miró su reloj.

—Qué exactitud —masculló Patrick—. Pero qué inútil. En ese estado no importa si son siete años o siete segundos, cualquiera los puede matar.

—¿En serio? —preguntó con ironía Allan, haciéndose hacia atrás y llevando consigo a Aidan antes de que una repentina coraza supurante de veneno lo alcanzara a tocar.

Marijó estaba cambiando, una capa de algo extraño y viscoso comenzó a cubrirla, igual que una pupa a una oruga.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Raquel.

—La crisálida —contestó Allan, haciéndose otro paso hacia atrás, con Aidan sujeto del brazo—. Ha comenzado la transformación.

—Te dije que poseía el gen —Aidan sonrió a pesar de que una lágrima resbalaba por su mejilla—. Ella es una guerrera innata.

La sustancia envolvió por completo a Marijó, quemando a su paso sus ropas y todo cuanto estaba a su alrededor, fuera metal, roca o hierba, se disolvió con un solo toque.

Formando una funda que cubrió cada parte de su cuerpo, la sustancia se hizo dura y se cristalizó.

—Ya está hecho —anunció Allan, ante la mirada sorprendida de todos—. Marijó es ahora una ninfa.

—¿Y ahora qué? —preguntó Patrick.

—Solo queda esperar. La crisálida es impenetrable, Marijó estará segura hasta que emerja de ella, como una Kinam...

—Solo nos queda esperar... —Aidan se arrodilló a su lado, posando con cuidado una mano sobre el suave capullo, de aspecto frágil pero completamente irrompible. Ahora ya no despedía veneno, pero era indestructible. La vida de la chica que estaba dentro dependía de ello.

—¿Estás bien, Zarah? —Allan se acercó a ella y la abrazó—. Marijó estará bien, no temas...

—¿Por qué habría de tener miedo? —Zarah lo apartó de un empujón—. ¿Y podrías dejar de abrazarme a cada oportunidad? ¿Y por qué me llamas Zarah?

Allan la miró boquiabierto.

—Ese es tu nombre...

—Mi nombre es Princesa Zyanya de los Blancos, y más te vale tratarme con el debido respeto, soldado, si no quieres que te haga pagar las consecuencias.

La boca de Allan cayó hasta su barbilla.

Se hizo un silencio mortal que nadie se atrevió a romper hasta que Aidan pareció reaccionar.

—¿Zyanya...? —Aidan se había puesto de pie y caminaba a paso lento hacia ella—. ¿Zyanya, eres tú?

—Pero qué pregunta tan ridícula, por supuesto que soy yo —contestó su hermana, alzando la barbilla—. ¿Y tú quién eres para tener el atrevimiento de dirigirte a mí por mi nombre?

Aidan abrió los ojos como platos, compartiendo una mirada de incredulidad con Allan.

—Zy... Zyanya... —Aidan tartamudeó, mirando a su hermana con los ojos tan abiertos que parecían a punto de salir de sus cuencas—. Soy yo, Aidan. Tu hermano.

—¿Aidan? —Zyanya frunció el ceño—. Eso no es posible. Aidan es un bebé, solo tiene cuatro años.

—Zyanya... soy yo. —Aidan se acercó más a ella, hasta quedar frente a frente—. ¿Recuerdas esta marca de nacimiento? —Apartó su pelo y señaló su frente, dejando al descubierto una pequeña mancha rosada—. Solías decir que parecía una...

—Fresa —Zarah terminó la frase, entornando los ojos sobre el rostro de

su hermano—. ¿Aidan...? —Ella posó una mano sobre su mejilla—. ¿Es posible que seas tú...? —Alzó la vista, mirando en derredor como si viera todo por primera vez, y entonces se vio a sí misma.

Estiró ambos brazos antes de pasar las manos por su cabello, su rostro, por su cuerpo...

—Soy vieja... —musitó, poniéndose pálida.

—Eres mayor, una adulta —le aclaró Aidan—. Tienes diecisiete años.

—Aidan, ¿qué me ha pasado...? ¡¿Qué ha pasado?! Soy mayor... Tú eres mayor —Zarah lo miró a los ojos, terminando de reconocer en ellos a su hermano, asustada por primera vez—. ¿Qué está pasando?

—Zyanya, tranquilízate. —Aidan la abrazó, y esta vez ella no se molestó por el contacto—. Todo está bien... Estás un poco confundida. Es todo.

—Debemos volver. —Allan se acercó a ellos, y posando una mano sobre el hombro de Zarah, dijo—. Debemos resolver esto, Zarah... es decir, Zyanya...

—Te dije que no me toques, soldado —rugió Zarah, provocando que sus ojos se encendieran en una luz azul.

—Zyanya, no te molestes —Aidan le sonrió, nervioso—, él es tu novio, ¿recuerdas?

—¿Novio? —Zarah volvió a mirar a Allan—. Yo no tengo novio. Y si lo tuviera, no sería un simple soldado.

—Capitán —corrigió Raquel—. Y él es Allan, el mejor amigo de tu padre y legendario guerrero entre los Capadocia.

—¿Allan...? —Zarah lo observó con nuevos ojos—. ¿Cómo es posible que tú seas mi novio?

—Es mucho para ti, ya lo sé —masculló Raquel.

—Es muy viejo para mí —la corrigió Zarah.

Lo poco que Allan había conseguido cerrar la boca, volvió a abrirse de golpe.

—No soy viejo...

—No, no lo eres —intercedió Raquel—. Ella es una niña, que es otra cosa.

—¿A quién llamas niña? —rugió Zarah, apretando los puños y encendiéndose en una flama azul.

—¡A ti, niñita! —contestó Raquel, encarándola.

—¡Basta ya, ustedes dos! —Allan se interpuso entre ambas—. Vamos a resolver esto como gente civilizada... ¡Tanek, te necesitamos aquí! ¡Ahora!

Una nube de humo verde se hizo presente entre ellos. Tanek avanzó hacia las dos chicas, que aún parecían a punto de lanzarse al combate.

—¿Qué está pasando aquí?

—¿No lo puedes adivinar con tu superoído de Kinam, primo? —gruñó Raquel.

—Estaba ocupado, no puedo prestar atención a todo.

—Hombres. —Raquel rodó los ojos.

—Me temo que tenemos una situación aquí, Tanek. —Allan miró a Zarah.

—Siento lo que ha ocurrido con tu hermana, pequeña. —Tanek se adelantó hacia su hija, estrechándola por los hombros— Pero no temas, ella estará bien. Le ayudaremos a superar esto...

—Padre, ¿por qué llamas a esa Homo «mi hermana»? —Zarah se apartó de él.

Tanek abrió la boca tanto como lo había hecho Allan hacía un momento.

—Te lo dije —le susurró Allan, sin dejar de mirar con preocupación a Zarah.

—Zarah, hija...

—Zyanya —lo corrigió Aidan—. Su nombre es Zyanya.

—¿Zyanya...?

—Padre, ¿por qué actúas tan extraño? Por supuesto que mi nombre es Zyanya... Y no entiendo qué está ocurriendo, ¿podemos ir a casa?

—Te llevaré con tus padres...

—¡Tú eres mi padre! ¿Es que todos se han vuelto locos? —gritó, comenzando a perder la paciencia—. ¡¿Qué...?! ¡¿Qué es lo que está pasando?!

Una luz se encendió ante ella, una luz que ahora todos pudieron ver.

—¿Qué... es eso? —preguntó Raquel, quien lucía asustada por primera vez—. ¿Es un fantasma?

—¿Te asustan las apariciones, «doña valiente»? —se burló Patrick

—Cállense. —Tanek avanzó hacia la luz, sus ojos entornados en la diminuta figura—. Pero... ¿es posible? ¡Es un hada!

—¿Un hada? —Aidan abrió la boca—. ¿Realmente existen...? ¡Lo sabía! Mamá siempre lo creyó...

—Stella —la voz de Zarah se hizo oír sobre las otras—. ¡Stella, estás viva! —sonrió, alzando las manos hacia la luz.

—Espera, no la toques. —Tanek se interpuso—. No sabes qué puede suceder.

—Ella es mi amiga, padre —contestó Zarah—. Madre la encontró para mí. Ella es la luz que guiará mi camino...

—¿Qué...? —Allan avanzó hacia ella—. ¿El hada es la luz que debe guiarte?

—Así es. —Una voz profunda y melodiosa, como si proviniera del canto de los mares y los vientos, combinada con el sonido de los más suaves cánticos de aves, se hizo oír por encima de todas las voces. Era el hada, quien, adoptando una forma humana, se dejó ver por todos los presentes—. Elizabeth me pidió hace muchos años que fuera la guía de su hija en caso de que el plan que había forjado no funcionara según lo planeado. Mi deber es proteger a Zarah —miró a la joven, dirigiéndole una sonrisa—. Mi dulce Zyanya.

—Me alegra tanto saber que estás viva. —Zarah sonrió.

—Pero... No comprendo. —Tanek parecía al borde de un colapso—. ¿Cómo es posible que mi esposa...? ¡Ella no me dijo nada al respecto!

—Les explicaré todo, pero no en este lugar. —El hada se dirigió a Tanek y luego a Allan—: Cada uno de ustedes forma un eslabón importante en el plan de Elizabeth, y si hemos de evitar el terrible desenlace que ella intentó evitar hasta dar su vida por ello, lo mejor será que pongamos manos a la obra enseguida.

—Vamos a Tierra de Libertad —dijo Aidan, mirando fijamente al hada—. Marijó debe ser resguardada hasta el momento en que eclosione, y nosotros necesitamos hablar con el abuelo de todo esto... Creo... creo que él estará bastante interesado de que lo pongamos al tanto de lo que ha ocurrido aquí.

—Así es. —Tanek frunció el ceño—. Y yo también. No puedo esperar a conocer el motivo por el que mi esposa me ocultó tantos secretos.

—Las respuestas llegarán a su debido momento —contestó el hada, volviendo a convertirse en un punto de luz—. Y ahí estaré para ustedes, tal como se lo prometí a Elizabeth.

—Pongámonos en marcha, entonces —dijo Allan, llamando por el kanaan a su nave.

—Será un placer, honorable guerrero —el hada se dirigió a Allan—. No obstante, antes necesitaremos de la presencia de la familia adoptiva de Zyanya, además de un objeto que por el momento está en su poder.

—Imagino cuál es —se adelantó Aidan—. Yo iré, padre. Después de todo, pensaba hacerlo para darles la noticia de lo de Marijó... —Miró con tristeza al capullo tras ellos.

—Te acompañaré —le dijo Allan.

—No, lo haré yo —Tanek se situó al lado de su hijo—. Será más rápido. Tú quédate al lado de Zyanya. Hija, no te despegues de su lado, ¿me has entendido?

—¡Pero papá...!

—Es una orden, Zyanya. —Tanek le dirigió una mirada dura a su hija antes de desaparecer en una voluta de humo verde junto a su hijo y la crisálida de Marijó.

—Bien... creo que debemos marcharnos ya, Zyanya. —Allan se dirigió a ella, esbozando una sonrisa tímida.

Zarah frunció el ceño y alzó el mentón.

—Eso ya lo sé, genio. —Rodó los ojos—. No puedo creer que sea novia de un tipo tan audaz —gruñó, sarcástica, pasando a su lado con gesto despectivo.

—Vaya que tiene carácter tu princesita —rio Raquel, dándole un codazo en las costillas—. Creo que ahora me cae mucho mejor que antes.

Allan exhaló, negando con la cabeza con tristeza.

Por primera vez desde que había descubierto que Mady había vuelto a la vida, volvía a sentir que la perdía...

Y esta vez podía ser para siempre.

—Es tan extraño —comentó Ahren, sin dejar de observar boquiabierto a su nieta—. Es Zyanya... Es decir, siempre ha sido Zyanya, ¡pero ahora realmente es ella!

—Lo sé —dijo Tanek, tan absorto en la imagen de su hija como su suegro—. Es increíble. Sencillamente increíble.

—Increíble será soportarla —Patrick le susurró a Allan, quien lucía sumamente serio, sentado en su lugar en la mesa redonda del consejo del reino de los Blancos.

—Esperen un segundo —habló Miguel. Sus ojeras cubrían buena parte de su rostro, tenía el cabello desordenado y lucía sumamente cansado. Sin embargo, al hablar lo hizo con firmeza y poniendo énfasis en cada palabra—: ¿quieren decir que Zarah ya no es Zarah? ¿Mi hija ya no es mi hija?

—No seas ridículo —Miranda intervino. No lucía mucho mejor que su marido, aunque sus ojos estaban cubiertos de lágrimas—. Ella siempre será nuestra hija.

—Esto es inaudito —Miguel alzó la voz—. Primero estamos en el hospital con una de nuestras hijas al borde de la muerte, y entonces nos llegan con la noticia de que otra de nuestras niñas ha sido atacada y para evitar su muerte, ahora se transformará en un monstruo...

—Kinam —lo corrigió Aidan, sentado al lado derecho de su abuelo.

—Como sea —Miguel continuó hablando—. Marijó ya nunca será

normal... Y nosotros no podemos ayudarla sino hasta que salga de esa cosa en quién sabe cuánto tiempo...

—Siete meses, siete días y siete horas —aclaró Aidan.

—De acuerdo, siete meses. —Miguel le dirigió una mirada dura—. Y ahora también resulta que nuestra hija mayor ya no es nuestra hija, sino una princesa de la que no sabemos nada.

—Es Zarah, señor —Allan habló por primera vez—. Solo que ella no recuerda nada de su pasado... aparentemente.

—El pasado vivido con ustedes —aclaró Aidan—. Nos recuerda a nosotros. Ahora saben lo que se siente...

—¡Aidan! —Tanek fulminó a su hijo con la mirada—. Creo que nos estamos desviando del tema. Zarah, o Zyanya, como ella prefiere que la llamemos ahora, sigue siendo la misma persona. La persona que todos queremos, y es eso lo que importa.

—Exactamente —convino Allan.

—¿Pueden dejar de hablar de mí como si no estuviera presente? —preguntó Zarah con enfado, sentada a la derecha de su abuelo—. Estoy escuchando todo, como pueden ver... ¡Oh, helado! —gritó cuando un mesero entró con una bandeja de bocadillos—. ¿Puedo comer un poco, abuelo?

—Es tan extraño, es como si fuera una mezcla de una mujer adulta y una niña pequeña —comentó Alberto, observando boquiabierto cómo su sobrina hacía levitar un plato con helado hasta su lugar.

—En mi opinión se ve igual —comentó Raquel. Patrick le dio un buen codazo en las costillas que la hizo callar.

—¿Cómo ha hecho eso? —preguntó Miguel, poniéndose pálido.

—Es parte de lo que ella hace... Es por su poder de Alma Azul —le

explicó Miranda, posando una mano sobre el brazo de su marido—. Será mejor que continuemos, por favor. No me gusta dejar tanto tiempo a mis hijos solos.

—Javier y los pequeños están bien atendidos, no se preocupe por ellos — Allan intentó calmarlos—. Ahora mismo descansan en su habitación. Y Marijón y Maricarmen se encuentran en nuestra ala médica, están recibiendo la mejor atención, no tema.

—Por desgracia, desde que ustedes se cruzaron en nuestro camino, no temer por el bienestar de nuestros hijos, es algo que ya no podemos hacer — comentó Miguel con resentimiento.

Miranda asintió, guardándose sus propios comentarios.

—Les aseguro que nuestra intención siempre ha sido mantener a su familia protegida, al igual que a Zarah —les explicó Allan.

—Todos nos hemos desvivido por ello. Dos miembros de nuestro equipo siguen en el ala médica después de haber sido atacadas en el cumplimiento de su deber —añadió Patrick—. Alessandra y Jaqueline por poco mueren, y...

—Patrick —Allan lo hizo callar—. Ellos lo entienden.

—Por supuesto —Miranda tomó la palabra esta vez—. Sin embargo, no pueden esperar que nos mantengamos abiertos a aceptar todo cuanto ustedes sugieran, después de lo que hemos vivido y las repercusiones que estos sucesos han tenido para nuestra familia, ¡por Dios, Marijón está envuelta en una cosa horrible y ya nunca será como antes! Y Zarah... —Las lágrimas cayeron mientras miraba a su hija, quien observaba fijamente la nada, cruzada de brazos en su lugar, como si toda aquella charla le resultara sumamente aburrida—. ¿Alguna vez será como antes?

—Esa es una buena pregunta. —Allan dirigió su atención a la diminuta luz flotando sobre sus cabezas—. ¿Podrías hablar de una vez?

—Por supuesto —la cantarina voz del hada resonó en las altas paredes del salón—. Ahora que estamos todos reunidos es el momento de revelar la verdad.

La luz se ensanchó y alargó, adoptando una forma humana que quedó flotando en el centro de la mesa.

—Madre mía... —musitó Miguel, boquiabierto.

—Este es un momento que Elizabeth hubiera deseado que nunca llegara. Sin embargo, debido a que las cosas han salido tal como ella temía, ahora me toca a mí hablar por ella.

—Eso ya lo sabemos —la interrumpió Tanek—. ¿Qué es lo que tienes que decir? ¿Por qué mi esposa planeó todo esto sin decirme nada?

—Elizabeth, en medio de sus investigaciones, hizo un descubrimiento muy importante. Un descubrimiento que sabía que había puesto su vida en peligro, y deseaba evitar que pusiera también en peligro la vida de su familia. Es por ello que decidió guardar el secreto y no contarle a nadie. Ni siquiera a ti, Tanek.

Tanek frunció el ceño, negando con la cabeza.

—Es ridículo, yo la habría apoyado en lo que fuera. Si estaba en peligro, debió contar conmigo, decirme...

—El secreto que ella se llevó a la tumba era demasiado grande, Tanek. Ni siquiera tú eras capaz de luchar contra el destino que te habría esperado de haberlo conocido en ese momento.

—¿La Mariantella? —Él prácticamente escupió la pregunta—. ¿No podría luchar con el secreto de saber que ella había descubierto la Mariantella? ¡Es ridículo...!

—La traición —lo corrigió Stella, haciéndolo callar con esas sencillas palabras.

—¿Traición? —Ahren habló ahora—. La traición de Flérída... Eso lo sabemos ya.

—La traición de alguien mucho más poderoso. Alguien en cuyo poder se centra el destino de todas las vidas aquí presentes: el Círculo de la Estrella.

Hubo un silencio general que se extendió por varios minutos hasta que Ahren lo rompió:

—Eso es imposible. El Círculo es incorruptible. Lleva cientos, ¡miles de años!, gobernando con honestidad sobre todos nosotros...

—Mi deber es solo transmitir el mensaje que Elizabeth dejó a mi resguardo. De ustedes depende el hacer caso de él o no —expresó el hada con serenidad.

—Disculpa el ímpetu de mi yerno —Ahren tomó la palabra—. Por favor, Stella, continúa.

—Elizabeth temía por el destino de Zyanya, fue así como comenzó todo. Zyanya poseía un gran poder para su edad, además de un alto grado de habilidad en el adiestramiento de la magia y la guerra. Sería una Capadocia excepcional, y por ello, comenzaba a llamar la atención de los miembros del Círculo. Elizabeth temía, y con buen motivo, que su hija fuese un Alma Azul. De ser así, sabía que no habría modo de evitar que el Círculo la enrolara en sus filas de Almas Azules, declarándolo su derecho conforme a la ley.

Intentando averiguar cuál era el destino de las Almas Azules dentro del círculo, fue como descubrió la verdad encerrada entre los miembros corruptos del Círculo, y que la única manera de proteger a Zyanya de aquel terrible destino sería encontrando algo que la mantuviera a salvo de ellos, algo que la hiciera mucho más poderosa, incluso más que las Almas Azules que conforman el círculo.

»Fue cuando decidió buscar la Mariantella.

»Desconozco la forma en que ella la encontró, pero sé lo que hizo con ella.

»Elizabeth sabía que no sería seguro entregar un arma tan poderosa a una niña, además confiaba que estando ella con vida y también Tanek, Zyanya estaría a buen resguardo. Por lo que planeó toda una estrategia para hacer llegar la Mariantella a Zyanya en caso de que ella muriera.

»Un plan que se debía activar cuando Zyanya cumpliera diecisiete años, y del que todos forman parte.

El hada dirigió una rápida mirada a cada miembro en la mesa antes de proseguir.

—Todo comenzó con Zyanya. Elizabeth encerró el secreto completo en su mente con la finalidad de protegerla.

—Entonces mamá guardó un secreto... ¿no bloqueó mis poderes? —preguntó Zarah.

—No, no al principio, al menos —contestó el hada—. El fin era que, si el Círculo intentaba llevarte con ellos, pudieras obtener la Mariantella y protegerte con ella.

»Recuerdo muy bien sus palabras cuando me lo explicó:

*«Es egoísta por mi parte, tal vez, el hacer esto motivada con el fin de salvar a mi hija y no en busca del bien común, como debería hacerlo una princesa. Pero soy madre antes que nada. Tanek lo comprenderá, también mi padre y Alberto, estoy segura, y llegado el momento, no dudarán en apoyarme. Este plan de emergencia se llevará a cabo en caso de que yo muera. Zyanya dependerá de aquellos que más la aman para salir adelante y salvarse y, con ella, salvarlos a todos.»*

—¿Salvarlos a todos? —preguntó Miranda, negando con la cabeza—. ¿Es que Zarah tendrá que luchar sola contra esos hombres del Círculo, que dicen son tan poderosos...? —El desconsuelo rompió su voz y no pudo continuar

hablando. Miguel la estrechó por los hombros, consolándola en silencio mientras aguardaban por una respuesta.

—No nos adelantemos, por favor. Miranda —el hada se dirigió a la mujer—, dime: ¿has traído el medallón?

Miranda asintió, abriendo una pequeña cajita de madera. Con sumo cuidado, sacó el medallón de su interior y se lo alargó al hada.

—Por favor, Allan, Tanek, ¿podrían darme sus medallones?

Ellos así lo hicieron. El hada los tomó y los unió para asombro de todos, formando un óvalo al que le hacía falta una parte.

—Falta el medallón de mi madre, ¿no es así? —preguntó Zarah, enojada—. Ese desgraciado se lo llevó —musitó, enojada—. Más le vale a ese infeliz disfrutar de su victoria mientras le dure. No descansaré hasta darle caza y terminar con su asquerosa vida.

—Por Dios, Zarah, no digas esas cosas, hija —la reprendió Miranda.

—No me llamo Zarah y no soy su hija, señora —contestó Zarah.

—Zyanya, es suficiente. —Su abuelo le dirigió una mirada dura—. Estas personas han cuidado de ti desde que eras pequeña, y te aman como si fueran tus verdaderos padres.

—Eso no lo entiendo aún, padre ¿por qué me dejaste viviendo con simples Homo? —le preguntó a Tanek.

—Me temo que fue lo único del plan que tu madre fraguó que decidió compartir conmigo —comentó Tanek—. Ella me dijo que, si le llegaba a ocurrir algo, debía ocultarte y mantenerte fuera del radar de los Raya y del Círculo, pues temía que te fueras a convertir en un Alma Azul. En aquel momento no lo comprendí, lo tomé como un gesto paranoico... Tu madre solía desconfiar de todos. Pero ahora sé que tenía razón. Como lo comprendí en aquel momento, cuando al fin te encontré. Fue por ello que decidí dejarte en

esa casa, tal como ella me había pedido, y hacer caso por una vez a sus inquietudes... —suspiró con tristeza—. Y debo admitir que, desde entonces, el vivir al estilo paranoico de tu madre me ha salvado la vida en más de una ocasión. Y también a ustedes.

Zarah agachó la vista, ocultando las lágrimas que humedecían sus ojos. El hablar de su madre fallecida le ocasionaba un dolor que no era capaz de demostrar. No en público, al menos.

—Elizabeth fraguó un plan para salvar a Zyanya, es cierto —continuó explicando el hada—. Pero en él tenías mayor participación de la que crees, Tanek. Todos ustedes la tenían.

Tanek alzó la vista, prestando toda su atención a las palabras del hada.

—El plan iniciaría con un ataque, si es que ocurría. Elizabeth había preparado la mente de Zarah para cerrarse con todos sus recuerdos y volver a abrirse gradualmente a medida que las llaves se fueran dando a conocer.

—¿Llaves? —preguntó Allan.

—Ella las llamó «luces».

—Las luces que ella siempre dijo ver... —comentó Aidan, observando a su hermana.

—La primera luz sería la de Elizabeth, la que activaría todo y cerraría la mente de Zarah. O, mejor dicho, sería la luz *ceró*, así la llamaba ella.

»Después vendría la primera luz, la luz que vendría del medallón de Miranda. Un hechizo oculto en el medallón de Miranda trasladaría a la niña y a la mujer al mismo tiempo a un sitio específico y secreto, lejos de todo lo relacionado con la anterior vida de la princesa Zyanya.

—¿Entonces, fue ella quien planeó todo desde un principio? —Miranda parecía tan sorprendida que estaba sin aire—. ¿Qué nosotros encontráramos a Zarah en ese lugar?

—¿Fue por eso que aparecimos allí de repente? —Miguel la secundó, tan alterado como ella.

—Elizabeth sabía que Miranda y Miguel habían adoptado a varios niños —explicó el hada—. Sabía que eran buenas personas y se compadecerían de una niña abandonada.

—¿Cómo podía saber eso? —preguntó Miranda—. Nosotros no conocíamos a esa mujer.

—Elizabeth te conoció, Miranda, en una de sus clases, donde fue tu profesora y supo que tú serías el eslabón perfecto para fraguar su plan.

—No puedo creerlo... —Miranda abrió la boca, incapaz de articular otra palabra.

—Tu familia sería el lugar perfecto para esconder a su hija, un sitio donde sería feliz y crecería rodeada de amor y seguridad. Para ello implantó la primera luz en el medallón que te obsequió. Esa luz provocaría que Zyanya sintiera el deseo de estar a tu lado, de ver en ti a su madre. Y también por tu parte... —añadió con cierto recelo.

—¿Qué quieres decir con esto? —quiso saber Miranda.

—Una atracción mutua se activaría por el hechizo. Tú querrías a Zarah como tu hija, tu instinto maternal se activaría al verla y sentirías la necesidad de protegerla. Esto con el fin de asegurar que Zyanya se quedara contigo.

—¡Eso es imposible! —chilló Miranda—. ¡Yo la quise por mí misma! Eso nunca ocurrió...

—Es cierto—Miguel la interrumpió—. Tú no quisiste separarte de ella en ningún momento. Dijiste que era tu hija, aunque ni siquiera la conocías...

—Es mi hija —replicó Miranda, sus ojos bañados de lágrimas—. Lo es todavía... Siempre lo será.

—Era un hechizo de protección, para evitar que Zyanya pudiera atacarlos por accidente al confundirlos con enemigos —explicó el hada—. El amor verdadero pudo surgir, por supuesto.

Zarah miró fijamente a Miranda, sus ojos se habían humedecido de repente, pero cuando se encontraron con los de su madre, desvió la mirada. Nadie lo notó, con excepción de Miranda.

—La siguiente luz, la luz que activaría la siguiente fase, fue el collar que Tanek debía entregarle a su hija al cumplir los diecisiete años.

—No lo comprendo. Ella me dijo que se lo diera a nuestra hija, fue un regalo de bodas... ¿Cómo pudo ponerle un hechizo sin decirme nada?

—Pero no fue su luz la que ella vio, ¿no es así? —preguntó Allan—. Los planes de Elizabeth se alteraron. Las cosas no pasaron como ella esperaba.

—Así es, Allan —asintió el hada—. El orden se invirtió cuando tú te topaste accidentalmente con Zyanya antes de lo planeado...

—¿Antes de lo planeado? —interrumpió Tanek.

—Se suponía que Zyanya debía encontrarse con su amor verdadero después de encontrarte a ti, Tanek. Elizabeth esperaba que para entonces ya le hubieras revelado la verdad sobre su pasado y origen. Entonces la luz del medallón que debías obsequiarle como cumpleaños se activaría, llamando a Zyanya a la tercera luz: la luz del medallón de Allan.

—No puede ser... —Tanek estaba incrédulo, tenso sobre su silla como si estuviera a punto de saltar contra alguien.

—Esa luz, la luz de Allan, debió ser la luz que le mostraría parte de su pasado —continuó hablando el hada—, el momento en el que murió Elizabeth y Zyanya fue salvada. Para ello Aidan debía seguir algunas instrucciones; hacer una pócima y llegar a Allan por medio de Alberto, amigo en común entre Tanek y Allan.

—Solo que él nunca vio la carta —comentó Aidan—. Y no se enteró de nada hasta hoy.

—Lo que Elizabeth nunca imaginó fue que Zyanya consiguiera recordar fragmentos de su pasado por sí misma. Eso es todo crédito de la mente superior de esta jovencita.

Zarah frunció el ceño, sus mejillas encendidas. Al parecer ese halago le llegó hondo.

—Como ven, todos ustedes formaron parte fundamental de este plan. En caso de que algo se saliera de orden, como sucedió, Elizabeth pensó en un respaldo con dos luces más, es decir, tres oportunidades extra para enmendar el orden y encontrar el secreto. Estas luces pondrían la mente de Zyanya en estrés, abriendo fragmentos de su mente pasada para ayudarla a defenderse en caso de encontrarse en peligro. Además de otorgarle un impulso por conocer la verdad.

—Ella parecía que moría... —dijo Allan.

—Y despertaba... mala —añadió Aidan.

—Son fragmentos de su pasado —explicó el hada—. Y no moría. Su alma era puesta en trance. Una defensa ideada por Elizabeth para evitar que el secreto no le fuera arrebatado a la fuerza.

—Era peligroso —dijo Allan—. Su cuerpo realmente estaba... muerto.

—Por ello solo hubo dos oportunidades extra para conseguir el desenlace deseado. De lo contrario, el plan de emergencia se llevaría a cabo al encenderse la sexta luz.

—¿Qué Zarah muriera? —preguntó Allan, molesto—. ¿O a qué plan de emergencia te refieres?

—Esto —El hada señaló a Zarah—. Zyanya regresaría a su estado original, al momento antes de que su mente fuera cerrada, como un medio para

protegerla.

Se hizo un silencio sepulcral en la sala, por lo que el hada optó por seguir hablando.

—Elizabeth sabía que su hija era una excelente guerrera, por ello la estuvo entrenando para que ella consiguiera sacar a la luz sus poderes Capadocia de Alma Azul. De ese modo, llegado el momento, Zyanya podría defenderse de sus enemigos.

—Pero es solo un Alma Azul —replicó Raquel—. El Círculo está formado por otras igual a ella. Zyanya no podrá hacer nada contra todo el Círculo.

—Elizabeth lo sabía, es ese el motivo por el que buscó la Mariantella y la dividió en cinco partes. Cinco partes que se atraerían entre ellas para volver a unirse... —levantó el óvalo incompleto.

—¡Madre mía, ¿eso es la Mariantella?! —Patrick prácticamente se cayó de la silla.

—¿Quieres decir que hemos llevado encima a la Mariantella todo este tiempo? —bramó Allan, sorprendido.

—Tú la has llevado encima —lo corrigió Tanek—. Mi parte estaba guardada.

—La mía también —dijo Miranda.

—La mía se la robó un loco al que le queda poco tiempo de vida —gruñó Zarah.

—No, linda. La parte de tu madre, Elizabeth, ha sido robada. La tuya la has tenido contigo todo el tiempo.

—¿Qué cosa...?

—Tú, Zyanya, has tenido la Mariantella contigo todo el tiempo. La verdadera Mariantella. Aquella parte que forma el centro mismo del poder de

la Mariantella, el corazón de su energía en el que radica toda su fuerza, su poder inagotable. Su supremo poder.

—¿Yo...? ¿Cómo...? ¿Dónde?

El hada se acercó a ella y tocó el centro de su pecho con un dedo. Enseguida una luz brilló desde su interior. Una luz azul que nada tenía que ver con su aura de Alma Azul.

—Aquí mismo, pequeña.

—Ahora lo recuerdo... —Zarah abrió los ojos como platos—. Mamá me puso ese casco... y entonces tú —miró al hada—, metiste la piedra azul en mi interior. En mi corazón...

—Eso es imposible —dijo Allan—. Habrías muerto.

—Se necesitaba magia. Magia especial. Magia que no poseen los Capadocia. —El hada le dirigió una sonrisa—. Magia de hada.

—Fue el motivo por el que mamá te buscó a ti, Stella —dijo Zarah—. Solo tú podías hacerlo.

El hada asintió, sonriendo ligeramente al tiempo que alzaba el óvalo sin terminar.

—Cada uno de estos fragmentos de la piedra reaccionan ante su centro, encendiéndose en una luz al reconocerse entre sí. Elizabeth utilizó esta cualidad para activar los hechizos en la mente de Zarah. Al final, su hija debía haber reunido los otros cuatro fragmentos y formado la corona que le otorgaría el poder necesario para defender la tierra de los Blancos.

—¿Defender la tierra de los Blancos? —preguntó Allan, preocupado—. Se supone que es para defenderse a ella misma, no a todo un reino.

—Esa piedra yacerá para siempre en el corazón de Zyanya. No hay forma de retirarla, o ello ocasionaría su muerte —explicó el Hada—. Elizabeth sabía

que el reino de los Blancos necesitaría a la Mariantella completa, y a su princesa para defenderlo.

—Es inaudito. —Miguel se puso de pie—. Mi hija no va a participar en una guerra y mucho menos defender a todo un reino.

—Me temo que el hada tiene razón —Ahren tomó la palabra—. Todos los reinos deben su sometimiento al Círculo de la Estrella. Si realmente hay un traidor en el Círculo, la única manera de oponernos a él, será declarando la guerra.

—Y ellos están buscando a dos Almas Azules en este momento —añadió Tanek—. Tenemos el cuerpo de Nicótoe. Pero seguirán buscando a la otra...

—Ellos solo saben que hubo dos Almas Azules, una más poderosa que la otra. Bien pueden asumir que la más poderosa fue Nicótoe, pero no tienen que saber que la otra fue Zarah.

—Pero no tardarán en saberlo —gruñó Tanek—. No es que las Almas Azules abunden, para señalar a un falso culpable. No tardarán en hallarla.

—No, si Zyanya sigue en su vida normal, oculta entre los humanos —sugirió Allan.

—Espera, no voy a ir a vivir con ellos, ¡este es mi hogar!

—Él tiene razón, Zyanya —Tanek habló tras una breve pausa—: Probablemente es lo único que podemos hacer para evitar que te encuentren... Por ahora tendrás que seguir con tu vida normal, aparentando que nada de esto sucedió.

—¿Pero... hasta cuándo? —Su voz sonó sumamente afligida.

—Sí, ¿hasta cuándo? —preguntó Allan—. ¿Cuándo recuperará la memoria y volverá a ser la de antes?

—Eso sucederá cuando Zyanya vuelva a ver la luz formada por las cuatro

partes de la Mariantella unidas en conexión con la suya —contestó el hada.

—Es decir, que para que ella recupere la memoria, ¿debemos encontrar primero el fragmento de esa cosa? —preguntó Miguel, señalando el óvalo incompleto en la mano de Stella.

—Así es —asintió el hada—. Y cuando eso suceda, su mente será completamente desbloqueada. Y el secreto final será dado a la luz.

—¡No me digas que hay más secretos! —rugió Aidan.

—Me temo que sí. Uno que Elizabeth ni siquiera me confió a mí, y que será labor de Zyanya encontrar llegado el momento. —Depositó la corona sin terminar en las manos de Zarah antes de volverse una diminuta luz que se disolvió en el aire.

—¿A dónde ha ido? —preguntó Aidan, poniéndose de pie.

—Se ha marchado —contestó Zarah.

—Pero tengo más preguntas... ¡dile que vuelva!

—No puedo. Es un hada, no obedecen a nadie. Ha hecho esto como un favor hacia mi madre y ya ha cumplido su parte. —Miró a su hermano y luego a su padre—. Supongo que depende de nosotros ahora continuar con la labor que nos dejó mamá.

*Continuará...*

## Agradecimientos

Tengo muchas personas a las que agradecer, sin embargo, no puedo mencionarlos a todos. Ustedes saben quiénes son, de corazón, ¡gracias!

Gracias, querida Lola Gude, hacedora de sueños de tantos escritores. No tengo palabras para agradecerte por cumplir el deseo que llevaba guardando tantos años en mi corazón de ver esta historia publicada formalmente. Eres una excelente persona y amiga, tu gran devoción por tu trabajo se refleja en cada libro publicado por ti y para mí es todo un honor poder formar parte de esta colección. Dios te bendiga y te siga llenando de éxitos.

Gracias, muchísimas gracias, queridas lectoras y amigas, que leyeron cada día esta novela cuando estuvo colgada en el foro de El rincón romántico. Especialmente gracias querida Bree e Inma, ustedes dejaron una huella imborrable de ese tiempo en mi corazón. Es una novela viejita y ahora parece que fue hace siglos cuando la subí, pero ese tiempo fue tan especial, que lo atesoro en mi memoria como uno de los más entrañables momentos de mi vida. Sus comentarios fueron una motivación muy importante, ustedes fueron un apoyo increíble, su cariño es invaluable para mí. ¡Gracias de todo corazón!

Gracias a mi querida familia, sin la que no sería nada. Gracias a mis hermosas hijas y mi marido, les agradezco su paciencia, amor y apoyo incondicional. Muchas gracias mamá, eres una gran mujer, madre, amiga y esposa. Sin tu ejemplo de fortaleza, no sé dónde estaría hoy. Gracias por ser ese pilar que tanto necesitamos en nuestra familia, y seguir siéndolo en esos días tan duros... Te amo con todo el corazón, mamá. Gracias Xime por ser la mejor hermana del mundo, mi sostén y mi hombro para llorar tantas veces, la

mejor amiga, la compañera de risas y mi cómplice en tantas cosas. ¡Te quiero, hermana! Gracias Rober por todo tu cariño y apoyo, gracias hermano por tus consejos, tu ternura, tus risas, por ser siempre tan alegre y divertido, por enseñarme a no tomar tan enserio la vida y atreverme a hacer lo que me da miedo. Gracias por tanto cariño, ¡te amo, Bro! Gracias Tom y Panchito, seguramente nunca leerán esto, pero sepan que los amo y siempre los veré como mis pequeños hermanitos consentidos, aunque sean mucho más altos que yo y hace ya años que tengan barba y pelo en pecho. ¡Los amo, hermanitos, son los mejores! Y gracias, mi adorado y muy amado papá, porque sé que, aunque no estés ya físicamente con nosotros, sigues presente en muchas otras formas. Vives cada día en mi corazón, tu recuerdo es mi eterna y constante compañía. Cada día es difícil, pero sé que sigues aquí, conmigo, con nosotros, amándonos y cuidándonos como siempre. Este libro es para ti, papá. Tú que siempre amaste mis novelas, que me hiciste reír a carcajadas con tus comentarios, que me hiciste llorar de alegría al verte orgulloso... Gracias por tu amor, papá. Te amo con todo mi corazón. Siempre vivo, siempre amado, siempre conmigo, papá.

Muchísimas gracias a todos mis amigos y familia, han sido un apoyo invaluable, sus comentarios me llenan de alegría el corazón. Gracias por tanto cariño, les aseguro que cada una de sus palabras son importantes para mí. Gracias, querida Nonna, usted la mejor mentora, maestra, oradora, defensora de ideales y de esta escritora, su nieta, que la ama con todo el corazón.

Y gracias, por supuesto, a Dios, por todo lo que me ha dado.

Gracias, siempre gracias.

## Nota de autora

El autismo es un tema muy importante en mi vida, y es la causa que nos mueve en mi familia. Es por ello que me he impuesto la labor de poner un personaje con autismo o con alguna capacidad especial en cada libro que escribo, con la intención de crear conciencia y abrir los corazones de los lectores.

Buscamos un mundo donde la aceptación, la integración y el amor hacia las personas con capacidades especiales, sean una realidad en nuestra sociedad y en nuestro mundo.

Por favor, abre tu corazón y únete a nuestra causa.

¡Apoya a las personas con autismo y con capacidades especiales!

Si te ha gustado

*Dos vidas en un alma*

te recomendamos comenzar a leer

*Tú alteras mi mundo*

de *Begoña Gambín*



## Capítulo 1

### UN REENCUENTRO INESPERADO

*Benidorm (Alicante), 29 de julio de 2017*

Raquel bajó del taxi con rapidez en cuanto hubo pagado la carrera y

mandado un wasap a sus amigos para avisarles de que ya había llegado, y una bofetada de aire caliente le dio en el rostro al cambio con la temperatura que había en el interior del coche debido al aire acondicionado.

No sabía cómo se las ingeniaba, pero casi siempre llegaba tarde cuando quedaba con sus amigos; en cambio, cuando eran reuniones de trabajo, su formalidad rayaba la tan cacareada puntualidad británica.

El taxista bajó a su vez y se dirigió hasta la parte trasera del coche para abrir el maletero y sacar el equipaje de la joven. En cuanto tuvo su enorme maleta en la acera, Raquel se despidió del hombre y, arrastrando con dificultad su equipaje, se dirigió hacia la puerta del edificio de recepción del complejo hotelero.

Con inmediatez notó la humedad pegajosa que había en el ambiente, bajo el sol abrasador que caía con fuerza a la hora en que más alto estaba. Miró al cielo para comprobar que no había ni una sola pequeña nube en el firmamento y bufó al sentir cómo le caía la primera gota de sudor por la frente, bajo su flequillo.

El taxista se introdujo en su coche, pero con rapidez volvió a emerger por la puerta, gritando y elevando el brazo para llamar la atención de Raquel:

—¡Joven! ¡Joven! ¡Su bolso!

Raquel se giró, hizo un gesto de disgusto con su rostro, abandonó la maleta en medio de la acera y regresó al taxi. Abrió la puerta trasera y recuperó su bolso.

—Muchas gracias, caballero. No sabe usted el problema que habría tenido si lo hubiera perdido; aquí dentro llevo toda mi vida —agradeció al taxista con una enorme sonrisa en su amplia boca de labios carnosos.

De pronto notó que algo se abalanzaba sobre su espalda y la atrapaba encerrándola en unos enormes brazos que le impidieron volverse. Unos labios se posaron sobre su mejilla, la apretaron en un gran beso sonoro y algo

esponjoso le raspó la cara. Raquel se echó a reír al reconocer ese beso.

—¡Felipe! ¡Qué besucón que eres! —exclamó mientras luchaba para soltarse del abrazo de su amigo y colaborador.

En cuanto el joven separó los brazos de ella, Raquel se giró y lo miró sonriente. Era un tipo larguirucho y alto en exceso, de pelo castaño oscuro con un hermoso tupé —algo despeinado, a propósito—, bigote y una larga y abundante barba, pero bien recortados y cuidados. Llevaba unas enormes gafas de pasta ultramodernas que aumentaban sus angulosos ojos de color chocolate. Sus grandes manos destacaban en proporción a su delgadez pero, pese a ello, su forma de vestir y sus modales lo convertían en un chico con mucha clase. En esa ocasión llevaba un pantalón de lino en color beis con la cintura baja, que reposaba en la cadera, y una camiseta gris con cuello de pico que dejaba ver su rizado pelo en el pecho. Tenía una mezcla entre hípster y folk muy personal. Detrás de él, la joven pudo ver a sus amigas Carlota y Estefanía.

—¡Fanny! —exclamó a la vez que esquivaba el cuerpo de Felipe y se dirigía hacia ella.

La abrazó con fuerza, se balanceó y arrastró a su amiga en ese vaivén. Raquel conocía a Estefanía desde niña, cuando se habían hecho las «más mejores amigas» durante los veraneos de Raquel y sus padres en Benidorm. Su amiga era de allí y, además, había estudiado Arqueología en la Universidad de Barcelona, donde ella residía, hecho que hizo que afianzaran su amistad durante sus épocas universitarias.

Estefanía era de cuerpo fibroso y atleta debido al deporte que practicaba, además de algo más alta que su amiga. Su pelo, moreno, rizado y largo, lo llevaba suelto en ese momento y le caía en cascada por su espalda, en lugar de la cola de caballo con la que solía peinarse. También, ese día, estaba vestida de forma inusual en ella. Solía vestir con ropa cómoda: vaqueros, camisetas y zapatillas deportivas; en cambio, en esa ocasión, llevaba un vestido veraniego de tirantes y tejido vaporoso, con un estampado muy juvenil.

—¡Qué guapísima estás! Cómo se nota en tu cara la felicidad. ¿Estás muy nerviosa? —interrogó Raquel mientras se separaba un poco de ella para mirarla.

—¡Estoy *atacá!* ¡Llevo tantos años esperando este momento! Tú lo sabes. Ufff..., espero que no salga nada mal —concluyó con unos morritos muy cómicos en sus labios—. Me alegro de que hayas aceptado mi invitación para ayudarme con los últimos preparativos. Así estoy más tranquila.

—Desde luego sigues siendo la misma exagerada de siempre, pero me encanta que me hayas pedido ayuda.

—Oye, pero yo insisto: me gustaría que te vinieras a casa de mis padres, igual que Felipe. Me sabe fatal que pagues quince días de hotel si puedes estar allí.

—Tranquila, Fanny, ya te dije que me hacen un precio especial por mi trabajo; además, así aprovecho para echarle un ojo a este complejo hotelero. He quedado con mi padre, que vendrá algún día antes de tu boda, para pasarle un informe.

—Tengo muchísimas ganas de verlo. Hace años que no me achucha como solo él sabe hacerlo.

El padre de Raquel era el propietario de una pequeña cadena de agencias de viaje en Cataluña y ella tenía bien claro, desde niña, a lo que se iba a dedicar, así que estudió un grado de Turismo, con la especialidad de Dirección Turística, en la Escuela Universitaria de Hostelería y Turismo de Barcelona.

Desde que se graduó, colaboraba con su padre en la dirección del negocio, además de crearse un nombre como gestora de espacios de ocio.

Pero, sobre todo, su padre era una gran persona y muy, pero muy cariñoso.

—Bueno, querida jefa y amiga, ¿no piensas saludarme? —preguntó Carlota

acercándose a las dos.

La joven era la más alta de las tres y la más coqueta pero, claro, como solían decirle sus amigos, con esa figura perfecta, sexi y provocativa, ¡cualquiera ligaba! Ellos siempre la picaban al decirle que no tenía ningún mérito llevarse de calle a todos los hombres porque la naturaleza había sido muuuuy generosa con ella. Además de unas curvas de escándalo y unas largas piernas espectaculares, su pelo rubio destacaba por su ondulación natural y su brillo; y para rematar, sus ojos, de un azul profundo, embelesaban a cualquier género humano.

—Mira que eres «celosona», Carlota —le dijo Estefanía al tiempo que le dedicaba un empujón con la cadera y una sonrisa guasona en su rostro.

—Fanny tiene razón, Carlota. Mira que te gusta ser el centro de todas las atenciones. ¡Si hace dos días que nos separamos! —respondió Raquel a la vez que le daba dos besos.

—¿Y yo qué? Pasaste de mí en cuanto viste a Fanny —protestó Felipe uniéndose a la broma.

Raquel se giró hacia él, que se había colocado detrás de Carlota, y le dio una palmada en el brazo.

—Menudos amigos y colaboradores más bobos que tengo. Creo que voy a tener que revisar vuestros contratos —se burló mientras señalaba a Felipe y a Carlota alternativamente.

Carlota era su secretaria, colaboradora y amiga desde hacía cinco años. Prima de Estefanía, ella se la recomendó cuando le comentó lo que andaba buscando. La joven había estudiado un grado superior de Secretariado y tenía ganas de salir de Benidorm para conocer otros mundos. Desde entonces, Raquel y Carlota se habían convertido en inseparables.

En cuanto a Felipe, era amigo de Raquel desde la universidad y, por lo tanto, también de Estefanía. La joven lo había contratado al poco tiempo de

graduarse los dos, con el beneplácito de su padre. Raquel sabía que era un buen fichaje, puesto que hicieron todo el grado de Turismo los dos juntos. Lo conoció el primer día de clase y así permanecieron los cuatro años de estudios. Se apoyaban el uno en el otro, ayudándose en sus carencias. Ahora colaboraba con Raquel en la planificación de viajes.

Después de los años que llevaban juntos los tres, podía asegurar que formaban un gran equipo.

—Venga, vayamos a la cafetería del hotel a tomarnos algo mientras te cuento cómo va lo de la boda —indicó Estefanía a la vez que comenzaba a empujarlos hacia la entrada del hotel.

Raquel se giró para coger su maleta, pero Felipe se había adelantado y ya la arrastraba.

—Mejor será que la lleve yo, jefa. ¡No es por peloteo, eh! Si te dejas a ti arrastrarla, seguro que destrozás algo con ella.

—No sé a qué te refieres —repuso elevando la barbilla en una actitud altiva, aunque una leve sonrisa, que contradecía sus palabras, afloró de sus labios.

Pero dicha altivez ficticia acabó en cuanto comenzó a andar porque, al girarse, tropezó con Carlota, que los estaba esperando detrás de ella. Menos mal que su amiga reaccionó con rapidez y la sujetó por los brazos para evitar que se cayera.

—Ya... No lo sabes... —murmuró Felipe, burlón.

Raquel se volvió hacia su amigo.

—¡Ni una palabra más! —exclamó señalándolo con un dedo en actitud amenazante.

Mientras los cuatro amigos se reían con fuerza, se encaminaron hacia el hotel. Cuando entraron, la fuerte luz del sol levantino que había en el exterior

los cegó con la negrura del interior de manera momentánea. En cuanto Raquel recuperó algo su visión, pudo contemplar el hermoso *hall* que recibía a los clientes del complejo. Se trataba de un vestíbulo amplio y decorado como una típica casa mediterránea: con las paredes de estuco blanco y hermosas plantas por todos los rincones. En el techo se podían admirar las vigas de madera envejecida, a juego con los muebles rústicos. Los sillones, que descansaban sobre el suelo de terracota, estaban tapizados de loneta tono hueso. El toque de color lo daban grandes cojines forrados con telas con dibujos geométricos en azul cobalto sobre fondo blanco, así como pequeños artículos decorativos, diseminados por doquier, del mismo matiz de azul.

Raquel se dirigió hacia el mostrador de recepción, que se encontraba a un lado del vestíbulo y que constaba de un medio tabique estucado con la encimera de madera rústica.

—Soy Raquel Durán. Tengo una reserva —explicó al recepcionista, que le había ofrecido una sonrisa como prueba de recibimiento.

—Bienvenida, señora Durán. Enseguida busco su reserva y la acompañamos a su chalé independiente.

—No, solo quiero avisar de que ya estoy aquí. Voy a la cafetería con unos amigos, más tarde iré a la habitación.

—Bien, si me lo permite, podemos llevarle la maleta ahora.

—Me parece perfecto.

En cuanto Raquel terminó de registrarse y un botones se llevó su maleta, los cuatro amigos se dirigieron a la cafetería del hotel, que estaba en uno de los laterales del *hall*, frente al mostrador, tras unas hermosas puertas de madera de cedro, con unas espléndidas vidrieras de colores que representaban un paisaje de la playa formada por multitud de tonos azules, arena tornasolada y un hermoso sol.

Estefanía los guio hasta una esquina del local, en el que había una mesa

para cuatro; la seguía Carlota, luego iba Felipe y cerraba la marcha Raquel. Cuando los tres primeros ya se estaban acomodando, Raquel llegó junto a su silla y la separó de la mesa para sentarse. Pero, al ir a introducirse en el hueco, se enganchó con un pie en la pata de la silla en la que se estaba sentando Felipe y la desplazó hacia un lado, lo que provocó que el pobre y sufrido amigo se precipitase hasta el suelo y se quedase tumbado con las piernas elevadas señalando el techo.

—¡Felipe! ¡Cuánto lo siento! ¿Te has hecho daño? —interrogó con preocupación mientras se dirigía con rapidez a socorrerlo.

—¡No me toques! ¡Yo me levanto solo! —exclamó y apartó los brazos para que Raquel no lo agarrase.

Carlota y Estefanía los miraban a punto de romper en fuertes carcajadas.

—¡Y vosotras no os riais! —continuó Felipe al ver las caras contenidas de las dos.

Todavía no había dejado de hablar cuando las dos amigas no aguantaron más y se rieron al unísono. Felipe, al darse cuenta de la situación, las acompañó en sus risas mientras intentaba levantarse y Raquel, avergonzada, apretaba sus labios para no secundarlos. Al fin y al cabo, la culpa era suya.

Desde el otro lado de la cafetería, tres hombres no pudieron evitar mirar hacia ellos.

Dante Martín, recién estrenado propietario del complejo hotelero, observó atentamente la escena. Sus profundos ojos negros la analizaban con profesionalidad por si debían intervenir para solucionar algún problema, pero también, gracias a su experiencia en esas lides, se recreó en contemplar la figura de la joven que estaba de pie.

Llevaba unos vaqueros que moldeaban su generoso trasero, el cual se vislumbraba por el borde de la cinturilla baja del pantalón, al agacharse para intentar ayudar al hombre que estaba en el suelo. La blusa blanca, sin mangas,

acababa un poco por encima de la cinturilla del vaquero y dejaba ver su estrecha cintura. La piel que pudo observar de su espalda y de sus brazos se veía muy morena con el contraste de la tela blanca. Intentó contemplar su rostro pero, a pesar de que llevaba el pelo muy corto por la nuca, un largo flequillo le ocultaba el lado izquierdo de la cara, que era la parte que él veía de ella. Dante pudo deducir que era más bien bajita, pero muy proporcionada.

Le costó, pero al final apartó la mirada de la joven para seguir la conversación que mantenía con sus dos amigos.

—¿Tú qué opinas, Dante? —lo interrogó Darío, amigo y hostelero de Benidorm.

—¿Eh?, ¿de qué? —No pudo evitar preguntar ante su falta de atención—. Perdonad, estaba viendo si había que atender en algo a esos jóvenes de allí —concluyó señalando la mesa donde se encontraba Raquel.

—¿Seguro que solo te interesabas por eso? —le preguntó con sorna Carlos, amigo de la infancia de Dante y director del hotel en esos momentos.

Dante había acudido solo al complejo pero, en cuanto vio que allí había mucho trabajo y no se trataba tan solo de dar unas directrices, llamó a Carlos Díaz. Él se ocupaba de dirigir los hoteles que compraba la empresa familiar de Dante y que necesitaban una regeneración más profunda.

La amistad de ambos se remontaba a la infancia, aunque luego se hubieran separado durante la época universitaria, ya que Dante se había marchado a California a estudiar Economía en la Universidad de Stanford y una maestría en Dirección General de Administración de Empresas en la Escuela de Postgrado de Negocios Stanford. Carlos, en cambio, había acudido a la Universidad Complutense de Madrid para cursar Administración y Gestión de Empresas. No obstante, en cuanto Dante tuvo que ayudar a su padre en la cadena hotelera que este presidía, llamó de inmediato a su amigo porque sabía que él sería un gran activo en la empresa familiar.

Pero, claro, el peligro que eso conllevaba era que Carlos lo conocía a él casi mejor que él a sí mismo y viceversa.

—Bueno..., tú ya sabes... —No pudo evitar contestar si no quería mentir.

De todas formas, estaba entre amigos.

Darío Balaguer también era uno de sus mejores amigos. A él lo había conocido en Stanford y, desde su graduación, había ido aumentando su reputación empresarial año tras año, logrando que lo llamasen de los hoteles más cotizados de España, hasta conseguir la dirección de uno de los mejores hoteles de Benidorm, donde llevaba ya varios años y no tenía pensamiento de abandonarlo. Decía que vivir en esa parte del país era como vivir en el paraíso, y de ahí no lo sacaba nadie.

Dante había intentado tentarlo para que se ocupase de algún hotel de su propiedad, pero se había negado en redondo. Ahora, que habían adquirido ese complejo hotelero, se le estaba pasando por la cabeza ofrecerle su dirección cuando Carlos terminase de adecuarlo y lo necesitase en otro hotel en estado precario.

—Deja que adivine... La rubia despampanante —afirmó Carlos con una sonrisa.

—Pues te equivocas... La de pelo corto —confesó Dante con el ceño fruncido. Elevó los brazos, abriendo las palmas de las manos, y sonrió de medio lado—. No me preguntes porqué, Carlos. Ya sé que no es ese mi tipo de mujer, pero hay algo en ella... Bueno, volvamos a lo que estábamos. ¿De qué hablabais?

—Pues os estaba comentando que yo creo que este complejo deberíais potenciarlo como alojamiento para familias. Al ser cerrado, los padres están más tranquilos para dejar a los niños libremente por él. Además, el hecho de ser chalés individuales es muy atrayente para ese sector del turismo —intervino Darío.

—Habría que acondicionar cierto número de chalés para alojar a las familias, pero sería sencillo de hacer. Ten en cuenta que todos son bastante amplios y disponen de una gran habitación, además de un enorme salón. Sería posible... —contribuyó Carlos—. Yo lo veo factible y una buena idea.

—Eso supondrá una inversión con la que no contábamos. He de hablarlo con mi padre y mis hermanas; algo así no lo puedo decidir yo solo —aclaró pensativo.

En el otro lado de la cafetería, los cuatro amigos charlaban sobre los preparativos de la boda con entusiasmo. Estefanía era una romántica empedernida y siempre había soñado con una boda de cuento. Sus amigos lo sabían, por eso querían colaborar con ella y hacerla feliz; Estefanía —Fanny para los amigos— se lo merecía. La joven siempre era muy cariñosa con sus seres queridos y los defendía hasta el final. Nadie que la conociese la había visto enfadada, salvo cuando se metían con sus amigos o sus familiares. Y cuando eso ocurría..., más valía estar lejos de ella; se volvía una fiera defendiendo a sus crías.

—Entonces, ¿cómo ves lo que he pensado para entretener a los niños durante el convite, Raquel?

—Bueno, está muy claro que un hinchable y payasos es algo que siempre entretiene a los niños más pequeños pero, según me has dicho, van a haber más niños que rozan edades preadolescentes. Por eso, yo te aconsejaría una serie de cuidadores que se ocupen de los pequeños, pero que también entretengan a los más mayores con actividades para su edad, como juegos de búsqueda del tesoro o el juego del pañuelo y otros muchos con los que podrían disfrutar a lo grande.

—¡Me encanta esa idea, Raquel! ¿Conoces alguna empresa que se dedique a eso?

—Pues... en esta zona no, pero yo suelo recurrir a los grupos *scouts*. Se

reúnen en casi todas las ciudades de nuestro país y siempre hay alguno de sus *scouters* que tiene el título de animador sociocultural. Conocen a los niños como nadie y saben manejarlos en cualquier situación, además de que, como ellos trabajan con críos desde los seis años hasta los dieciocho, saben divertirlos en casi todas las edades.

—¡Sí!, me parece una idea genial. Además, conozco a alguien que es *scouters* en el Grupo Scout Nyeri de San Vicente del Raspeig, que es una localidad cercana a Alicante. Me pondré en contacto con él y podemos reunirnos para planificarlo —le informó entusiasmada—. No, espera, voy a llamarlo ahora mismo —concluyó mientras cogía el móvil y buscaba entre los números de su agenda.

Mientras Estefanía hablaba con su amigo, Raquel se dedicó a observar la decoración de la cafetería, pasando la mirada por toda la sala hasta posarla en el grupo de amigos que había al otro lado del local.

Ojeó a los tres hombres allí reunidos hasta que uno le llamó la atención. «¡No puede ser!», gritó Raquel en su interior. Pero lo era. Ese perfil era único para ella. Lo tenía grabado en su retina desde hacía nueve años. Y aunque no llevaba su típica barba de varios días y su pelo era más corto, lo había reconocido al instante.

—¿Te ocurre algo? —la interrogó Carlota al ver su cara descompuesta.

—No... no... —balbuceó sin apartar los ojos de Dante.

Miles de recuerdos se agolpaban en su mente pugnando por salir y dañarla de nuevo. Desde hacía nueve años, temía que, tarde o temprano, se lo encontrara en cualquier lugar o evento del gremio. Al fin y al cabo, ambos tenían la misma profesión o, por lo menos, así era cuando se conocieron.

De reojo lo miró con atención y pudo comprobar que seguía siendo igual de guapo. No, guapo no, guapísimo. Recordaba, con todo detalle, su rostro de nariz fina y con un ligero hoyuelo en la punta; su boca expresiva de labios

delgados y esos profundos ojos negros, audaces y sensuales. Ahora iba vestido con mucha más elegancia de lo que vestía antaño, pero el traje le sentaba como un guante.

Cuando volvió a elevar la mirada hacia su rostro, se tropezó con los ojos de él, que la observaban con curiosidad. De forma inmediata, giró su cabeza por temor a que la reconociera, pero él no dio muestras de tal hecho.

Estaba claro que, para el joven, solo había sido un simple y remoto pasaje de su vida y que, en cuanto se deshizo de ella, pasó al olvido. Así era mejor; por lo menos, ahora se podía sentir tranquila.

Suspiró aliviada y volvió a prestar atención a sus amigos. Estefanía acababa de colgar su móvil.

—Perfecto. Mañana viene Óscar para hablar con nosotros. Y ahora, ¿qué os parece si vamos a ver tu alojamiento? —preguntó a Raquel.

—Buena idea. Tengo curiosidad por empezar a examinar algo de este complejo —confesó la susodicha, mientras se levantaba de la silla, deseosa por salir de allí y perder de vista a Dante.

Sus tres amigos la imitaron y se levantaron también pero, en cuanto Raquel se dio la vuelta para salir, los tres permanecieron quietos y se miraron con una sonrisa cómplice. Ya estaba casi llegando a la puerta cuando Felipe la llamó con voz jocosa:

—¡Raquel!, ¿no se te olvida algo?

La joven se detuvo, giró su torso de medio lado y le contestó con otra pregunta:

—¿Me toca pagar a mí?

—Inténtalo...

Raquel echó la mano a un costado para coger su bolso. Palpó su cuerpo sin

encontrar lo que buscaba y, cuando se dio cuenta de lo que pasaba, se volvió hacia sus amigos y rompió en unas fuertes y curiosas carcajadas, muy particulares, contagiosas, inconfundibles y bastante estruendosas. Del respaldo de la silla, donde ella había estado sentada hasta hacía un momento, colgaba su bolso olvidado.

Sus amigos la acompañaron en las risas, al mismo tiempo que una cabeza se giraba asombrada, empequeñecía los ojos para enfocar mejor y miraba a la joven con curiosidad. Entre el coro de risas alegres, jóvenes y cristalinas, una había atraído su atención en particular.

—¿Raquel? —preguntó Dante, extrañado, mientras se levantaba de su silla. Esas carcajadas las reconocería en cualquier sitio y circunstancia.

«¡Oh, no! No, no, no, no. ¡Esto no está pasando!», pensó la joven con angustia.

Se hizo la sorda y avanzó hasta coger el bolso pero, cuando volvió a darse la vuelta para dirigirse hacia la puerta, ignorando a Dante, tropezó con él. Sus manos se posaron sobre su pecho para retomar el equilibrio que había perdido y las retiró con rapidez, como si quemara. Elevó su mirada hacia él.

—¿Raquel, eres tú? —insistió el joven.

La joven no sabía cómo salir de esta. Ojalá el suelo se la tragase de un bocado.

—Sí..., soy Raquel... ¿Te conozco? —inquirió, haciéndose la ignorante.

—¿No te acuerdas de mí? Soy Dante —persistió, con una amplia sonrisa.

La joven frunció el ceño y fingió mirarlo con esmero en un intento por recordar. Meneó la cabeza de un lado a otro con lentitud.

—Pues..., no... Lo siento..., no te recuerdo... —mintió, sin pizca de remordimiento.

—¡Pues no he cambiado tanto! —exclamó Dante, a la vez que fruncía el ceño.

—Pues, no sé... ¡cómo no te recuerdo!

Un coro de risas sonó detrás de ella. Los tres amigos asistían expectantes al inesperado encuentro. Dante, al oír las risas burlonas, empezó a sentirse cabreado.

—¡Pues, bien que te acordabas de mí cuando me besabas!

Raquel se quedó pasmada con la boca abierta.

—¡¡Serás cabrón!! —le espetó cuando se recuperó— ¡Te aseguro que no era para tanto!

—¡¿Ves cómo sí que me conoces?! —tronó, triunfante al descubrir la mentira.

La joven boqueó sin saber qué decir. Un fuerte color rojo tiñó sus mejillas con rapidez, y miró alrededor como si estuviera buscando algo. Y sí. Buscaba algún sitio adonde poder esconderse y no salir nunca más de allí. En esos momentos se moría de vergüenza pero, como no tenía cómo escabullirse, decidió encararlo a él. No iba a dejarse apabullar.

—Igual era cosa del subconsciente, que prefería no recordarte —contestó, elevando su mentón y apoyando las manos en sus caderas con arrogancia—. Por algo será, ¿no crees?

Dante no pudo evitar mirarla de arriba abajo mientras la escuchaba. No parecía la misma chica de antes. Su rostro se había afinado mientras que el resto del cuerpo había cogido peso y se había moldeado en los sitios adecuados. Seguía siendo igual de bajita, aunque lo disimulaba con unos elevados tacones. El cabello, ahora, lo llevaba corto, muy corto por detrás, que estilizaba su cuello, y con un largo flequillo hacia un lado que le tapaba casi la mitad del rostro. La vio soplar hacia arriba en un intento de apartarlo

de su ojo izquierdo.

Sus ojos... los recordaba con claridad. Era lo único que parecía que permanecía igual, pese a que solo podía ver uno. Sus hermosos ojos rasgados de color violeta... Aunque antes se veían soñadores y confiados, y ahora aparentaban muy enfadados.

—Venga, vamos, Raquel, ¿en serio? Ya han pasado... ¿cuántos?, ¿nueve años? ¿Y todavía me guardas rencor?

Raquel intentó tranquilizarse y no demostrarle el daño que le había causado en el pasado. Miró a sus amigos, que todavía permanecían detrás de ella, escuchándolos.

—¡Bah!, ¡qué va! La verdad es que me hiciste un favor. —Y dirigiéndose a sus amigos, a la vez que se giraba hacia la puerta, dijo—: Vamos, aquí ya hemos acabado.

—¡Oye!, ¿a qué te refieres? Deberíamos hablar, ¿no crees? —insistió Dante.

—Paso. *Adéu!* —le contestó Raquel sin volverse, a la vez que elevaba el brazo y le hacía un gesto con la mano en un claro signo de desprecio.

Felipe, Estefanía y Carlota pasaron por al lado de Dante, lo adelantaron y siguieron a su amiga fuera de la cafetería.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —preguntó Felipe, estupefacto, en cuanto se reunieron en el *hall* del hotel.

—Nada —respondió Raquel con un tono de «ni se te ocurra seguir preguntando».

Pero, como Felipe era Felipe, no se dio por aludido y siguió con su interrogatorio.

—¿Conoces a ese tipo?

—Sí, Felipe, lo conocí hace muchos años —respondió, con evidente irritación.

—Es muy mono... Y dime...

—¡No te digo nada más! Forma parte de un pasado que prefiero no recordar.

—¡Eh, eh!, ¡guapita! ¡Yo solo quería saber si tendría posibilidades con él!

Raquel se quedó cortada.

Sus amigos la miraban con distintos gestos: Felipe fruncía ligeramente su ceño, un poco enfadado (él no era capaz de algo más profundo con su amiga querida); Carlota permanecía con la boca abierta, atónita desde que había aparecido Dante en acción, y Estefanía tenía una sonrisa soñadora en su rostro.

—Perdona, Felipe, he sido una grosera contigo, creía que me ibas a preguntar por mi relación con él. Si quieres que te diga la verdad, dudo que tengas posibilidades. Cuando yo lo conocí, era el típico pijo ligón. Muy ligón, para ser sincera. Todas las chicas lo miraban por la calle y, visto lo visto, no creo que haya cambiado mucho. Por lo menos, en lo de pijo.

—¡Un momento! Felipe puede que no te pregunte sobre él, pero yo sí pienso hacerlo. Huelo una historia romántica a kilómetros —replicó Estefanía—. Y yo no la conozco, cosa rara si tenemos en cuenta que somos amigas de toda la vida —terminó de hablar con una evidente ironía en su tono de voz.

—¡Bufff! Fanny, no quiero hablar del tema. No insistas, por favor —le pidió con desaliento.

—¡Ja! Muy mal me conoces si crees que voy a dejarlo pasar.

En ese momento, por el rabillo del ojo, vio que Dante salía de la cafetería y lo que menos le apetecía era volver a enfrentarse a él, así que agarró a Estefanía del brazo con una mano y con la otra, el de Carlota, y las arrastró hasta el mostrador.

—¡Está bien!, os lo contaré todo en la habitación. Ahora vámonos de aquí lo más rápido posible, por favor —les susurró con voz apremiante.

**Los sentimientos de Zarah y Allan son cada vez más intensos, el deseo de estar juntos es tan fuerte, que Zarah se pregunta si realmente es ella la que experimenta esas emociones, ¿o es acaso el recuerdo de otra vida...?**

**Sin embargo, no tendrá mucho tiempo para preocuparse por ello. La muerte la acecha cuando extraños desmayos la comienzan a aquejar de forma inesperada. Desmayos que la conducen a la muerte en cada ocasión...**

**De no encontrar el modo de desentrañar ese misterio, el siguiente podría significar la tumba. Y esta vez, ni siquiera Allan parece seguro de poder ayudarla.**



Cada vez las cosas se complican más en la vida de Zarah. Hay un caos en su hogar, sus padres no dejan de pelear, Marijó cada día parece más enojada y Maricarmen está distante y rara. Por otro lado, sus amigos Capadocia siguen ayudándola a entrenar, pero es claro que no son felices entre los humanos. Además, los entrenamientos continúan siendo una tortura.

Al menos con Allan es feliz, los pocos momentos que consiguen pasar juntos son cada vez más intensos. Debería ser perfecto, mas Zarah no puede evitar preguntarse si esa atracción es realmente suya, o es un sentimiento antiguo, perteneciente a otra vida, a otra persona...

Allan desearía estar al lado de Zarah en todo momento, pero las circunstancias no dejan de interponerse entre ellos. Los poderes de Zarah están fuera de control y, cuando extraños desmayos comienzan a aquejarla, Allan se da cuenta que las cosas son más graves de lo que aparentan. Ahora deberá encontrar la forma de desentrañar el misterio oculto tras el mal de su amada, antes de que el siguiente desmayo la conduzca directo a su muerte. Y para hacerlo tendrá que dar con una joya perdida hace siglos, la más poderosa de todas, y que ahora parece ser la única capaz de salvar a Zarah: la Mariantella.

**Victoria Magno** nació en Santiago de Chile. A los nueve años se mudó junto con su familia a México, donde reside con su esposo e hijas. Desde pequeña sintió el impulso por leer, dibujar y escribir, esto último es su más grande pasión. Como madre de una niña con autismo, una de sus más importantes metas es difundir información sobre este trastorno. Con el fin de crear conciencia e integrar a las personas con “capacidades extraordinarias”, la autora incorpora en cada una de sus historias un personaje especial. Su idea es que esto ayude a la lucha contra la discriminación y la ignorancia con la que deben enfrentarse su familia todos los días, así como otras familias de niños especiales. También escribe bajo el nombre de Estrella Rubilar.

Edición en formato digital: julio de 2018

© 2018, Victoria Magno

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-05-0

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

Dos vidas en un alma

Nota editorial

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Agradecimientos

Nota de autora

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Victoria Magno

Créditos